

AMANECEER

PULP

Antología De Relatos

**VICENTE RUIZ CALPE
DAVID VILLANUEVA
ROBERTO JULIO ALAMO
LUIS CARBAJALES
JUAN SEBASTIAN OHEM
HERAS VAZQUEZ**

**EDICIONES
SERIE NEO**



**RELATOS
PULP.COM**

AMANECER PULP

Nº 1

Antología de Relatos

Varios Autores

eBook editado por

RelatosPulp.com

Serie Neo | Ediciones

Distribución Gratuita. Prohibida su venta

Aviso Legal

De los derechos de edición: Amanecer Pulp es una publicación de RelatosPulp.com. Todos los derechos reservados. © RelatosPulp.com. Se permite únicamente la distribución gratuita y de uso no comercial. De los derechos de autor: Todos los contenidos incluidos en esta publicación son propiedad de sus autores y, más allá de la distribución en los términos acordados para la presente edición, se prohíbe cualquier copia, reproducción, alteración, o modificación de las obras sin el consentimiento expreso de sus titulares.

INDICE

PRÓLOGO	5
El Drumch	6
Un trabajo enfermizo	22
Más allá del océano helado	24
El Guardián de los Muertos	34
El error de Naashim	38
La Espada de Morkar	42
Las revelaciones de Glaaki	45
El secreto del asesino	49
La Liga de las Ranas	56
Sui Caedere	86
El Mito de Kuferai	88
La Isla de las Cuchillas	90
Historias de bar	92
Supernaturalis	94
Un Signo de Inteligencia	97
La Casa Svenson	100
BIOGRAFÍAS	105

PRÓLOGO

Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol. Pero solo un amanecer como éste; un Amanecer Pulp que marca el comienzo de una nueva era. Un amanecer muy diferente a todos los que hayas conocido, y a partir de ahora ya nada será igual.

Cien años atrás, un puñado de escritores imaginativos y desvergonzados se atrevieron con un nuevo tipo de literatura que iba un paso más allá de la ficción conocida. En poco tiempo, la vorágine de aquellas publicaciones pulp alimentaron el deseo de experimentar nuevas sensaciones, y la inmensa mayoría de la sociedad americana no podía vivir sin su ración de pulp; día tras día, noche tras noche. Un fenómeno que pronto se extendió a otros continentes, los cuales imprimieron su sello de identidad, pero en el fondo, todo era lo mismo. Había un pulp para cada tipo de personas, había pulps para todos.

Los años pasaron, y los pulps murieron, unos dicen que de éxito, otros que fue a causa de las guerras, y otros, que una implacable ola de censura y puritanismo, sencillamente se los tragó. No obstante, cien años después amanece una nueva era; una era pulp, vigorosa y llena de pasión. El espíritu de aquellos escritores ha renacido, y ahora está aquí, entre nosotros.

Con el presente volumen, convenientemente titulado Amanecer Pulp –y esperamos que el primero de muchos–, os presentamos nuestra primera publicación dentro de la Serie Neo, y en ella podrás encontrar los trabajos de escritores aficionados, pero con ganas y potencial para que, dentro de otros cien años, sean igualmente recordados como grandes maestros. Ojalá que sea de tu agrado, y sí así es, estate pendiente, porque en cualquier momento saldrá el segundo número. Ah, se me olvidaba..., ¡tú, si tú, mi querido lector! ¿Tienes talento pulp? Pues a que esperas para participar en la próxima edición. No seas vago, y espabila.

El Editor: Emilio Iglesias
RelatosPulp.com | Serie Neo Ediciones

El Drumch

Por Vicente Ruiz Calpe

Fuentes miró hacia el cielo, a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol. Nunca las gastaba antes de la primavera, pero aquél era un día de excepciones. Se las había puesto antes de salir de casa, de forma precipitada, al darse cuenta de que tenía los ojos húmedos. Fuentes no lloraba desde hacía años, muchos, ni siquiera cuando días atrás la policía le llamó para comunicarle el accidente. Ahora, delante de la familia, los amigos, los clientes y los empleados de confianza no quería que le vieran de una forma distinta a la que tenían por costumbre: un duro hombre de negocios que no se dejaba arredrar por nada ni nadie.

El día había amanecido con algunas nubes flotando en el cielo, pero tras el velatorio familiar en su casa, la ceremonia en la iglesia y el viaje hasta el cementerio había pasado el tiempo suficiente para que las nubes se agruparan como si de una oscura plaga se tratase, dispuesta a descargar su furia en forma de lluvia sobre las más de cien personas que se encontraban allá abajo.

Los primeros truenos comenzaron a oírse, y muchos de los congregados se dispusieron a echar mano de sus paraguas, puesto que entre las lápidas no había lugar donde poder encontrar cobijo. A pesar de los truenos, Fuentes podía escuchar perfectamente los sollozos de las mujeres, los cuchicheos de los hombres y los gritos infantiles de algunos de los niños, los cuales correteaban por entre las filas de lápidas como si el cementerio fuese un parque público.

El cura se apresuró a terminar las últimas frases, como si diese más importancia al hecho de mojarse que a su propio trabajo. Era un hombrecillo enjuto y medio calvo, con unos ojos grandes que denotaban una expresión de infinita tristeza. Fuentes se preguntó cuántas veces habría dicho el sacerdote las mismas palabras una y otra vez, cuantas veces había visto a los familiares llorar, cuantas innumerables veces habría contemplado la muerte, sin poder evitar preguntarse por qué.

Fuentes dejó de mirar al cura, y paseó la mirada por la gente que se encontraba más próxima a él. Su mujer, Elena, se encontraba a su izquierda, con faz severa pero sin llorar. Era un mujer rubia, de cabellos largos, más joven que él aunque no lo suficiente para despertar los típicos rumores sobre las mujeres de los hombres ricos maduros. Al fin y al cabo el propio Fuentes apenas pasaba de los cuarenta, y aparentaba algunos años menos debido a su excelente forma física, lo que le costaba la mayor parte de su poco tiempo libre.

A su derecha, como siempre, estaba la figura de un metro noventa de alto de Raúl, su inseparable mano derecha en el duro mundo de los negocios, buen compañero y amigo desde que se conocieron en la universidad. Puesto que siempre iban juntos y Raúl era más alto y robusto que Fuentes, mucha gente creía que era su guardaespaldas en lugar de su hombre de confianza. Raúl le devolvió la mirada y le palmeó una mano suavemente en la espalda, para infundirle ánimos. Fuentes agradeció su presencia en aquellos momentos tan terribles para él y Elena.

El cura terminó sus oraciones, y los miembros de la funeraria cogieron el ataúd. En ese momento alguien se desmayó, los sollozos se convirtieron en gritos desgarradores, algunos en súplicas inútiles, pero todo fue en vano. Unos minutos después todo había terminado. El ataúd descansaba bajo tierra sagrada, la lápida (de las más caras, por cierto) se había colocado, y la gente se despedía de Fuentes y su mujer, aunque él apenas decía palabra. Su mente le daba vueltas y vueltas, quería creer que todo era una pesadilla, pero no, todo era real, aterradoramente real. Instintivamente llevó su mano derecha hasta la lápida, en un intento desesperado de rescatar al fallecido de las garras de la muerte, pero sabía que era inútil. Abatido, Fuentes se dejó caer y lloró, lloró como si las lágrimas que nunca había derramado brotasen todas juntas en ese mismo instante. Elena lo abrazó, y Raúl los dejó solos en la intimidad de su dolor, encaminándose hacia la salida del cementerio.

En la lápida había una foto de un niño de unos doce años, de ojos azules y pelo negro muy corto. También podía leerse un nombre: *Julián Enrique Fuentes Costa*. Debajo del nombre se había realizado una inscripción en letras grandes: «*Tus padres, tíos y abuelos nunca te olvidarán*».

Entonces se escucharon los truenos, con mucha más potencia que antes, y ahora iban acompañados de brillantes explosiones de luz azul. La tormenta cayó sobre el cementerio con toda su intensidad, como si todos los ángeles del cielo derramasen sus lágrimas al unísono en señal de triste despedida.

Fuentes se revolvió en la cama, inquieto. No podía dormir, no tanto a causa del fragor de la tormenta como por la reciente muerte de su hijo Julián. Con la mirada fija en el techo, susurró el nombre de su hijo, al tiempo que rememoraba los últimos acontecimientos sobre el terrible accidente.

Fuentes y Elena estaban aquel día en una cena de negocios, junto a otra pareja de su misma edad, en un conocido y lujoso restaurante del centro de la ciudad. Estaban tomando los postres cuando el móvil de Fuentes sonó, interrumpiendo la conversación trivial entre ambos ejecutivos. Antes de apretar el botón y contestar la llamada, Fuentes presintió que se trataba de una mala noticia, pero no pudo imaginar el terrible golpe que le iba a ocasionar.

—¿Don Alberto Fuentes? —preguntó una voz masculina al otro lado de la línea telefónica. Por el tono se podía adivinar que el hombre estaba algo incómodo—. Soy David Ramírez, subinspector de la policía.

—Sí, soy yo —Fuentes nunca había recibido una llamada de la policía, e imaginó que aquella primera vez no sería para algo agradable—. ¿Qué ocurre?

Al oír esto, Elena se puso un poco tensa, preguntándole a su marido quien era el que lo llamaba. Fuentes le respondió con un movimiento de su mano derecha, indicándole que esperara un momento.

–Lamento comunicarle que... –la voz del subinspector vaciló, e inconscientemente Fuentes apretó la mano derecha sobre el teléfono– ...que su hijo ha sido encontrado muerto, hace una media hora, atropellado por un coche. Lo siento muchísimo.

A fuentes le dio un vuelco el corazón, y se le nubló la mente. No escuchó el resto de las palabras de Ramírez, ni las voces del resto de comensales del restaurante, ni siquiera pudo ver otra cosa que el rostro de su hijo, Julián, al que habían dejado en casa hacía unas pocas horas. Desde hacía varios meses habían decidido que el chico ya tenía edad suficiente para quedarse sólo de vez en cuando, y hasta ahora nunca había habido problemas. Ahora que la tragedia llamaba a la puerta, los gritos de culpa entre Elena y Fuentes por haber tomado aquella decisión serían moneda de cambio frecuente durante los días venideros.

Una vez recibida la trágica noticia, todo fue muy rápido. Primero las preguntas de la policía, luego la identificación del cadáver, después las llamadas a los familiares y por último el entierro. Rodeado por la oscuridad de la noche, Fuentes no pudo de dejar de pensar en lo que la policía le había dicho: el conductor de un Ford de color blanco había arrollado a las once y media de la noche al muchacho, el cual había cruzado la calle a toda velocidad, sin mirar a ambos lados. La temeridad del chico le había causado una muerte instantánea. Se le práctico el control de alcoholemia al conductor del Ford, mostrando un resultado negativo. Era duro de aceptar, pero las pruebas eran concluyentes, habían testigos que lo corroboraban: fue un accidente involuntario, el conductor del Ford no pudo hacer nada para evitar el choque. ¿Por qué Julián había salido de su casa a altas horas de la noche, vestido con su pijama, para adentrarse sólo en la oscuridad y hallar una muerte trágica? Esa pregunta revoloteó por la cabeza de Alberto Fuentes durante toda la noche, impidiéndole dormir.

Fuentes se levantó de la cama con cuidado de no despertar a su esposa, la cual había podido dormirse finalmente, tras haberse tomado un par de tranquilizantes. La verdad es que lo había estado llevando todo bastante bien, teniendo en cuenta que Julián no era su hijo, sino de la primera esposa de Fuentes, Alicia, fallecida años atrás por culpa de una larga enfermedad. Fuentes intentó pensar en otra cosa que no fuese su ex mujer, puesto que recordar su trágico final le provocaba un dolor interno muy agudo. Tal vez por eso estaba encajando peor la muerte de Julián; primero la madre y después el hijo. Era demasiado dolor y sufrimiento incluso para él.

Fuentes se encaminó hacia las escaleras que bajaban hacia la planta principal de la casa, pensando que tal vez un trago de licor le aliviaría un poco. Deslizándose en la oscuridad, puesto que no necesitaba encender la luz para orientarse, comenzó a descender los peldaños lentamente. Entonces Fuentes escuchó un ruido apagado, procedente de la habitación de su hijo recientemente fallecido. Extrañado, Fuentes se dirigió al dormitorio en el que tantas veces había dado las buenas noches a Julián. No había vuelto a entrar en la habitación desde el día del accidente, y aunque no tenía muchos ánimos para hacerlo ahora, la curiosidad pudo más.

Fuentes se detuvo ante la puerta del dormitorio, agudizando el oído. No escuchó ningún sonido, salvo el de su respiración agitada y el latir palpitante de su corazón. Se dio cuenta de que estaba inquieto, aunque no sabía cuál era la razón. Abrió lentamente la puerta, como si temiera despertar a su hijo, sin darse cuenta de que ya no era necesario.

El interior de la habitación estaba oscuro, puesto que la ventana estaba cerrada y la persiana estaba bajada, cubriéndola por completo. Fuentes iba a encender el interruptor de la luz para poder ver el interior del dormitorio cuando de repente notó la impresión de que no estaba solo, alguien más estaba allí con él. Y entonces el horror llenó por completo la mente de Fuentes.

Aunque al principio solo parecía una mancha borrosa en medio de la oscuridad, un instante después Fuentes contempló atónito un rostro que flotaba en el centro de la habitación, a solo unos pocos pasos del umbral de la entrada, donde él se encontraba. Era el rostro del terror, surgido de la más terrible de las pesadillas, una cara tan horrenda que era capaz de arrastrar a la locura al más cuerdo de los mortales.

Fuentes sintió como el corazón le dio un vuelco y un miedo indescriptible se apoderó de él, al ver aquellos ojos pequeños y redondos, de un color amarillo brillante, que le miraban fijamente. La cara era arrugada, deforme, con una mandíbula desproporcionada y torcida en una extraña mueca. Los labios, gruesos y amoratados, estaban entreabiertos, mostrando unos dientes sucios y ennegrecidos. Su frente estaba poblada de innumerables granos del tamaño de un guisante, y estaba coronada de una mata de pelo mugriento, de un tono verdusco como el que poseen las algas marinas. A Fuentes le pareció que aquella cara repugnante y fantasmal flotaba en el aire, sin que debajo de ella existiese cuerpo alguno que la sostuviera. No se dio cuenta de que lo que iluminaba aquella máscara demoníaca era una tenebrosa fluorescencia que se desprendía de sus cabellos verdes.

Guiado por ese instinto de supervivencia nato que reside en todas las personas, y que permanece latente hasta que una situación drástica lo hace despertar, Fuentes luchó contra su miedo y reaccionó lo más rápidamente que pudo, saltando hacia atrás. Inmediatamente tanteó con ambas manos la pared del pasillo, a la altura aproximada de su pecho, hasta que encontró el interruptor de la luz del corredor. Al accionar el mecanismo, las tinieblas quedaron absorbidas por el resplandor dorado que emergía de la pequeña lámpara del techo, expandiéndose como una ola de luz sobre un mar de oscuridad.

A pesar de que estaba casi paralizado por el terror, Fuentes avanzó nuevamente hacia la habitación, como un animal que se dirige hacia el matadero y no puede hacer nada para evitarlo. La luz del pasillo iluminaba débilmente el dormitorio, por lo que Fuentes pudo observar que allí no había nadie. El hombre, algo más calmado, penetró con paso vacilante en el interior del cuarto, encendiendo el tubo fluorescente del techo. Fuentes miró las paredes, llenas de posters con rostros de héroes de películas y cómics. En la estantería cercana al pequeño escritorio, repleta de libros y pequeños juguetes, había un gran estuche de color negro, donde el pequeño Julián guardaba su colección de figuras de plástico del oeste americano. También había una vitrina de cristal de doble puerta que encerraba la escenografía miniaturizada de un campo de batalla, donde diversos soldados de plomo aguardaban rígidamente a que alguien intercambiase su posición en el terreno.

Había un hueco entre las filas de los soldaditos, pues Julián tenía un preferido por encima de los demás y que solía llevar consigo a todas horas: el jefe de los fusileros. Aquella pequeña pieza que faltaba podía encontrarse en cualquier lugar de la casa, y Fuentes tuvo que reprimir una lágrima al recordar cuantas veces había tenido que ayudar a su hijo a buscarla por todo el hogar.

Fuentes siguió escrutando por la habitación, aunque al parecer todo estaba en orden, no había rastro alguno de que alguien hubiera estado allí hacía escasos segundos. «*Y menos una horrible cabeza satánica voladora*», pensó Fuentes. Recorrió con la vista todos los rincones de la habitación, abrió la puerta del armario y removió algunos cajones, hasta que por fin se quedó satisfecho. Todo había sido producto de la imaginación de Fuentes, una ilusión provocada posiblemente por el estado mental que a veces sucede a una situación extrema, como la muerte de un ser querido.

Suspirando de alivio, Fuentes apagó la luz y cerró la puerta de la habitación. Volvió a su propio dormitorio, entrando otra vez en la cama con cuidado de no despertar a Elena, ajena a todo lo ocurrido. Pasó más de media hora antes de que el sueño se apoderase de él, un sueño plagado de rostros horribles con ojos amarillentos, que no cesaban de observarle amenazadoramente.

El día siguiente transcurrió muy rápido para Fuentes, que decidió volver a su rutina de trabajo habitual. Reuniones en despachos de grandes oficinas, llamadas de teléfono con hombres importantes, montañas de papeles que leer y firmar, repasar la agenda con su secretaria, tomar un trago de café amargo de vez en cuando para aliviar el estrés, e incluso comer a toda prisa con altos cargos de prestigiosas compañías. Todos los días hacía siempre lo mismo, trabajar y trabajar, sin pararse a pensar que en realidad no era tan diferente a una simple hormiga obrera de las que se arrastraban en cualquier agujero. Pero ahora era distinto, necesitaba el trabajo para mitigar, que no olvidar, el dolor por la muerte de Julián.

Llegó un momento en que la mirada de Fuentes se volvió turbia ante la montaña de papeles que examinaba a altas horas de la noche, señal de que su mente cansada ya no daba para más. Raúl, su fiel amigo y socio, le aconsejó que fuese a descansar, él ya se encargaría de cerrar. Fuentes agradeció su lealtad y su amistad, y decidió hacerle caso y volver a casa junto a Elena. Tras bajar por el ascensor hasta el garaje del gran edificio de oficinas donde trabajaba, Fuentes se despidió con un gesto del vigilante nocturno que custodiaba el acceso y se dirigió hacia la plaza donde le aguardaba su Mercedes azul oscuro.

Justo cuando se encontraba a pocos pasos de su coche, Fuentes advirtió como las luces del garaje comenzaron a parpadear levemente, primero una vez y luego varias veces seguidas, hasta que de pronto todo el lugar quedó a oscuras. Una extraña sensación se apoderó de Fuentes, abrazado por un temor amenazante a pesar de que la oscuridad nunca le había dado miedo. Pero había algo raro en el ambiente, algo que no podía explicar desde un punto de vista racional. Hasta sintió un profundo escalofrío que le

recorrió la espina dorsal al divisar una pequeña figura que se movió rápidamente delante de él, en mitad de aquella oscuridad.

«*No pasa nada, tranquilo, no es nada*», se dijo Fuentes a sí mismo para calmarse. Su respiración se había vuelto agitada y ruidosa, producto del inicio de un ataque de pánico. Y de repente, otro fugaz movimiento muy cerca de él, esta vez acompañado del sonido causado por el roce de unos pasos sobre el suelo asfaltado del garaje. Ahora ya no había ninguna duda, allí había alguien más aparte de Fuentes. Con el corazón en un puño mientras comenzaba a sudar copiosamente a causa del miedo, Fuentes sacó las llaves del Mercedes, pero lo hizo tan torpemente que se le cayeron al suelo. Lanzando una blasfemia al aire, el hombre se agachó en el suelo, buscando a tientas desesperadamente en aquel garaje oscuro las llaves del coche. Algo le rozó la mejilla, y Fuentes se puso a gritar, tapándose la cara con las manos. Mientras el horror devoraba su mente, aún tuvo algo de valor para intentar asomar la vista entre la pequeña abertura que dejaban pasar sus agarrotados dedos, pudiendo observar la menuda figura de lo que parecía ser una especie de duende. Pero al mirar el rostro de la criatura sintió como si un martillo golpease su corazón en lo más profundo de su ser, puesto que aquella no era la primera vez que lo veía. Aquel duende era el mismo ser fantasmal que había creído ver en la habitación de su hijo la noche anterior. Cara arrugada y deforme, nariz picuda y verrugosa, mechón de pelo verde que brillaba con una tétrica luz fluorescente... No había ninguna duda, era él. Y le estaba mirando.

Fuentes no pudo más, y perdió los estribos. Cerró con fuerza los ojos y dejó exhalar por su boca abierta unos gritos desgarradores, que reflejaban el horror y la locura que se abatían sobre su mente en aquellos instantes. Entonces Fuentes notó como algo se acercaba hasta él, advirtiéndolo como alargaba sus manos para tocarle, y sintió como alguien le sacudía y le intentaba apartar sus manos y sus brazos, contraídos sobre su pecho y cabeza en un vano abrazo protector.

–Señor Fuentes, ¿está usted bien? –dijo a su lado la voz del vigilante de seguridad.

Fuentes abrió los ojos a la vez que bajaba los brazos, observando que la luz había vuelto a inundar el garaje. Junto a él se hallaba el vigilante, que le miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación, mientras le acercaba las llaves del coche que se le habían caído un momento antes. Del misterioso y horrible ser no había rastro alguno.

–Gracias, estoy bien –dijo Fuentes al vigilante, intentando recobrar algo de dignidad mientras se ponía en pie–. Es que he tropezado y me he caído, y luego no encontraba las llaves en esta maldita oscuridad.

Fuentes entró en el Mercedes y arrancó, alejándose de allí rápidamente. Por la mirada que le dirigía el vigilante, mañana el asunto sería la comidilla en todo el edificio. Otro de los peces gordos que se vuelve pirado. Fuentes se dijo una y otra vez que todo esto era una alucinación, que aquel duende horripilante no existía más que en su torturada mente, y que cualquier psicólogo le recomendaría un periodo de descanso para poder asimilar mejor la muerte de su hijo. Sí, todo aquello era producto del estrés y del dolor, nada más.

El motor del Mercedes rugió en la noche, estimulado por la fuerza con la que Fuentes apretó el acelerador. Le gustaba conducir a gran velocidad, era algo que le estimulaba, una sensación embriagadora y placentera que le inducía a pelearse con los límites de

velocidad que constantemente hallaba a su paso. Pero Fuentes ignoró todas las señales, incluso se negó a mirar el indicador de velocidad durante unos minutos, hasta que sintió un alivio general que le recorrió todo el cuerpo de pies a cabeza. Entonces se dio cuenta de que estaba a punto de abandonar la carretera principal para entrar en el camino que le llevaría hasta la zona residencial donde vivía, por lo que decidió que era mejor pisar el freno un poco. Y por segunda vez en aquella noche, el horror se apoderó una vez más de Fuentes, al advertir que los frenos no funcionaban. Volvió a intentarlo de nuevo una y otra vez, pero seguían sin responder. Alarmado y tragando saliva, Fuentes intentó no dejarse llevar por el pánico otra vez. Aquello no era cuestión de imágenes irreales que le atormentaran, era una situación completamente real. Si no hacía algo pronto, en pocos momentos tendría un accidente de coche, y a la velocidad con la que conducía podría ser terriblemente fatal.

Fuentes hizo lo único que se le ocurrió en aquella situación de extremo peligro. Mientras daba un brusco volantazo a la derecha para evitar estrellarse contra el muro de una de las residencias de la zona, intentó reducir progresivamente las marchas para frenar mediante el motor. Una tras otra fue cambiando de marchas, enlenteciendo paulatinamente la velocidad del Mercedes a medida que se iba quedando sin espacio para maniobrar el vehículo, hasta que de pronto se encontró con un cruce de calles controlado por un semáforo. Sabiendo que podría dañar a otros si se saltaba las señales, Fuentes prefirió jugárselo todo a una carta y giró bruscamente para dirigirse contra un grupo de contenedores de residuos, reduciendo la marcha al mínimo y usando el freno de emergencia. Empleando toda su fuerza y habilidad, fuentes tiró de la palanca al máximo, empotrando el vehículo contra los contenedores pero frenándolo del todo. El peligro había pasado, nadie había sido herido y lo único perjudicado sería la zona frontal del vehículo.

«*De buena me he librado*», se dijo Fuentes, mientras intentaba no asfixiarse bajo el aparatoso airbag, que se había liberado bajo la fuerza de la colisión. Entonces los cabellos de su cabeza se le pusieron de punta, al ver por el espejo retrovisor el rostro demoniaco del duende perverso. Pero al volverse para mirar hacia atrás, se dio cuenta de que había vuelto a imaginárselo, pues en los asientos traseros del coche no había nadie. Desde luego, o estaba loco de atar o pronto lo estaría, de tanto imaginarse cosas raras. Mañana tendría que decirle a su secretaria que le pidiese cita con el psicólogo.

–Y bien, doctor Ferrer, ¿estoy loco? –preguntó Fuentes al hombre bajo y enjuto que tenía delante, y que le observaba con gesto preocupado mientras se acariciaba una cuidada y poblada barba blanca.

–Desde luego, su relato es de gran interés, de eso no me cabe la menor duda. Si he entendido bien, ese...ser misterioso comenzó a aparecersele tras la muerte de su hijo, ¿no es así? –preguntó el doctor, un profesional de reconocido prestigio dentro del mundo de la psicología.

–Así es. Lo veo en todas partes. Un ser pequeño, de rostro horrible, casi demoniaco. Lo veo en todas partes, siempre de noche. Sé que no puede ser real, por lo que sólo puede tratarse de una visión, algún tipo de alucinación. ¿Usted qué cree? –dijo Fuentes, tapándose la cara con ambas manos en señal de desesperación.

–Vamos, anímese, señor Fuentes. No creo que su caso sea de los más graves. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente que viene aquí buscando mi ayuda siempre empiezan diciendo que ven cosas que creen reales, y usted ya asume que sufre visiones de cosas que en realidad son inexistentes. Eso ya dice mucho de la situación y de su estado. Sinceramente, mi diagnóstico es que esas imágenes de un ser de pesadilla que le sigue a todas partes provienen de un profundo sentimiento de culpabilidad ante la muerte de su hijo. Y el hecho de que muriese de noche es la causa de que sus visiones también se produzcan a esas mismas horas.

–¿Y qué puedo hacer para que esa criatura desaparezca de mi mente, doctor?

–Debe quedar en paz consigo mismo, rebuscar en lo más profundo de su corazón y darse cuenta de que usted no tuvo la culpa. Solo fue un accidente, un terrible y lamentable suceso fortuito, y cuando su mente lo acepte será cuando cesen las visiones que le atormentan. Créame, es solo cuestión de tiempo, es como caminar por un corredor a oscuras mientras se tantea en las paredes en busca de un interruptor. Una vez que encuentre su interruptor, la luz deshará las tinieblas que torturan su espíritu y quedará libre y en paz, totalmente curado.

Fuentes se levantó, agradeciendo al doctor Ferrer su tiempo y sus consejos, y se marchó del despacho para dirigirse a casa. Encontrar el interruptor le llevaría tiempo, pero al menos se fue con la idea de que no estaba tan rematadamente loco como pensaba.

Mientras Fuentes se dirigía a casa, sentado en la parte trasera de un taxi, aprovechó para llamar a su amigo y socio Raúl, dándole instrucciones para que cancelara alguna de sus reuniones y le representase en su nombre en otras. Raúl era un hombre inteligente, y además se conocían desde hacía muchos años, por lo que enseguida dedujo que Fuentes no estaba bien del todo. Pero no hizo demasiadas preguntas al respecto, tan sólo le ofreció su apoyo a Fuentes para todo lo que fuese necesario, incluso encargarse de recoger el coche del taller cuando lo hubiesen terminado de arreglar. Fuentes colgó, aliviado por tener a su lado a un hombre de confianza como Raúl, y pensando que alguna vez tendría que contarle lo de sus visiones.

Fuentes entró en su casa, sólo para hallarla vacía, pues Elena le había dejado una nota diciéndole que iba a casa de sus padres para hacerles una visita, pero que vendría a la hora de cenar. Aprovecharía para hacer él la cena, y así Elena descansaría un poco, pues también ella debía estar pasándolo mal. Se dirigió a la cocina y se puso manos a la obra, cocinaría un delicioso pastel de carne elaborado con una receta casera que le salía siempre para chuparse los dedos. No es que Fuentes fuese un gran cocinero, pero algunos platos se le daban bien.

Mientras Fuentes mezclaba los ingredientes y se afanaba para que todo estuviese a punto, tras las cortinas que tapaban las ventanas la noche se iba cerrando en torno a la casa. Fuentes, enfrascado en sus tareas culinarias, no se percató de que ya no estaba solo en la casa. Y por ello se le cayeron al suelo unos platos que sostenía cuando al darse la vuelta se topó con el ya familiar rostro del duende del cabello verde, que le observaba con medio cuerpo asomado tras el umbral de la puerta de la cocina.

–Vete, monstruo, no eres real –dijo Fuentes en voz alta, cerrando los ojos y cubriéndose la cara con un brazo–. ¡No eres real!

Fuentes esperó unos segundos y decidió abrir los ojos. La horrible criatura había desaparecido. El hombre anduvo lentamente hacia la entrada de la cocina, arrastrando los pasos uno a uno, mientras el corazón le palpitaba desbocado como si fuese a salirse de su sitio. Se decidió a echar un vistazo, asomando la cabeza, pero en el pasillo tampoco había nadie. «*Te he vencido, pesadilla del infierno*», pensó Fuentes, sonriendo aliviado.

En ese instante se fue la luz, y toda la casa quedó a oscuras. Fuentes se asustó un momento, pero enseguida se dijo que era normal que hubiese un apagón, que no era nada extraño. Simplemente tenía que ir hasta el salón y coger la linterna que guardaba en un cajón, no era difícil. Así que se encaminó hacia el pasillo, torciendo a la derecha para entrar en el salón, donde podía ver un poco mejor gracias a la luz exterior que se filtraba a través de las ventanas. Fuentes pensó que era raro que sólo se hubiese ido la luz en la casa y no en toda la zona, así que pensó que sería cosa de los fusibles. Una vez se hizo con la linterna, la encendió con alivio, sintiéndose mejor al ver la luz que de ella emanaba. Luego se dirigió a la puerta de entrada de la casa, la abrió y salió para dirigirse al garaje, donde estaba la caja de la instalación eléctrica. Y al abrir la puerta, la luz de la linterna iluminó de repente los ojos amarillentos y la nariz llena de verrugas del duende imaginario, dándole un susto de muerte que le hizo dar un grito, a la vez que sintió un martilleo en el corazón. Sobreponiéndose a un ataque de nervios, Fuentes enfocó el haz de la linterna para barrer el interior del garaje de un extremo a otro, pero nuevamente el ser había desaparecido.

Recuperándose del susto, Fuentes se acercó a la caja eléctrica, y vio que el interruptor general había saltado. Lo volvió a colocar en su posición correcta...y un chispazo brillante estalló delante de los ojos de Fuentes, a la vez que un dolor intenso penetraba a través de su mano y recorría todos los nervios de su cuerpo, mientras un leve aroma a quemado inundaba su nariz mientras poco a poco su visión se iba volviendo borrosa. Antes de que su mente quedase envuelta por el abrazo de la inconsciencia, aún tuvo tiempo de ver una figura oscura que se alejaba del garaje. Esta vez no era un duende pequeño y desfigurado, sino una sombra de enormes dimensiones, como la de un gigante cuya enorme silueta se difuminaba al fundirse en la noche.

Fuentes abrió los ojos, despacio, y enseguida se dio cuenta de que estaba en la habitación de un hospital. Captó las voces de Elena y otra persona, los cuales enseguida se acercaron al darse cuenta de que recuperaba la consciencia.

–Alberto, ¡que susto me has dado! –dijo Elena–. ¿Se puede saber a qué estabas jugando? Casi mueres electrocutado...

Elena no pudo continuar hablando, su voz se quebró para dar paso a un llanto débil, por lo que fue un hombre con gafas y un fino bigote, vestido con una bata blanca, quien le informó sobre su estado. Al parecer unos cuantos voltios de más habían entrado en su cuerpo, pero la fortuna había hecho que los daños fuesen leves. Había pasado la noche en el hospital, y casi todo el día siguiente, pero ya estaba mejor. Las pruebas médicas indicaban que no había sufrido ningún perjuicio grave, por lo que mañana por la mañana seguramente le darían el alta.

–Además, una noche más en la cama del hospital no le hará ningún daño, ¿verdad? –dijo con un guiño el doctor de bata blanca antes de marcharse.

Sin embargo se equivocó, puesto que tras cenar y apagarse las luces, al quedarse solo en la habitación, Fuentes contempló un brillo resplandeciente en un rincón. Una luz verde que provenía de aquella criatura siniestra que no paraba de contemplarle fijamente, mientras permanecía sentada en el suelo en una actitud siniestra e inquietante. Fuentes se durmió a causa del efecto de los sedantes, pero su sueño no fue apacible y sosegado, sino una terrible e interminable pesadilla poblada de un ejército de duendes horripilantes que tiraban de su cuerpo y de su mente en todas direcciones, intentando hacerle pedazos lenta y dolorosamente en medio de una agonía indescriptible.

El aire acondicionado de la sala de espera del doctor Ferrer mantenía la temperatura en un estado óptimo, pero a pesar de ello algunas de las personas que aguardaban su turno sudaban ligeramente. Una incómoda sensación se apoderaba de la mayoría de ellos mientras daban fugaces miradas de soslayo al resto, para luego bajar la cabeza avergonzados intentando disimular tras haber sido cogidos infraganti observando descaradamente. Fuentes observó la gran diversidad de pacientes del doctor, aunque el único que le llamó la atención por encima del resto fue un hombre de unos setenta años, de rostro macilento y casi totalmente calvo, que no paraba de mirarle fijamente ni un momento, sin pestañear.

Cansado de la actitud grosera de aquel hombre, Fuentes se dirigió al baño, donde al menos estaría un rato tranquilo. Se lavó las manos y se enjuagó el rostro con agua fresca, pero no sintió mucho alivio al verse reflejado en el espejo. Presentaba un aspecto deplorable, fruto de las pesadillas, las visiones y el miedo a quedarse a oscuras y ver de nuevo el rostro del duende. Pero no pudo contemplar mucho tiempo los efectos causados en su demacrado rostro, porque enseguida entró en el baño el hombre calvo de la sala de espera.

–Usted también lo ha visto, ¿verdad? –disparó a bocajarro el anciano, con voz temblorosa y excitada.

–¿Perdón? –contestó Fuentes, mirando a aquel hombre que parecía no estar completamente en sus cabales.

–A mí no me engaña –prosiguió con lo suyo el calvo, acercándose demasiado a Fuentes–. Usted lo ha visto, como yo y como muchos otros antes. No puede engañarme.

–No sé de qué me habla –Fuentes intentó alejarse del hombre y salir del baño, pero éste se interpuso.

–El duende, la criatura, el monstruo. El que le atormenta por las noches, sin dejar de acosarle. Puedo verlo en sus ojos, en su rostro. Usted también sufre sus visitas.

–No sabe lo que está diciendo, abuelo. Está usted chocheando, apártese o tendré que enfadarme –dijo Fuentes, aunque no muy convencido del todo.

–No mienta, sé que lo ha visto. El Drumch. Así lo llaman. Usted cree que no es real, que solo vive en su imaginación, pero no es así. Es real, ¿me entiende? ¿Entiende lo que quiero decir? –en ese momento el anciano sujetó con fuerza los hombros de Fuentes, el cual no supo reaccionar.

–Apártese ahora mismo, loco, o llamaré a alguien para que lo detengan. Está usted para que lo encierren –amenazó Fuentes.

–Eso da igual, porque el Drumch es un espíritu, puede entrar en cualquier sitio, aunque solo sale de noche. Pero no hay que tenerle miedo, en realidad no es maligno, a pesar de su aspecto. Si se le ha aparecido, es porque quiere avisarle de algo. Tal vez esté usted en gran peligro, un peligro mortal –el hombre pronunció las últimas palabras en un tono de voz tan bajo que asustó a Fuentes.

En ese momento la puerta del baño se abrió, y dos enfermeros fornidos se acercaron amenazadoramente al anciano, empujándolo suavemente para sacarlo de allí.

–Venga Matías, deja de decir sandeces y tómate las pastillas, ¿no ves que tus delirios asustan a los demás pacientes? No querrás que el doctor Ferrer se enfade contigo, ¿verdad?

Mientras los enfermeros se llevaban a Matías por un largo pasillo, Fuentes se quedó mirando al pobre loco. Y en el último momento, antes de desaparecer por una esquina, el anciano volvió la cabeza por un instante y gritó a Fuentes unas últimas palabras:

–Tiene que saber lo que quiere el Drumch, de lo contrario no se irá nunca. ¿Me oye? ¡No se irá nunca!

Fuentes estaba de pie, mirando la misma fría losa de piedra que días atrás ayudó a colocar en memoria de su hijo Julián. Una trágica muerte que dio paso a las visiones de un increíble ser, una criatura que hasta ahora creía irreal, producto de su mente atormentada. Pero ahora ya no estaba seguro de nada. ¿Y si el doctor Ferrer se equivocaba? ¿Y si aquel viejo loco llamado Matías tenía algo de razón dentro de sus balbuceos delirantes? ¿Existía realmente ese tal Drumch? Y si así era, ¿qué es lo que quería, porqué le atosigaba noche tras noche, sin descanso? Demasiadas preguntas sin respuesta, demasiado misterio para un hombre que lo había tenido todo, pero que ahora se encontraba vacío, sin poder evitar un gran sentimiento de soledad allí de pie, acompañado por las voces silenciosas de los muertos que ocupaban todas aquellas tumbas del cementerio.

Un ruido rompió la monotonía de los pensamientos lúgubres de Fuentes, el cual sacó el móvil para responder a la llamada entrante:

–¿Diga?

–¿Don Alberto Fuentes? –contestó una voz que ya había escuchado antes–. Soy el subinspector David Ramírez. ¿Se acuerda de mí?

–Claro, subinspector, ¿qué desea? –Fuentes se dijo que como diablos iba a olvidar al hombre que le notificó la muerte de su hijo.

–Señor Fuentes, necesitaría hablar con usted de un asunto un tanto...peculiar –el tono con el que dijo aquella última palabra no gustó mucho a Fuentes–. Preferiría no hacerlo por teléfono, si fuese usted tan amable de acudir a la comisaría para hablar se lo agradecería muchísimo.

–¿De qué se trata, subinspector? Ya sabe que soy un hombre muy ocupado, y no puedo perder el tiempo en naderías.

–Lo sé, lo sé, pero es importante. Verá, es que hemos sabido que sufrió un accidente de coche, y más tarde también tuvo un percance doméstico. Y también sabemos que está visitando a un doctor especializado en psicología, un tal doctor Ferrer, según el cual usted sufre de una especie de crisis nerviosa. Quizá sería mejor que viniese y así podríamos discutir tranquilamente...

–Oiga, Ramírez, no sé lo que quiere insinuar, pero déjeme tranquilo. Si tengo ganas y tiempo, ya les haré una visita –Fuentes colgó la llamada, visiblemente molesto.

Al quedarse sólo y en silencio otra vez, Fuentes meditó sobre todo lo que le estaba pasando, sopesando las palabras del subinspector Ramírez. Los frenos del mercedes que no funcionaban, la descarga que casi lo electrocuta... ¿Y si Matías tenía razón? A lo mejor era verdad que el Drumch le estaba advirtiéndole de algo. Al fin y al cabo, el duende nunca le había hecho nada malo. La primera vez que lo vio estaba en la habitación de su hijo, luego se lo encontró en el garaje del trabajo, justo antes del accidente. Su tercer encuentro fue en la cocina, antes del apagón que causó que fuese a manipular la caja de los interruptores de la luz. Y por último, lo había visitado la noche que pasó en el hospital. Es cierto que si Matías tenía razón, y el Drumch se aparecía para avisarle, podía haber relación entre la criatura y los accidentes. Pero por más que se estrujase la cabeza, no veía porqué se le había aparecido en la habitación de Julián y en el hospital.

Desesperado, Fuentes salió del cementerio y entró en el taxi que le estaba esperando, poniendo rumbo a casa. Mientras realizaba el trayecto, una idea comenzó a tomar forma dentro de su cabeza. Una vez entró en casa, saludó a Elena, que estaba realizando tareas de limpieza, y se fue directamente al piso de arriba, a la habitación de Julián. Sin saber muy bien el qué, comenzó a buscar minuciosamente por todos los rincones. Registró el armario, la cama, los libros, los cajones de la ropa, inspeccionando escrupulosamente cada lugar del cuarto. Si el Drumch existía y era real, si Matías tenía razón y quería advertirle de algo, tal vez hallara allí la respuesta. Y tras examinar toda la habitación, al final encontró lo que buscaba, en la forma de un pequeño pin metálico que había quedado oculto a la vista detrás de una de las patas de la cama.

Fuentes se quedó mirando aquella pequeña y brillante pieza mientras la sujetaba con dos dedos, fijándose en el logotipo marcado en ella. Las iniciales de la empresa, inscritas

en color dorado, sobre unas pequeñas estrellas del mismo color. Aquel pin era algo que conocía muy bien, pues él mismo llevaba uno igual en su chaqueta. Era la insignia de su empresa.

Al reconocer aquel objeto, Fuentes se dio cuenta de que era el interruptor que mencionó el doctor Ferrer en su consulta. Pero la luz que arrojaba no era para enterrar las visiones del Drumch, sino para disipar las sombras del engaño y la traición. Porque entonces lo supo al instante, un conocimiento tan turbador que casi le dio arcadas en aquel momento.

–¿Desde cuándo te acuestas con Raúl? –dijo en voz alta, dirigiéndose a su mujer, que sabía que estaba detrás de él, en la puerta de la habitación.

–Eso no importa. Lo importante es que al fin te has dado cuenta, aunque no sé cómo diablos lo has hecho. Así que ahora tendremos que hacerlo de una vez, sin esperar más.

Fuentes se volvió lentamente hasta quedar de frente a Elena, la cual le apuntaba al pecho con un revólver. En los ojos de su mujer brillaba una fría determinación, una amenazadora mezcla de odio y avaricia que nunca jamás hubiera imaginado que podría poseer.

–Solo dime una cosa, Elena, ¿matasteis a mi hijo? –preguntó con un ligero temblor de voz Fuentes.

–Era necesario, Alberto. Legalmente la fortuna familiar pasaría a ser de Julián en caso de que a ti te pasara algo. Así que Raúl lo preparó todo, para primero librarnos de ese mocosito llorón al que nunca soporté. Sin embargo Julián se escapó tras una pequeña escaramuza con Raúl, donde se le debió caer ese pin que sostienes. Y al salir de casa, tuvimos la suerte de que apareciese aquel Ford que atropelló a tu pequeño bastardo, haciéndonos el trabajo. Luego Raúl preparó lo de los frenos del coche, pues sabiendo lo rápido que conduces lo normal es que te hubieses estrellado contra algún muro. Pero la verdad es que alguien debe protegerte, porque no hemos podido acabar contigo ni siquiera preparando lo del accidente con la caja eléctrica. Pero aún nos queda una última jugada.

Mientras Elena sonreía con malicia, ambos escucharon como la puerta de la casa se abría, y poco a poco se acercaron unos pasos profundos. Era Raúl, con su metro noventa de altura, la figura oscura que Fuentes había divisado en el garaje de su casa el día del accidente eléctrico. El asesino de su hijo, el que había sido hasta ahora su mejor amigo. Un traidor, un judas.

–Lo siento, Alberto, hubiese preferido que no fuese así, pero no nos dejás otra alternativa –dijo Raúl, con tono condescendiente.

–Iros al infierno, los dos. Ambos sois unos traidores y unos asesinos. No os saldréis con la vuestra –exclamó Fuentes, airado.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Elena a Raúl.

–Cariño, creo que los tres nos vamos a ir a dar un paseo, al fin y al cabo estamos en familia, ¿no? –contestó Raúl con una sonrisa irónica.

El viento frío surcaba la oscuridad de la noche barriendo a su paso las hojas secas de los árboles que rodeaban el cementerio. En lo alto del cielo, el ojo azulado de la inmensa luna se abría paso ante la insondable negrura, iluminando el tétrico escenario que se desarrollaba bajo su mirada vigilante. Pues allí, delante de la tumba de Julián, se hallaban las figuras de tres personas: Fuentes, Raúl y Elena.

–¿Así que este es vuestro plan? –dijo despreciativamente Fuentes–. Pegarme un tiro delante de la tumba de mi hijo.

–En efecto, así es –contestó Raúl, que encañonaba a Fuentes con el revólver–. Mañana Elena denunciará tu desaparición, y encontrarán aquí tu cadáver, al lado del revólver. Imagínate lo que pensarán todos: padre depresivo se suicida tras no poder superar la pérdida de su hijo. Por supuesto la policía hará algunas cuantas preguntas, pero Elena y yo nos encargaremos de exagerar tu estado mental. Eso, unido al hecho de tus dos accidentes y de que visitabas a un psicólogo, será suficiente.

–Y cuando toda tu fortuna esté en mis manos, Raúl y yo nos iremos a disfrutarla a alguna isla perdida del Caribe. ¿Verdad, amor mío? –Elena se volvió a Raúl y le dio un gran beso en la boca, ante la furiosa mirada de Fuentes.

–¿Algo que decir antes de morir, amigo mío? –preguntó irónicamente Raúl a Fuentes.

–Vete al infierno, tú y esa zorra traidora –escupió rabiosamente Fuentes.

Raúl y Elena rieron diabólicamente, una risa maligna que se propagó a través del viento que recorría el cementerio, un sonido que aparte de ellos tres sólo podía ser escuchado por los moradores que yacían impertérritos en la oscuridad de sus tumbas. Y los muertos no saldrían de debajo de la tierra para ayudar a Fuentes.

Fuentes miró fijamente a Raúl, mientras éste le apuntaba a la cabeza y se disponía a apretar el gatillo. Y entonces vio cómo su asesino mudaba su rostro a una expresión de terrorífico asombro, mientras contemplaba algo que se encontraba justo a la espalda de Fuentes. Y enseguida supo de quien se trataba. El Drumch.

Fuentes no perdió el tiempo y actuó, lanzándose sobre Raúl y derribándolo al suelo. Comenzaron un salvaje forcejeo, que de momento se saldó con la pérdida del revolver por parte de Raúl. Aunque éste era más alto y corpulento que Fuentes, no era tan rápido y ágil, por lo que le costaba ganar la posición en la lucha. Intercambiaron algún que otro puñetazo, acompañado de moratones, labios partidos y narices sangrantes. Despojados de la condición humana, ahora ambos contendientes se hallaban reducidos al estado salvaje de dos bestias confrontadas, que rugían con furia intentando destruirse mutuamente.

Se oyó un estampido, un trueno brutal que interrumpió súbitamente la feroz contienda, haciendo que tanto Raúl como Fuentes se apartasen. Raúl se volvió hacia Elena, que sostenía el revólver humeante con ambas manos, y la luna reveló la herida mortal en su pecho. Miró con ojos de sorpresa a su amante, intentó decir algo, pero de su boca sólo salió un pequeño hilillo de sangre que se escurrió por su barbilla. Luego Raúl cayó al suelo, muerto, con los ojos abiertos como platos.

–Todo ha sido por tu culpa, bastardo –gritó Elena, histérica–. Teníamos un buen plan, y tú lo has estropeado, como siempre. Pero ahora lo pagarás.

Elena se dispuso a acribillar a tiros a Fuentes, pero de repente apareció a su lado el Drumch, y la visión de aquella criatura horrible y deforme hizo retroceder a la mujer, que resbaló y cayó hacia atrás. Un sonido de huesos rotos y la cabeza torcida en un ángulo poco común fueron las señales de una segunda muerte, una nueva alma arrebatada al mundo de los vivos que pronto se añadiría a la comunidad de los residentes del cementerio.

Fuentes se levantó del suelo, y comprobó que los dos cuerpos ya nunca más se levantarían por su propio pie. Su socio y amigo, Raúl, convertido en un asesino y un traidor. Su mujer, Elena, transformada en una mujer cruel e infiel. Ambos habían tenido su justo castigo. Ahora podrían permanecer juntos para toda la eternidad, sus almas pecadoras condenadas a quemarse en el fuego del infierno por toda la eternidad.

Todo había terminado. Fuentes dirigió su mirada hacia la figura del Drumch, que poco a poco iba desvaneciéndose en la oscuridad, perdiendo forma, mientras permanecía de pie e inmóvil al lado de la tumba de Julián. Fuentes creyó ver una extraña sonrisa en el rostro arrugado de la criatura, mientras ésta le contemplaba con sus ojos amarillentos. Luego, simplemente, desapareció.

Fuentes se quedó un rato meditabundo, sospechando que ya nunca más volvería a ver al Drumch. Justo cuando iba a marcharse del lugar para avisar a la policía, se dio cuenta de que había un pequeño objeto encima de la losa de piedra de la tumba de su hijo. Se agachó y lo cogió, temblando de emoción al reconocerlo. Las lágrimas bañaron las mejillas de Fuentes, mientras admiraba el diminuto gorrito alargado, su chaqueta militar con galones dorados, su rifle terminado en una bayoneta afilada. Se trataba del soldado de plomo preferido de Julián, el jefe de los fusileros, la pequeña figura que faltaba en la vitrina de la habitación del niño. La pieza que el pequeño Julián siempre llevaba consigo a todas partes.

INFORME MEDICO DEL PACIENTE MAT-001

Hoy ha fallecido el paciente llamado Matías. Al parecer, ha sido víctima de un ataque al corazón, curiosamente tras recibir la visita de algunos de sus familiares. Aunque Matías no quería recibirlos, yo he aprobado la visita, creyendo que sería beneficioso para su estado de salud. Pero tal vez me equivoqué.

Matías sufría de un estado de ansiedad acompañado de frecuentes cambios de humor que repercutían unas veces en un comportamiento agresivo, y otras en un estado de absoluto mutismo. A veces incluso deliraba, hablando de una criatura al que denominaba "Drumch", y que al parecer era una especie de duende fantasmagórico fruto de su imaginación. Según Matías, el Drumch se manifestaba sólo cuando le advertía de que algo malo estaba a punto de sucederle. Normalmente diría que este paciente sufría de un estado alucinatorio permanente y obsesivo, pero hoy tengo dudas.

A la vista de las manifestaciones de otro paciente mío, Alberto Fuentes, que también señala haber visto a una criatura de similar descripción a la de Matías, no puedo impedir que extraños pensamientos crucen mi mente. ¿Y si el Drumch existe? ¿Y si es algo más

que una simple alucinación colectiva, fruto del subconsciente? ¿Y si de verdad esta criatura se aparece a gente en peligro, como señal de advertencia?

Siempre me he mantenido en una posición escéptica en cuanto a sucesos extraordinarios y fenómenos paranormales de toda índole, pero en mi defensa he de decir que este caso es el más extraño que he visto en todo mi extensa carrera. Así que espero no equivocarme si recomiendo a la policía que haga la autopsia al cadáver de Matías. ¿Qué espero encontrar? No lo sé, pero aunque la razón me indique una cosa, mi corazón me lleva a sospechar que tal vez Matías y Fuentes estén en lo cierto en cuanto a ese extraño ser. Y no sería nada raro que la policía descubriese que el ataque al corazón que sufrió Matías fuese provocado por alguna sustancia, inducida por alguno de sus familiares. Una muerte motivada por la avaricia humana, ya que evidentemente Matías es un hombre muy rico, y tal vez alguno de sus herederos sea algo impaciente y no tenga ganas de esperar mucho tiempo para recibir su parte. Al fin y al cabo, la codicia del ser humano no tiene límites, y eso si que es un hecho contrastado a través de los tiempos. Por eso tal vez necesitemos ayuda, alguien que nos proteja a nosotros mismos de nuestros propios pecados, de nuestra imperfección. Aunque a veces dicha ayuda provenga de seres extraordinarios que provienen de una dimensión desconocida para nosotros.

Como el Drumch.

Informe firmado electrónicamente por el Doctor Ferrer en la fecha de hoy:

@#@#@#@#@#@

Un trabajo enfermizo

Por David Villanueva

La tarde era calurosa, y Samuel trabajaba aburrido, contestando algunos de los mensajes de la bandeja de correo web. La mitad de ellos eran amenazas veladas, y otro tercio consistían en largas series de insultos gratuitos y obscenidades...

La productora independiente estaba siendo duramente criticada en las últimas semanas.

Según decían algunos, sus videos documentales sobre la epidemia zombie herían la sensibilidad y explotaban el sufrimiento de personas inocentes.

En concreto, el video que habían comprado, en el que un encapuchado asesinaba a sangre fría a una persona infectada, después de torturarla y prenderle fuego, había despertado oleadas de furia contra la cadena de videos en formato web.

—Que se jodan —señalaba Michael—. Tenemos la libertad de expresión de nuestra parte. El público merece saber. Y nosotros les aportamos información. Es un deber social.

Eso, y las suscripciones web, claro, pensaba Samuel. En apenas 6 meses, la pequeña productora de contenidos había pasado de una situación de números rojos a dar interesantes beneficios.

Samuel no estaba de acuerdo del todo con el cambio de orientación del proyecto, pero era su primer trabajo después de dos años, y no pensaba arriesgarse a plantearle pegas a su jefe.

En el fondo, era legal lo que hacían, ¿no?

Y si algunos zumbados les enviaban videos semi-snuff en busca de fama, ellos no hacían nada de malo en publicarlos. Probablemente es lo que haría cualquier otra agencia de video-web si tuviera la oportunidad.

Llamaron al telefonillo de la oficina. Samuel alzó la mirada hasta su jefe, en la mesa junto a la ventana. Parecía ocupado en el ordenador. O quizás solo disimulaba dejar claro que ocuparse de las visitas no era trabajo suyo...

El joven se levantó y avanzó hasta el video-telefonillo en la pared.

—¿Sí? —preguntó por el intercomunicador.

La respuesta, metálica, le llegó casi al instante.

—Servicio de mensajería. Traemos un paquete para Producciones Solarum.

El rostro sin afeitar y vulgar del operario inundaba la pantalla de video. Poco fotogénico, pensó Samuel...

Comprobó que tenía efectivo, y bajó hasta el piso inferior, a abrir con llave la puerta del local.

—Buenas tardes —saludó el mensajero.

Samuel le respondió distraído. El paquete no era grande, del tamaño de una caja de zapatos.

Firmó, y subió a la primera planta, con la caja, posándola sobre el escritorio.

—Ha llegado esto —señaló el paquete a su jefe.

Miguel mantuvo la mirada fija en el ordenador, concentrado en las estadísticas de la semana.

—¿Quién la envía? —preguntó de manera rutinaria.

—No hay remitente...

El hombre se echó hacia atrás en la silla, alarmado. Observaba con desconfianza a su ayudante y la caja que había subido.

—¿Qué coño es esa basura? —exclamó Michael, proyectando su rabia contra el empleado—. ¿Estás loco? Podría ser una puta bomba...

Samuel vaciló, alejándose involuntariamente de la mesa y el paquete sospechoso.

—No sé... No suena ni nada...

Michael se levantó y cruzó la sala en su dirección.

—¡Esto es la hostia! —se quejó su jefe—. Estoy rodeado de gilipollas y nadie me había avisado.

El hombre rasgó la parte superior del paquete con un cúter, y Samuel dio un par de pasos hacia atrás, nervioso, intentando alejarse de la mesa.

—No te vayas, hijoputa... —el jefe le ofreció una sonrisa sardónica, llena de desprecio—. Si esto estalla, morimos los dos...

Finalmente abrió el paquete, y un olor acre llegó a Samuel.

—¡Joder! —exclamó su jefe, tapándose la boca y la nariz, e inspeccionando el interior de la caja.

El joven contuvo el miedo, y avanzó lo suficiente como para ver el contenido del paquete, que tanto había asombrado a Michael.

Dentro de la caja había un par de manos, en estado de descomposición.

—La madre que me parió —Samuel retrocedió, tropezando con su propia silla, y cayó al suelo.

De rodillas, a duras penas contuvo las arcadas...

—Hay que llamar a la policía —chilló—. Ésta es una mierda muy gorda...

—¿La policía? —el hombre parecía haberse recuperado del susto inicial, y se tapaba la nariz con un pañuelo para evitar el nauseabundo olor.

Su jefe miraba a Samuel con claro desprecio, mientras inclinaba la cabeza.

—No digas gilipollecitas... ¿Sabes lo que hay en esta caja? Jodido gilipollas sin inteligencia. ¡En esta caja está nuestro próximo bombazo de audiencia!

El joven le miró, aterrado. Los ojos de Michael tenían ese brillo onírico que tanto le asustaba en ocasiones.

Y Samuel se dijo a sí mismo que los zombies no eran los únicos monstruos que había que temer...

Más allá del océano helado

Por Roberto Julio Alamo

Todo el universo parecía estar temblando con profundas pulsaciones regulares que llenaban cada rincón del espacio y fluían a través de mi cuerpo y mi mente... H. P. Lovecraft

Las ciclópeas y enigmáticas nebulosas se esparcen por los confines del abismo infinito, y a lo lejos, el gran Arcturus refulge con fuerza renovada. Las rebautizadas constelaciones de Gadhär y Masshûl dan luz al vasto vacío que se abre ante la astronave Kadak-XI, la primera misión tripulada a *Luna Saturni*. La inclinación es de 0,348 54 grados, y hemos de aproximarnos teniendo en cuenta su órbita, cuyo periodo es de 15,94542.

Titán, la mayor de las lunas de Saturno y la más grande del sistema solar, solo es comparable en tamaño a Ganímedes, satélite de Júpiter. Basándome en los estudios y teorías de Ekberg, experto en el terreno de la astrobiología, creía en la posibilidad de que en el satélite se dieran las condiciones para albergar vida. Me asomé hacia el espacio profundo y pude avistar algunos pedazos de nave, que flotaban a la deriva en el gélido y silencioso espacio profundo.

Caronte refulgía en la silenciosa lejanía, abnegada por tinieblas sempiternas; junto a las instalaciones de Nova Terra se alzaban algunas naves de reconocimiento dirigidas a Venus, ya que pertenecían a la Compañía de Cristal de Venus, destinada a buscar valiosas fuentes de energía.

Precisamente era esta empresa la que había financiado la expedición a Titán, puesto que la rama de la astrobiología les resultaba extremadamente atractiva –sobre todo por los beneficios que podía reportar en caso de un hallazgo de relevancia–.

Debido a mi experiencia en el análisis de estromatolitos, investigando los seres que soportan climas adversos, me eligieron para este trabajo. Echaba de menos la colonia de Nova Terra, no me ilusionaba demasiado cruzar el peligroso y desconocido cosmos, pero sabía que debía permanecer en calma, dispuesto para cualquier emergencia.

Mi especialidad estudiaba microorganismos que no requieren oxígeno para vivir, como algunas bacterias del intestino humano o ciertas entidades que moran en los volcanes submarinos; repasando los apuntes de Fogg, observé que las fluctuantes temperaturas de Titán solían rozar los menos ciento setenta grados bajo cero. Partiendo de que la vida es algo más de lo que nuestra primitiva visión pretende, investigué la principal composición química del satélite. Casi todo estaba conformado por metano, que se hallaba en los tres estados: líquido, sólido y gaseoso. Era posible que algún tipo de vida que aún no concebíamos, basara su composición en el metano como elemento principal, en lugar del agua. Océanos de metano se abrían paso en Titán bajo una densa capa de hielo que cubría prácticamente por completo el planeta. Nuestros radiotelescopios no habían logrado aún la tecnología suficiente para realizar sondeos fiables en la gélida superficie, de modo que la única solución era la misión en la que nos hallábamos inmersos.

La rama de astrobiología especializada de Nova Terra había puesto sus esperanzas en mí, y esto suponía un gran prestigio a la par que una gran responsabilidad. Entre los tripulantes del Kadak-XI, casi todos empleados del mantenimiento de la nave, me acompañaban dos científicos de gran destreza: el doctor Ryan Braud y el cartógrafo espacial Derib Jhonson. Ambos estaban tan emocionados como yo debido a la misión encomendada. Sabíamos que permaneceríamos solos durante unos días en la superficie de la luna helada, pero no nos importaba con tal de completar nuestras investigaciones astrobiológicas. De ser concluyentes los resultados, revolucionaríamos los conocimientos del espacio conocido. Observé como lentamente, ante nosotros surgía Saturno, con su gigantesco anillo, y bordeándolo durante unas horas, llegamos finalmente a nuestro destino. El transporte viró al llegar a la luna Titán, y pronto nos acercamos hacia su densa atmósfera. La aeronave se desestabilizó durante el descenso y se dieron fuertes turbulencias; todos sufrimos numerosos golpes mientras tratábamos de alunizar, y finalmente, el transporte venció al fuerte viento cuando sus turbinas se emplearon a la máxima potencia.

Ya a salvo, la astronave descendió lentamente hacia la superficie del gigante helado, y pude admirar la anaranjada atmósfera cuyo horizonte azulado me recordó durante un instante al de la Tierra. Exactamente habíamos llegado hasta el satélite el 14 de Febrero, que según el calendario del planeta Saturno se situaba sobre el V, 6.

Todo a mí alrededor olía como los megalíticos complejos que conformaban las refinerías de combustible de Nova Terra, y por los gestos de mis compañeros, deduje que también reconocieron las emanaciones. Se debían al alto nivel de metano en todo lugar del vasto satélite. Nos abrochamos las máscaras modelo Carter y nos cubrimos con los trajes de cuero tratado; sobre éstos nos pusimos, para resistir al frío, unos monos reforzados, como los utilizados en las minas lunares. Titán había dejado de tener importancia para la comunidad científica debido al revuelo originado por los hallazgos en la superficie de Venus. La difícil obtención de cristales en el planeta, debido a los vestigios de una extraña raza de entidades primitivas, había apartado el proyecto del programa espacial.

Agradecía que las circunstancias se hubieran desarrollado de este modo, puesto que de no ser así, no sería yo el líder de ésta expedición sin precedentes. La compuerta del transporte se abrió lentamente dejando entrar algunos copos, y el olor a metano se hizo aún más insoportable. En el lejano horizonte observamos como enormes volcanes escupían llamas contra los increíbles bloques de hielo. Tales eran las elevaciones de éstos bloques que por un momento pensé que se trataba de cordilleras. En el cielo, las nubes y otras masas gaseosas se arremolinaban creando extrañas formas violáceas, y la oscuridad en el planeta era omnipresente, de modo que nos valimos de nuestras linternas. Procuramos transportar todas las tabletas alimenticias y la comida que nos fue posible, y abandonamos el Kadak-XI. Las colinas purpúreas y blanquecinas de Knomus-XIV, región que nos habían encomendado reconocer, se extendían hasta las rugientes elevaciones volcánicas.

Las temperaturas eran extremadamente bajas, y a pesar del buen abrigo con el que contábamos, nos era imposible andar grandes distancias de una sola vez, pues las piernas

y los brazos se entumecían fácilmente. A pesar de la lejanía del sol, Ryan supo reconocerlo inmediatamente, por lo que Derib pudo trazar la actual órbita del planeta sin inconvenientes. La astronave Kadak-XI, que supuestamente nos recogería pasados tres días –a no ser que surgieran imprevistos–, despegó para marchar más allá de Saturno. Algunas tormentas de gran peligrosidad se aproximaban 30º al oeste, y decidimos refugiarnos durante la noche en una de las múltiples cavernas de hielo que se alzaban en la zona. El hielo, al estar compuesto tan solo de metano, desprendía aquel fuerte olor tan desagradable, lo cual nos dificultó el sueño. De momento no me preocupaba el oxígeno, pues contábamos con botellas de emergencia. Yo hice el primer turno de guardia, y durante la noche sempiterna de Titán, contemplé la bella estampa que ante mis ojos se hallaba: Grandes extensiones de hielo, al parecer formando continentes, se alzaban con blancura impecable ante las formaciones volcánicas; en ocasiones, las nubes de gas tóxico entraban en contacto con el magma, y tremendas explosiones quebraban los gigantescos icebergs provocando terribles temblores de tierra.

Observé el emblema de la compañía que adornaba el cañón de mi pistola lanzallamas y después escribí éste informe. Ahora el turno de guardia le toca a Derib, por lo que procuraré descansar. El frío es casi insoportable, lo que, al sentirlo en mis propias carnes, me hace dudar de la existencia del planeta; se trata del lugar más adverso para albergar cualquier tipo de vida conocida.

V, 9. POR LA TARDE

Desperté algo aturdido, y comprobé los cilindros de mi equipo de respiración nada más levantarme. Después, tras comer un par de tabletas alimenticias, me dirigí al exterior de la caverna para aproximarme al océano de metano. Mi idea era comenzar las investigaciones allí. He de confesar que las extrañas y oscuras nubes de Titán me aterran al contemplarlas, y que los truenos suenan mucho más fuerte que en la Tierra, como si una cólera contenida se avecinara. A lo lejos comprobé como varios rayos caían, y el olor a humedad aumentó. Al pensar en las posibles lloviznas contuve la respiración, pues, evidentemente, en Titán la lluvia es también metano en estado líquido.

Junto a Derib analicé la composición de las diversas capas de hielo y después recogí muestras de metano líquido, las cuales podían ser el hábitat de algún tipo de microorganismo. El silencio era total en aquel pedazo de hielo en mitad del cosmos; quizás fue la razón por la que Ryan comenzó a canturrear mientras recogía muestras minerales. Resultaba aterrador caminar por aquella superficie muerta y congelada, pues parecía que nos halláramos en un oscuro planeta fantasma.

Alrededor de las 6,30 advertí al equipo que debíamos abandonar el trabajo para refugiarnos, puesto que era inminente que aquellos nubarrones monstruosos descargarán su furia sobre nosotros. Observé que el lateral de la montaña helada en cuyo interior nos refugiábamos, no estaba totalmente cubierta por el hielo y la escarcha, de modo que daba lugar a un agudo ángulo pedregoso que descendía en forma de valle. Por supuesto, recogí algunas de las extrañas piedras –similares a los erosionados cantos rodados de los ríos–; éste hallazgo me hizo pensar que quizás, mucho tiempo atrás, la atmósfera de Titán

hubiera sido capaz de albergar el calor suficiente para un deshielo masivo. Probablemente, en otro tiempo, la nieve que pisaba fuera un caudaloso río de metano.

Me resulta molesto tener que alimentarme con éstas tabletas alimenticias a través de la máscara, pero despojarme de éste respirador modelo Carter supondría mi muerte instantánea. Los cilindros funcionan perfectamente, llevando el oxígeno hasta mis conductos nasales, y me pregunto qué frío hará en tan inhóspito lugar, si yo, a pesar de mi abrigo, tiritó sin cesar. Descansaré durante unas horas antes de proseguir el trabajo, pues resulta agotador moverse por la superficie de Titán. Al parecer, la gravedad de la superficie lunar es de 0,14 g. 1.35 m/s², algo que dificulta notablemente nuestros movimientos por la superficie.

V, 9. POR LA NOCHE

Los 5150 kilómetros que conforman el diámetro de Titán convierte el satélite en un mundo entero, un nuevo lugar que investigar. La pasión con la que comencé a caminar sobre este sombrío lugar no se puede comparar a la aversión que siento ahora. La temperatura media ronda ahora los ciento setenta y nueve grados bajo cero, y los vientos incrementan en rumbo sur. La presión atmosférica es sin duda insoportable la mayor parte del tiempo, y el nitrógeno, también abundante en la atmósfera, deja su huella en nuestro material y herramientas. Muchos de los utensilios con los que contábamos en un principio han quedado demasiado deteriorados para su funcionamiento, y llegamos a creer que no podríamos concluir la investigación. Después, Derib ha logrado reparar algunos de los artilugios, lo cual ha permitido que prosiga con mi estudio astrobiológico. Por su parte, Derib continúa analizando la composición geológica del astro. Pediré ayuda a Ryan para finalizar con mi evaluación.

Son las 9,15 y las temperaturas han comenzado a fluctuar de nuevo. El sonido de las erupciones y de las tormentas ya nos resulta familiar, por lo que no influye nefastamente –como antes– en nuestro trabajo.

He tardado horas en contactar con la compañía desde la superficie de Titán, y me he visto obligado a ascender a través de una ladera empinada. Finalmente, la transmisión se ha llevado a cabo, y he informado de que nos encontramos en condiciones de proseguir. El alto mando me ha notificado que nuestra recogida se llevará a cabo después de lo previsto, pues el Kadak-XI ha sufrido un percance al entrar de lleno en un campo de meteoritos. Un avión de reparaciones FG-7 se encargará de que la astronave esté lista, en condiciones para devolvernos a Nova Terra. Los vientos gélidos se han incrementado durante la noche. El clima implacable me ha obligado a abandonar la conversación con la base, y he decidido regresar a la caverna.

La radiación ultravioleta resulta peligrosa cuando la órbita de Saturno resulta próxima al sol, y las placas de hielo, tectónicamente inestables, se derriten a velocidad pasmosa cuando esto sucede.

Ryan me ha informado de que ha realizado un pequeño hallazgo. La composición química de algunas de las rocas que encontré bajo el hielo coincide con la de ciertas canteras de Marte. El mineral con el que están formadas es ligeramente distinto, aunque

he de decir que sorprendentemente conserva el color rojizo. Resulta extremadamente interesante, por lo que proseguiré su trabajo mañana, al despertar.

La sonda robótica K-XII, construida específicamente para la misión Kadak-XI, está supuestamente preparada para resistir las temperaturas del océano de Titán. Aún no hemos comenzado a montarla, pero guardo la esperanza de que mañana esté lista. Temo que la sonda no sea suficientemente resistente para aguantar las terribles temperaturas, por lo que trataré de que la inmersión sea lo más rápida posible. Controlaré la máquina desde los mandos de los que dispongo, en la caverna helada.

V, 10. POR LA TARDE

A lo lejos las nubes descargan intensas lluvias de metano, y el olor a refinería vuelve a invadir la región. Descendí hasta el océano acompañado de Derib y realizamos con la pistola lanzallamas un amplio boquete en la superficie helada. Requería más muestras, por lo que me apresuré a recoger metano líquido antes de que la abertura en el manto helado quedara sellada de nuevo. No pude apartar el medidor de titanio de las aguas del océano, por lo que el rápido efecto de congelación se extendió atrapando el utensilio. Traté de desprenderlo del metano congelado, pero me fue imposible. Ni siquiera las venusianas moscas farnoth devoran a la velocidad que lo hace el hielo de Titán.

Intenté, en numerosas ocasiones, mantener comunicación estable con la base, pero el cableado del interfono se ha visto dañado por la humedad y las frías ventiscas.

Al regresar hasta la gruta, comprobé que el trabajo de Derib y Ryan había resultado satisfactorio, y que la sonda robótica estaba lista para explorar aquellos inmensos y desconocidos océanos. El misterio que albergaba tan oscuro líquido, bajo la gran capa de hielo, no hacía más que inquietarme, aunque estaba dispuesto a lo que fuera para continuar con mis análisis y experimentos. Ryan, experto en física cuántica, se ocuparía de revisar los controles y conexiones de la sonda. Por mi parte, yo supervisaré la inmersión.

Lamentablemente, el temporal no parece tener intención de amainar, de modo que tendremos que posponer la exploración submarina. La sonda está lista, pero no sabemos cuánto tardaremos en poner en funcionamiento el plan. He decidido ordenar que ambos científicos descansen, ya que deben estar en plenas condiciones cuando la sonda realice el reconocimiento.

V, 11. POR LA NOCHE

A pesar de la oscuridad reinante, calculo que ya es de noche en el planeta –según la medición de la Tierra–. Nos hallamos a 17 de Febrero, que según el calendario de Saturno equivale a V, 11. A lo lejos he podido contemplar un espectáculo horrendo a la par que asombroso, pues varios tornados se han formado en las lejanas cordilleras, y conservando la electricidad de la tormenta, se han desplazado destrozando parte de los inmensos glaciares. Las temperaturas provocan que en cuanto la capa de hielo se parte dejando ver el océano, el metano se congele de nuevo supliendo la capa agrietada.

He estado realizando algunas comprobaciones en nuestro precario refugio en la caverna helada, y he llegado a la conclusión de que bajo el metano líquido existe algún tipo de microorganismo desconocido, algo sorprendente. No he podido mantenerlo en secreto hasta una nueva evaluación, pues Ryan y Derib se han percatado al instante debido a mi entusiasmo. La primera guardia, como siempre, me toca a mí, de modo que me he permitido unos minutos para escribir éste informe poco detallado en el rollo. Aunque dudo que la mayoría de las experiencias vividas aquí me sirvan para la investigación, pues resultan triviales, prefiero dejar constancia de ellas. Es posible que requiera que todos y cada uno de los datos queden registrados en mis rollos de información.

Observando el horizonte, poco antes de irme a dormir durante el turno de Ryan, he creído enloquecer durante unos instantes. A lo lejos, más allá del océano helado, distinguí extrañas y bellas luminiscencias. Diversos colores impregnados de un haz fantasmal, cubrían el cielo sepultando a las borrascas negruzcas. En un principio quedé asombrado, aunque después creí haber hallado un motivo lógico. Aquel fenómeno, probablemente, se asimilara al producido en la Antártida, en el planeta Tierra, conocido como “aurora boreal”. El despliegue de luces y colores resultó impresionante. Aún, mientras escribo estas líneas, contemplo éste espectáculo de la naturaleza, aunque el sueño comienza a hacer mella en mí. Mañana utilizaremos la sonda robótica para explorar el fondo marino de Titán.

V, 12. DURANTE EL OCASO

De nuevo, un espectáculo de luces se extendió por el manto celeste, y su haz fulgurante se reflejó en las numerosas capas de hielo, que cambiaron de color al instante. De pronto, el satélite pareció ser invadido por una gran gama de tonos psicodélicos y extrañas sombras. Las formas se retorcían cada vez más, y la vista comenzó a dolerme al contemplar tales fenómenos.

El desconocimiento de aquella luna supuso que quedara desconcertado, y aunque solía tener una explicación científica para todo, ésta vez no logré concebirla. La gran placa de hielo se agrietó por algunos extremos, y pronto nos aproximamos al océano de metano para comprobar que grandes agujeros poblaban la superficie. El denso líquido parecía estar en ebullición a pesar del frío, y su sonido burbujeante se unió al de la brisa.

Ordené que Ryan y Derib trasladaran la sonda robótica hasta las escarpadas orillas del mar, y pronto lanzaron el androide a las aguas. Éste se perdió en la oscuridad mientras rayos y centellas iluminaban la gran capa de borrascas que se extendía a lo largo de la cordillera helada. La capa nubosa, formada por aerosoles de hidrocarburos, ocultaba parte de la superficie del planeta, convirtiéndose en una terrible tempestad que, afortunadamente, no parecía dirigirse hacia nosotros.

Aun así, tomamos la precaución de apresurarnos e ir hasta la caverna. Se percibía un ligero oleaje bajo la placa de hielo, producido por los movimientos tectónicos y las erupciones de ciertos volcanes submarinos. Las explosiones se sucedían continuamente,

pues los elementos químicos que predominaban eran extremadamente inflamables e inestables. El lector HV midió altas emisiones de carburo en el sector IX de Knomus-XIV.

La refracción de los rayos ultravioletas provocaba que se diera un extraño fenómeno, dando la iluminación perfecta para que la tormenta se reflejara en el océano helado en su total magnitud. Era como ver un espejo de dimensiones titánicas bajo el peor de los temporales conocidos. Ordené que Ryan utilizara el acelerador de partículas Quantum para analizar el núcleo atómico de los componentes químicos del lugar. El olor del planeta cambiaba ligeramente, aunque preservaba el hedor similar a las refinerías, producido por el CH₄.

Encendí la maquinaria necesaria para controlar la sonda desde nuestro improvisado refugio. La pantalla se encendió al momento, mostrando a doce aumentos las partículas flotantes en el mar de metano. La sonda avanzó durante unas horas sin que captáramos ningún indicio de vida. Pasado un rato le cedí el turno a Ryan, puesto que ya estaba cansado de buscar en aquel inmenso lugar. Hasta el momento no había hallado nada, y reconozco que esto me desesperó en cierta medida.

Fue más tarde, durante el turno de Derib, cuando se produjo un hecho asombroso. El científico exclamó algo mientras observaba quedo la pantalla, y me apresuré a aproximarme. Me aseguré temblando de emoción que había visto algo nadando en el líquido, algo más grande de lo que pensaba. Durante unos momentos, la imagen aumentada se había visto eclipsada, puesto que algo había pasado por delante. Le advertí que era posible que tan solo se tratara de un pedazo de hielo a la deriva, aunque viendo su ilusión, le permití realizar una nueva inspección por el mismo sector. Redujo los aumentos de la sonda robótica y la envió al mismo punto.

Las aguas de metano solían estar turbias, ya que las numerosas erupciones cubrían todo de ceniza; creímos comprobar que a lo lejos una forma nadaba. Resultaba realmente extraño, pues en un principio creí distinguir la borrosa silueta de una especie de animal acuático. Las extremas temperaturas de aquel lugar nos provocaban fuertes temblores, y en tales condiciones era dificultoso manejar la maquinaria.

De pronto, esa cosa se movió a una velocidad increíble y debió golpear contra la cámara, puesto que la imagen se perdió por completo. Golpeé el monitor asustado, con la esperanza de recuperar la visión del fondo marino, pero fue imposible. Corrí a encender el audio, puesto que la sonda contaba también con micrófonos especiales. No puedo describir con total fiabilidad lo que escuché, pero puedo asegurar que resultaba similar al sonido que producen los delfines, aunque mucho más aterrador, como gutural. Pasado medio minuto, el sonido también se perdió por completo tras un fuerte golpe. Apreté los puños ¡Probablemente habíamos encontrado vida! Pero por desgracia habíamos perdido una herramienta indispensable para el curso de la investigación astrobiológica.

Las placas que cubrían el océano se desgajaron debido a la fuerza del viento; los bloques gélidos se hundieron en el mar de metano produciendo gran estruendo. Por una de las grietas en el hielo creí ver que algo se movía, y rápidamente agarré los prismáticos. Por desgracia, la cantidad de nubes de polvo que escupían los montes helados al desprenderse de la placa, ocultaban el océano. Poco después la tormenta cesó, y

aguardamos en la caverna esperando a que la blanca polvareda se disipara. Los terribles rayos se alejaron hacia el noroeste, y todos suspiramos aliviados.

El punto crítico del metano se producía sobre los ochenta y dos grados bajo cero, y según el medidor climatológico, nosotros nos hallábamos ni más ni menos que a ciento ochenta y dos ¡Casi a doscientos grados bajo cero! Quizás se trataba del clima más bajo al que habían estado expuestos unos hombres.

Dejamos el equipo encendido mientras descendíamos hacia el océano agrietado, que se hallaba colina abajo. Al llegar allí, observamos que una especie de mancha grisácea y repugnante se extendía bajo las grietas, como si se tratara de petróleo.

Llegamos a la orilla y comprobamos que, efectivamente, algún tipo de animal ascendía a la superficie desde las grietas. Me fijé en que se correspondía perfectamente con la silueta que habíamos contemplado a través de la pantalla.

A mi entender, parecían alguna especie de evolución de los moluscos gasterópodos. Estaban totalmente adaptados al medio, moviéndose y retorciéndose a gran velocidad. Sus alargados cuerpos mostraban una pequeña cresta medio dorsal, una glándula mucosa caudal y una placa de reptación, aunque carecían de las antenas que caracterizaban a las babosas terrestres. Lo que me resultó más sorprendente aún es que en ocasiones se convertían en una especie de mancha grumosa, resultando semilíquidas. Se trataba de seres horripilantes e innombrables que no debería siquiera recordar. Me duele albergar tales imágenes en mi mente, y más aún recordarlas, pero es necesario si quiero una detallada descripción. Su piel grisácea y pegajosa se contraía expulsando algún limo repugnante, y se desplazaban a una velocidad inverosímil, por lo que alcanzaron nuestra posición en cuestión de segundos.

Vimos que cuando estaban cerca de nosotros, algunas frenaban su avance y otras se sumergían de nuevo, abriendo el hielo con algún tipo de jugo gástrico. Fue entonces cuando Ryan quiso hacerme alguna pregunta, y acto seguido, cuando comenzó a hablar, dos de aquellas criaturas surgieron bajo sus pies, escarbando la nieve. Ryan quedó perplejo observándolas, al igual que nosotros, y de pronto, una de aquellas cosas agarró su pierna y tiró con fuerza de él. El grito de Ryan fue ahogado por un brutal chapoteo. Era evidente que Ryan habría muerto nada más tocar el metano líquido, ya que a pesar del traje esto provocaba la congelación inmediata.

¡Ryan había muerto! Llamé a Derib para que me siguiera, y corrimos a toda velocidad hacia el interior de la caverna. Tuvimos suerte en aquel momento, ya que nada más abandonar la orilla del océano helado, una enorme placa –sobre la que nos hallábamos momentos antes– se desprendió hundiéndose en parte.

Llegamos a la caverna y continuamos sin mirar atrás. Recogí el comunicador, que se hallaba separado de nuestro equipo, a la entrada de la gruta. Nos encaminamos por un peligroso túnel cuyo techo estaba totalmente cubierto de afilados témpanos totalmente congelados. Ni una sola gota vimos caer por las amplias paredes de la gruta, lo cual indicaba que las temperaturas habían descendido de nuevo. No me dio tiempo a recoger ninguna herramienta del equipo, ni siquiera las necesarias para nuestra supervivencia.

Un extraño sonido nos hizo frenar en seco, y quedamos paralizados al ver que se trataba de algo que escarbaba bajo el hielo. Le susurré a Derib que no se moviera, que

aguardara a mi señal para salir corriendo. Me preocupaba la velocidad de esas bestias, pues habían parecido ser muy hábiles cuando les vi cazar al desgraciado Ryan.

Tres montículos surgieron en el hielo, y después se resquebrajaron lentamente mientras veíamos cada vez mejor una repugnante piel brillante. Se trataba de tres de aquellos monstruos. El hedor de las “babosas anfibias” se antepuso al olor del metano, y procuramos no hacer ruido, aunque he de decir que estuve a punto de vomitar. Las entidades surgieron de sus agujeros y se deslizaron por el suelo babeantes. Al ver que las criaturas nos buscaban a tientas, pues en ningún momento observé que poseyeran ojos, comprendí que se guiaban por el sonido. Entonces hice señas a Derib para que guardara silencio. Las criaturas reptaron produciendo aquel repugnante limo tras de sí, y se frotaron contra el hielo, tratando de encontrarnos. Mientras una de aquellas babosas repulsivas se acercaba peligrosamente a mis botas, desenfundé con cuidado la pistola lanzallamas. El sonido de la funda de cuero debió retumbar en alguna frecuencia que fui incapaz de captar, puesto que los tres animales frenaron su avance y elevaron un segmento de su pegajoso cuerpo. No se diferenciaban por ninguna de sus partes, y se contraían y expandían al avanzar. Noté que Derib sufría terribles nauseas al contemplar tales bestias.

Debían ser seres extremadamente resistentes, ya que soportaban aquellas temperaturas tan bajas. Sin pensármelo dos veces, al ver que se disponían a atacarnos, utilicé la pistola lanzallamas y disparé una ráfaga de fuego contra las bestias. Debió producirse una reacción química de alto contenido en hidrógeno, puesto que, debido a los gases en contacto con el fuego, una bolsa de aire explotó en las cercanías. Ambos caímos al suelo con brutalidad, aunque tuvimos la suerte de que ninguno de nuestros cilindros de oxígeno se vio dañado. Las criaturas, o lo que quedaba de ellas, estaba esparcido por toda la caverna. Sonreí tras mi máscara, puesto que consideraba que habíamos logrado vencer a aquellos anfibios. Por desgracia, comprobé que la explosión había dañado de forma irreparable las comunicaciones con la nave y la lejana base de Terra Nova. Deberíamos aguantar sin dar señales de vida hasta que el Kadak-XI volviera en nuestra busca.

¡La misión había resultado un completo fracaso! Y no solo eso, sino que íbamos a correr grave peligro, un peligro mortal, si permanecíamos en la superficie de Titán. Consideraba que era una gran ventaja saber que se guiaban por el sonido, e informé a Derib para que estuviera a alerta. Ahora nos hallamos en uno de los múltiples recovecos de la gruta; procuro escribir sin hacer ruido. Pronto nos encaminaremos a la superficie, ya que la astronave regresará para recogernos.

V, 13. APROXIMADAMENTE EL AMANECER

Los rotores de la astronave fueron audibles desde el interior de la caverna, por lo que ascendimos a gran velocidad, hundiendo los pies en la nieve. Observé que la astronave llegaba desde el noroeste, y frené el avance de Derib, que pretendía abandonar la caverna. Le advertí que escuchara con detenimiento, puesto que podía oír como esas bestias reptaban bajo la nieve.

Traté de hacer callar a Derib, pero este protestó advirtiéndome que debíamos salir hacia el exterior. No logré frenar su avance, y el muy imprudente corrió haciendo mucho ruido –ya que las hebillas de su equipo tintineaban continuamente–.

Antes de que el pobre Derib abandonara la gruta, sus pies fueron agarrados con fuerza por aquellos repulsivos flagelos grisáceos, y ante mis ojos, desapareció bajo las nieves emitiendo el más terrible grito que he llegado a escuchar. Gateé con sigilo, en dirección al exterior, viendo como la nave recorría el cielo nublado de Titán. Sin embargo, poco antes de que llegara a la salida, de la misma abertura por la que se habían llevado a mi compañero surgió otra de aquellas babosas. Oía como más se deslizaban bajo la nieve, y quedé inmóvil. Sentí una terrible impotencia, teniendo mi salvación a escasos metros y sin poder hacer absolutamente nada. Las criaturas me podían coger con aquella rapidez, y hundirme en el hielo para después devorarme.

¡No podía salir de mi escondite y avisarles! ¡Hubiera sido un suicidio en toda regla! El transporte realizó un exhaustivo reconocimiento sin llegar a avistar a las criaturas, que se desplazaban bajo las capas de hielo, como las lombrices en la tierra. No solo la misión había fracasado, sino que dudaba que la astronave me llegara a ver. Sin duda, en caso de que los científicos se extraviaran, la normativa de la Compañía de Cristales de Venus era simple: Abandonar el proyecto hasta la evaluación del fracaso de la misión. Probablemente el proyecto Kadak-XI será anulado, puesto que el alto coste del programa espacial obligará a la compañía a retomar otros proyectos de más importancia. Ahora estoy solo, y escucho el viento que azota Titán mientras huelo el penetrante metano. La astronave viró de nuevo realizando una última inspección de la superficie, y al no hallar a nadie, se marchó dándonos por perdidos. Mis compañeros habían muerto terriblemente, y solo es cuestión de tiempo que yo también sucumba.

He quedado abandonado en éste maldito satélite, en una de las lunas de Saturno. Siento un terrible tormento, como si una llama, una llama fría, quemara mis últimas esperanzas. Saber que mi final tendrá lugar en éste lugar, en éste infierno helado, me mata por dentro. Las fuerzas se me acaban, y dispongo de pocos víveres, pues muchas tabletas alimenticias fueron afectadas en la explosión.

He tomado una decisión. No dejaré que esas cosas acaben conmigo. Me despojaré de mi máscara de oxígeno y moriré. Prefiero fallecer congelado al instante que sufrir la muerte a manos de esas bestias. Espero que mi informe sea hallado por la compañía, pues Titán no es un lugar seguro, y las bestias que lo habitan son capaces de provocar la locura en un hombre. Que mi desgraciada muerte sirva como advertencia a los que vengan tras mis pasos, pues no es aconsejable continuar el camino a través de la helada superficie del satélite. Me falla la mano, garabateo mis últimas palabras. Que se apiaden de mi alma, pues ya les escucho, y escarban en el hielo. Sonidos roncós que yo asocio con la respiración, se hacen más fuertes, y mientras acciono los resortes de la máscara modelo Carter, alzo la pistola lanzallamas ante su inminente proximidad. Solo espero morir antes de volver a contemplarlos...

El Guardián de los Muertos

Por Luis Carbajales

El cruzado despertó. ¿No había muerto? Al hundirse su navío en el Mar Mediterráneo, durante aquella terrible tormenta, había estado seguro de que lo próximo que vería sería al Todopoderoso. Sintió su cuerpo mojado y entumecido. Sobre su piel, aún se encontraba su cota de malla, con algunos desgarrros que mostraban grandes moratones y heridas manchadas de sangre seca. El tabardo con la insignia de la cristiandad había quedado irreconocible, y ya casi estaba desprendido por completo. Su fiel espada había desaparecido junto a su vaina, y no llevaba el yelmo.

Con esfuerzo, comenzó a levantarse. Se hallaba bajo un cielo plagado de grises nubes, al atardecer. Tras él, el mar, mucho más tranquilo que la última vez que lo contempló. Al frente, la playa en la que se encontraba, y que unos metros más adelante se transformaba en una frondosa y oscura selva. No había a la vista rastro alguno del barco en el que viajaba, ni de los demás miembros de la tripulación, entre los que se contaban sus viejos compañeros de armas.

¿Qué lugar sería ese al que le habían arrastrado las olas? El barco se había hundido lejos del continente negro, por lo que, a pesar de la selva, no creyó que estuviera en África. ¿Sería aquella alguna isla perdida de la mano de Dios?

Sin duda, había algo extraño en la selva, algo que daba la sensación de que nadie había salido vivo de aquel lugar en siglos. Quizá fuera por la conmoción, pero mirar hacia las profundidades de la siniestra vegetación le producía un escalofrío tal que no había sentido ni ante el terrible ejército sarraceno, ni al observar a sus amigos guerreros caídos en batalla gritando de dolor, con sus miembros mutilados o sus entrañas expuestas. ¿Qué clase de brujería se ocultaba tras aquellos árboles, tan poderosa que sus malignos efluvios emanaban hasta él?

Tras pasear por la playa durante horas, y lograr atrapar un pez que devoró con ansia, siguió sin encontrar rastro de su nave o sus compañeros. Así pues, decidió que había llegado el momento de explorar la jungla.

Apartando amplias hojas de color verde oscuro, lianas colgantes y altísimas hierbas, llegó a un camino natural que discurría entre los gruesos árboles. Por la intacta vegetación, no parecía que seres humanos civilizados hubieran pisado aquel lugar jamás. Sin embargo, y extrañamente, no se escuchaba apenas ruido salvaje en aquella maleza. Tan solo un crujido lejano de vez en cuando, o el misterioso sonido de algo arrastrándose, que provenía de algún lugar indeterminado. Pero no se oían pájaros de colores, ni juguetones primates, ni fieros felinos, como el cruzado había imaginado que tenía que suceder a la fuerza en un sitio así.

Tras avanzar durante más de una hora, un nuevo ruido, constante, incesante, llegó claramente a sus oídos. Un golpe tras otro, emitidos regularmente, pero con una sonoridad que transmitía cierta musicalidad, parecían indicar que se trataba de algún tipo

de tambor. De modo que aquel lugar sí que estaba, sin duda, habitado por hombres, aunque a la fuerza debían ser sarracenos o salvajes.

Con el valor que le caracterizaba, el cruzado se dirigió hacia el origen de la música, esperando descubrir alguna pista sobre aquella tierra aparentemente sin cristianizar. Caminando entre árboles y grandes rocas, llegó a vislumbrar unos metros más allá un pequeño claro en el que seres humanos, negros como el carbón y casi desnudos, se movían de aquí para allá. Pudo acercarse sin ser visto, y esconderse tras un viejo tronco caído y rodeado de arbustos, desde donde tenía una visión clara de la escena al completo.

Uno de los indígenas sostenía un rudimentario tambor que tocaba sin cesar, y del que procedía el sonido que el cruzado había seguido hasta allí. El músico portaba una grotesca máscara que mostraba un rostro demoníaco, y que parecía conferirle cierta autoridad sobre sus congéneres, ya que daba órdenes al resto del grupo en su lengua bárbara, mientras les marcaba el ritmo con su instrumento. Los otros siete aborígenes, comandados por el primero, trabajaban alrededor de una gigantesca hoguera de la que provenía un nauseabundo olor a carne quemada, y que ayudaba al sol a iluminar las últimas horas del día.

La extraña congregación no asustó al cruzado, curtido en terribles batallas, que, sin embargo, sí se vio profundamente conmovido por la tarea que realizaban, y, más concretamente, por lo que realmente albergaba aquel claro.

Las cruces con nombres tallados clavadas en el suelo, las rudimentarias lápidas de piedra, no dejaban lugar a dudas. Allí, en esa selva diabólica y perdida, en el último sitio en el que habría esperado hallar rastro alguno de hombres y mujeres temerosos de Dios, había un cementerio cristiano. Un cementerio casi improvisado, quizá creado por alguna expedición.

Y existía allí desde hacía tiempo. Algo que el cruzado pudo comprobar no solo por la decrepitud de algunas de las cruces, sino, lamentablemente, también por el estado de los cadáveres que se hallaban a la vista. Y es que, y esto fue lo que realmente impactó, horrorizó y enfureció al cruzado, los salvajes se encontraban realizando algún siniestro y blasfemo ritual, que consistía en desenterrar a los muertos y arrojarlos a la hoguera alrededor de la cual actuaban. Los cuerpos, putrefactos, faltos de pedazos o casi esqueletos, estaban siendo llevados desde sus sacrosantos lugares de reposo al infernal fuego, en el que se amontonaban ya casi una decena, mientras el monstruoso músico embravecía a los herejes para que continuaran con su abyecta labor.

Semejante acto, tan irrespetuoso para con los buenos cristianos allí enterrados como para con Dios, hizo hervir la justa cólera del cruzado por encima de cualquier miedo que todo aquello pudiera causarle. Al fin y al cabo, incluso en aquel olvidado lugar, un cementerio seguía siendo tierra santa, que él había jurado proteger.

Quiso Dios o la fortuna que uno de los negros dejara su lanza apoyada junto al tronco caído tras el que el cruzado se hallaba. Así pues, tomó aquella tosca arma y, blandiéndola y gritando con todas sus fuerzas, saltó al interior del claro, dispuesto a morir si era necesario.

Los salvajes, al contemplar el cuerpo grande y musculoso del cruzado salir de entre la maleza, sucio y con su armadura desgarrada, rugiendo y agitando una lanza ante ellos,

sufrieron un ataque de terror que les forzó a soltar los cadáveres y herramientas que portaban, y a correr hacia la selva que tan bien conocían. Todos ellos huyeron, mientras el cruzado los perseguía hasta las lindes del claro. Entonces, se obligó a calmarse por el momento: debía volver para dar correcta sepultura a aquellos hombres y mujeres piadosos. Una vez terminada la tarea, ya se encargaría de los indígenas.

Extenuado como se hallaba, la visión de los muertos ardiendo, de las tumbas abiertas y de los cadáveres expuestos, además del posible peligro de los profanadores, que podrían volver en cualquier momento, le impidió descansar ni un minuto. Rápidamente, salvó de las llamas a unos pocos cadáveres, a todos los que pudo. A continuación, emprendió la labor de enterrar los cuerpos que los espantados herejes habían abandonado en el suelo, mientras el sol terminaba de ocultarse, dando paso a la negra noche.

La oscuridad de la selva a su alrededor, la presencia de los cuerpos, y, sobre todo, todos los terribles acontecimientos vividos aquel día, parecían haber caído de golpe sobre los hombros del exhausto cruzado, haciéndole sentir una desazón como nunca había sufrido, pero que no le hizo detenerse en su labor cristiana. Se preguntaba dónde estaría, y si alguna vez volvería a ver vivo a uno de los suyos, mientras sus cansados músculos, forjados en la batalla, pero ahora débiles y doloridos, echaban tierra sobre uno de los cadáveres, con ayuda de las herramientas que los aborígenes dejaron tras de sí.

Por primera vez paró, y contempló el cuerpo que estaba enterrando. A pesar de la negrura que reinaba en los alrededores, el fuego permitía verlo a la perfección. Se trataba probablemente de un hombre, aunque su carne gris estaba tan consumida que era difícil de decir. Sus cuencas vacías parecían mirar al cruzado, diciéndole que por favor le enterrara. O quizá, algo peor. ¿Qué sucedía si la exhumación había perturbado su alma? Pero los fantasmas eran cosa de los cuentos, su espíritu debía reposar en los cielos.

¿Se estaba volviendo loco el cruzado? Le había parecido que el muerto que tenía ante él, hundido en un hoyo, y con el hueco donde un día estuvieran sus tripas relleno de tierra, había movido la boca. ¿Quería realmente decirle algo? No podía estar sucediendo... Aunque si una obra de brujería semejante pudiera tener lugar en alguna parte, seguramente sería allí, en aquella maldita selva.

De nuevo, la mandíbula inferior se movió, y esta vez el cruzado percibió claramente un gemido que provenía de su interior. "¡Imposible!" Gritó, pronunciando su primera palabra coherente desde que despertara en la playa. Se dio la vuelta, buscando instintivamente su arma. Cuando vio la lanza sobre el suelo, se abalanzó sobre ella, mientras el gemido, que parecía provenir directamente del Infierno, se repetía tras él. Con los nervios destrozados, saltó sobre el cuerpo, en el interior de la tumba. Con la caída, le aplastó la caja torácica, que se partió en varios pedazos malolientes. Aun así, el cruzado pudo observar cómo la cabeza se movía, abriendo y cerrando la boca, intentando atrapar algo con lo que restaba de sus dientes. Los macilentos brazos se alzaban para tratar de agarrar al cruzado, mientras este, frenéticamente, golpeaba con la punta del arma todas las partes del muerto viviente. Cuando lo hubo destruído casi por completo, el monstruo pareció detenerse al fin.

Se calmó un segundo, inspirando y aspirando con fuerza, con el sudor recorriendo todo su tembloroso cuerpo. Y entonces se dio cuenta de que ruidos de criaturas

excavando y arrastrándose, graves y cansados lamentos, crujidos de viejos huesos, se oían por todas partes a su alrededor. Salió del hoyo en el que se hallaba, escalando.

Por todo el cementerio, los muertos abandonaban sus lugares de reposo. Los cadáveres podridos, rotos, infestados de larvas que había visto antes, ahora se movían con pesadez, o buscaban un camino hacia el exterior. Los que habían quedado fuera de sus tumbas, excepto aquellos que ardían, que aún intentaban salir de la hoguera, ya se encontraban de pie y observaban al cruzado con sus ojos putrefactos, agrietados o desaparecidos en la negrura que poblaba el interior de sus cráneos. Mientras avanzaban hacia él con lento andar, manos, cabezas, y torsos enteros surgían del suelo, como llegados directamente desde el averno, expulsados de allí por el mismísimo Satán.

El cruzado, aterrado, giraba y saltaba en todas direcciones, intentando manejar un arma a la que no estaba acostumbrado. Una mano que parecía plantada en la tierra agarró su tobillo, haciéndole caer sobre los restos reanimados de una mujer sin mandíbula. Su estado de descomposición era menos avanzado que el de otros, y aun así el amoratado cuerpo se despellejaba al contacto con la cota de malla, mientras su rostro sin vida contemplaba a su presa. Las hinchadas manos del cadáver desgarraron el metal que cubría al cruzado como si se tratara de papel, hundiendo los dedos en su torso y brazo. La lanza cayó de su mano debido al dolor, y, mientras intentaba ponerse en pie, otro de los seres, con la boca llena de gusanos, le mordió en el costado, produciéndole una tremenda brecha tanto en armadura como en carne, mientras los insectos entraban en la nueva herida, en busca de sangre fresca.

Uno tras otro, los muertos llegaban y se alimentaban del cruzado, que aullaba de dolor pidiendo auxilio a Dios y a cualquiera que pudiera oírle. Pero los salvajes se habían ido muy lejos, ya que sabían bien lo que sucedería allí al caer la noche. Y es que, (y esto el cruzado solo lo entendió en sus últimos momentos, justo antes de que los muertos demoníacos desgarraran su garganta), aquellos aborígenes, al quemar los cuerpos enterrados, tan solo intentaban evitar que estos se levantaran de sus tumbas, en busca de la carne de los vivos.

El error de Naashim

Por Roberto Julio Alamo

Las nubes dibujaban bonitas y sorprendentes formas en el firmamento tiñéndose con tonos violáceos y azulados. El zigurat se elevaba sobre una amplia meseta terrosa terminada en terraplén en mitad de la vasta extensión baldía y algunos hombres contemplaban las estrellas escrutando el manto celeste.

La ciudad de Akkad era una de las más imponentes de toda Mesopotamia, la estatua de Naram-Sin se alzaba junto a la de Sargón I de Kish, el fundador de la urbe. Multitud de saberes antiguos habían perecido junto a los hombres que los poseían en las terribles y continuas guerras.

Gudea era un hombre de estatura mediana y rasgos acusados, como la mayor parte de los sumerios; era hijo de un astrólogo matemático llamado Naashim, importante entre la corte. El joven caminaba junto a la intrincada red de canales de riego mientras admiraba la exuberante vegetación de los jardines cuando le sorprendió ver una estrella fugaz.

La estrella se perdió de vista tras el enorme zigurat, que formaba una torre escalonada llamada *Kathu alu'ú de Akkad*, en cuya cúspide se colocaba la figura de cerámica del dios que daba nombre al templo. Eso recordó al joven Gudea la cantidad de depravados sacrificios que se habían hecho ante ésta deidad.

Los estudiosos denominaban a ésta criatura *alu'ú lemnu sha pa la Izzu atta*, significando «el alu'ú sin boca». La palabra *Kathu* significaba ominoso, y *alu'ú* demonio, lo que hace suponer la terrible naturaleza de tal dios.

Llamados «cabezas negras», pues así creían que desde lo alto les veían los dioses, los habitantes de Akkad continuaban con sus labores cotidianas; los sacerdotes oraban en el zigurat, los artesanos labraban la arcilla, los agricultores descansaban esperando el amanecer, y los guardias paseaban por las murallas de adobe.

Llegó entonces Naashim ante su hijo Gudea mientras portaba unas tablillas en las que escribía con su cuña, y el joven preguntó a su progenitor en lengua aglutinante:

—¿Por qué razón los sacerdotes sacrifican en honor a ese demonio?

—Mío —respondió Naashim, mesando su frondosa barba bífida—, no debes hablar así... *Kathu alu'ú* es una deidad colérica. Si Él percibe que maldices su nombre, o te escuchan los monjes de Akkad perecerás en poco tiempo.

—Pero padre, ellos...

—Su forma de actuar es incuestionable, hijo mío. No debes inmiscuirte en los asuntos que superan la concepción humana... Es lo que aprendí de mi padre, y él del suyo; es hora de que comprendas que somos una mota de polvo en el universo, una débil ráfaga de viento en la historia —explicó el sabio Naashim.

Gudea estaba enfurecido, desafiaba a los religiosos. Su amada había perecido en uno de aquellos horrendos rituales en honor a aquella figura octopoide de cerámica, y desde entonces despreció al demonio sin boca. El joven —al igual que el resto de los habitantes de la vieja urbe de adobe— había tenido que estar presente en la cruel ejecución, y

comprobó que los monjes del templo leían sus oraciones del libro de Akkad; el siniestro volumen estaba escrito en una lengua que tan solo los sabios conocían, y profería una serie de alabanzas al señor bajo las aguas.

Dispuesto a frenar los terroríficos sacrificios públicos, el joven Gudea se planteó acceder al zigurat y robar el libro; si su padre o cualquiera de los ciudadanos de Akkad le veía, se daría la alarma y perdería la vida.

Aún a riesgo de perecer bajo el yugo del culto, Gudea avanzó hasta el gran templo escalonado y ascendió las escaleras en la noche. Las antorchas de los guardias refulgían, por lo que no le fue difícil acceder al interior, erosionado por los años.

Los monjes avanzaban en fila hacia el oratorio, pues ya habían «bendecido» el púlpito y la daga serpenteante; numerosos símbolos arcanos de procedencia desconocida adornaban las paredes de roca, y Gudea avanzó vigoroso por los túneles de la edificación. Aguardó frente al oratorio esperando la salida de los monjes y observando el atril donde el libro de Akkad permanecía abierto.

Una vez concluidas las extrañas oraciones, los religiosos sumerios abandonaron el habitáculo dejando al hijo de Naashim a solas con los sagrados textos, los cuales agarró sin dilación y escondió bajo su embadurnada túnica. Al salir del templo recorrió las escalinatas y marchó en dirección a la costa, pero fue avistado por su padre cuando abandonaba la ciudad cruzando los muros pétreos.

La pérdida no tardó en ser descubierta y los monjes surgieron del zigurat; Gudea corrió hacia un caballo y cruzó las arenas a gran velocidad jactándose de su logro. Fue Naashim detrás de él para ayudarlo y los monjes también le persiguieron.

Los servidores del dios perdieron a Gudea y a su padre en los cañones al este de la ciudad, y Naashim le preguntó a su hijo.

—¿Por qué has robado el libro de Akkad? ¿Acaso no escuchaste lo que te dije?

—Sí, padre. Sabes que siempre te he sido leal y obediente, pero también conoces los sentimientos que albergaba hacia la que iba a ser mi mujer, y ellos la quitaron la vida— respondió el joven.

—Has escapado audazmente de tus perseguidores, pero no son los hombres a los que has de temer, hijo mío. El sacrilegio no quedará impune, Gudea, y nadie podrá protegernos

Sabiendo que su hijo se había sentenciado, Naashim, que profesaba un gran amor por él, había sacrificado su vida al acompañarlo.

—¿Y qué ha de hacerse con tales escritos para que no vuelvan a la ciudad de Akkad?

—Me temo, hijo mío, que aunque quememos tales palabras, reaparecerán tarde o temprano, pues *Él* goza de terribles poderes capaces de doblegar la mente de los hombres, y en ocasiones despierta para ayudar a los suyos.

Naashim agarró el viejo libro y comenzó a leer detenidamente aquellas palabras; a pesar de desconocer las terribles energías que tal volumen desprendía, la curiosidad siempre había ido unida al viejo astrónomo.

—*Ph'nglui mglw'nafh ia ia Kathu alu'u F'thang* —pronunció en voz alta Naashim sintiéndose como si estuviera obligado a leer aquel párrafo de palabras ininteligibles. Con

sus cansados ojos releyó algunos fragmentos del tosco libro cuando el suelo bajo sus pies comenzó a temblar.

Padre e hijo cayeron al suelo sin poder mantener el equilibrio ante tal movimiento de tierra; parecía que un terremoto assolaba la zona.

—Deberías haberme hecho caso —reprendió Naashim a su joven hijo—. Ser impetuoso no lleva hacia el buen camino, Gudea.

El corrimiento de tierra se tornó más pronunciado y una sombra terrible, de negritud e inmensidad inimaginables, abarcó las arenas del desierto. Cuando ambos se giraron hacia el horizonte observaron una figura que lo abarcaba todo, un ser de terribles proporciones que se desplazaba lentamente, como si un pedazo de alguna cordillera avanzara hacia ellos provocando aquellos temblores de gran magnitud.

El desproporcionado ser octopode caminó hacia ellos, pues Naashim había leído erróneamente unos párrafos del viejo escrito; allí estaba, terrible y enfurecido a pesar de que su rostro no contuviera cólera o cualquier otro signo de humanidad.

La bestia inconmensurable, la desmesurada mole de carne pútrida, se dirigía hacia los aterrados sumerios —paralizados por el pánico— y bramaba produciendo sonidos que causaban la demencia a aquel que los escuchaba. Naashim y Gudea taparon sus oídos y retrocedieron torpemente paralizados por el miedo.

El terrible dios movía sus flagelos que pendían del lugar donde normalmente iría emplazada la boca, y extendió sus terribles alas que quizás midieran kilómetros abnegando de luz las tierras que se extendían hasta el mar. Sin mediar palabra, preso por la locura y el pánico, Naashim agarró una piedra y acabó con la vida de su hijo Gudea, pues prefería la muerte para su querido primogénito antes que un destino imposible de albergar en la mente humana.

Cuando la criatura se aproximó hasta las cercanías, aquel inmenso ser que ya no podía ser abarcado con la vista, Naashim corrió hasta la cima de un acantilado rocoso y se despeñó gritando eufórico.

Así, por un simple error al tratar de averiguar más sobre aquello que supera a los hombres, Naashim y Gudea perecieron asediados por la más terrible de las locuras. Pues las constelaciones guardan terrible secretos, saberes ocultos que deben permanecer fuera de nuestro plano y comprensión.

Según cuentan, a los tres días sin luz —llamados las tres tinieblas por los habitantes de Sumeria— el libro de Akkad volvió a aparecer misteriosamente en el atril del zigurat de *Kathu alu'ú*, sin explicación alguna. Ningún solo hombre conocedor del funesto destino de Naashim y su hijo, volvió a cuestionar durante años al terrible dios, pues es evidente su poderío ante nuestra insignificante raza; cuando fue puesto de nuevo en tela de juicio, las epidemias y las guerras se propagaron por la zona destruyendo a sus habitantes y acabando con tan prolífico reino; porque solo existe un reinado y es superior a nosotros, porque desconocemos el motivo y significado de las antiguas lenguas, construidas para fines ajenos a nuestro entendimiento.

Kathu alu'ú, el que fue sepultado bajo las aguas en la ciudad de R'lyeh, y que aguarda su despertar definitivo en el que la emprenderá contra el reinado de los hombres.

» Extractos populares del despertar de Kathu alú'u de Akkad hallados por Alec Carter el 26 de Noviembre de 1913 en la región baldía correspondiente a la antigua Sumeria. El eminente antropólogo se basó en varios escritos para completar el relato.

La Espada de Morkar

Por Vicente Ruiz Calpe

«... la espada de Morkar, la Gran Espada, ha de ser mía», se repetía una y otra vez sir Rolif. En estos momentos, el caballero se encontraba solo, de pie ante la inmensa montaña cuya siniestra sombra parecía envolver al mundo entero. El viento frío del otoño le susurraba desalentadoramente en los oídos, como desanimándole a emprender la labor que debía llevar a cabo. La Montaña Maldita de Terendur parecía inexpugnable, no sólo por su altura o su inclinación, sino por su aspecto maligno e inquietante, que haría retroceder hasta el más grande de los guerreros. Contemplar aquella cumbre rocosa, que se alzaba hacia el cielo nuboso como una lanza que quisiera ensartar la morada divina de los dioses, causaba una profunda desazón en el interior de cualquiera que lo vislumbrase. Pero sir Rolif, el gran caballero de la sagrada Orden del Temple, el defensor de los débiles y de los oprimidos, el valiente guerrero designado para desarrollar aquella arriesgada empresa, no dudó ni un instante: «he de conseguir la espada».

Y así, el valiente caballero empezó a trepar. Al principio el ascenso fue fácil, pero tras más de una hora escalando, el viento, que apenas había sido una ligera brisa, parecía haberse transformado en un violento huracán, un fenómeno seguramente provocado por las fuerzas sobrenaturales que intentaban derrotar a sir Rolif. También el frío se había vuelto insoportable, congelando los dedos del caballero hasta hacerlos casi insensibles, provocándole una serie de temblores que presagiaban una caída inminente por la empinada ladera. Sir Rolif se encontraba sólo, herido y hambriento, los músculos de su cuerpo agarrotados y su respiración entrecortada por el cansancio y la baja temperatura. Anhelaba sus ropas lujosas que solía ostentar por su condición de sangre noble, las decoradas paredes de los palacios que acostumbraba a frecuentar en su lejana tierra natal, la suave risa de su prometida, lady Hellen, con su eterna sonrisa pícara y juvenil...

—Hellen, mi amor... —susurró sir Rolif, al evocar la imagen de su amada. La echaba mucho de menos, así como a su casa, su tierra natal, su hogar. Pero, ¿por qué se encontraba él allí, en aquella terrible situación?

Sir Rolif empezó a recordar. Todo comenzó con la invasión del país por parte del ejército de muertos vivientes, encabezado por el General Oscuro, un ser tan poderoso como cruel. El padre de sir Rolif había muerto ensartado por el pesado Espadón Negro, un arma mágica que sólo el propio General Oscuro podía esgrimir. Hubo una reunión en el palacio real, donde se hallaban presentes todos los caballeros del reino, pero nadie sabía cómo derrotar al maligno invasor. Entonces habló Orobis, el consejero del Rey:

—Señores, sólo existe una posibilidad. La Espada de Morkar.

Aquellas simples palabras provocaron un gran efecto turbador sobre los allí presentes. Todo el mundo quedó en silencio, hasta que algunos se atrevieron a reír.

—Querido y admirado Orobis, pero si vos mismo habéis dicho en un sinfín de ocasiones que la existencia de tal artefacto es sólo una leyenda —dijo el Rey.

—Lo sé, majestad, pero si la leyenda fuese cierta, si existe en todo el Reino alguien capaz de encontrar la Montaña Maldita de Terendur y traer la espada, estoy seguro de que derrotaríamos al General Oscuro.

Tras estas palabras se procedió a una discusión, donde se acordó realizar unas pruebas de ingenio, valor, fuerza y habilidad, donde el ganador obtendría la responsabilidad de encontrar y traer la espada mágica de Morkar. Y el escogido fue sir Rolif, el caballero más fuerte, valiente e intrépido de entre todos los que se presentaron a las pruebas. Tras discutir con su prometida, lady Hellen, la cual no estaba nada conforme, y con sus amigos, que intentaron disuadirle de tan difícil empresa, el heroico caballero partió. En su viaje encontró tanto ayudas, como Trumble el enano, que le regaló el mapa de la localización exacta de la espada, como peligros, éstos últimos más numerosos. Sir Rolif se las tuvo que ver con orcos malignos, apestosos trolls, enormes gigantes, duendes perversos que intentaron equivocarle de camino, lobos hambrientos, etc... En su largo camino había recorrido lugares maravillosos como el Gran Bosque Elfico Primigenio, origen de la raza élfica; Draconia, cuna de los mágicos dragones; Doraland, la Tierra del Caos, donde hasta el barro cobra vida para matar a los viajeros; y varios lugares más repletos de belleza y peligro, hasta acabar allí, en la Montaña Maldita de Terendur.

Sir Rolif abrió los ojos, miró hacia abajo y descubrió que no podía ver más allá de unos metros, puesto que la oscuridad y una densa niebla lo envolvían. El viento le golpeó con tal furia que el valiente caballero a punto estuvo de caer al abismo, pero en un último esfuerzo logró agarrarse a un pequeño saliente, de donde quedó suspendido en el aire. Sus manos y dedos, agarrotados y ensangrentados, comenzaron a fallarle: «Esto es el final», pensó el caballero. En aquel instante, alzó la vista para mirar al cielo por última vez, y vio una grieta en la montaña, un poco más arriba de donde se encontraba. «Allí debe estar la espada de Morkar», dijo sir Rolif. Con un grito mezcla de furia y dolor, el héroe logró ascender del saliente y, con un esfuerzo sobrehumano, pudo conseguir llegar hasta la grieta y entrar en ella.

En aquel lugar solo existían las tinieblas como único habitante, y sir Rolif lamentó haber dejado todo su equipo antes de comenzar la escalada. Pero él era, ante todo, un caballero, y si su misión era conseguir la espada mágica, la encontraría.

Así que comenzó a caminar en la oscuridad, lentamente, hasta que vislumbró un débil resplandor en la lejanía del túnel. Con el pensamiento puesto en la espada de Morkar, el caballero corrió sin contemplaciones hasta el lugar de donde provenía la luz.

Entró en lo que parecía una pequeña sala, una especie de antiguo vestíbulo, donde había signos de que una vez había estado habitada. Cortinas raídas, sillas carcomidas, una pequeña mesa destrozada y varias telarañas adornaban la estancia. Advirtió que la luz no provenía de la estancia, sino de una puerta abierta que debía dar a otra habitación. Justo cuando sir Rolif iba a cruzar la puerta, sintió un súbito dolor en su brazo izquierdo, causado por el mordisco de un espantoso ser, de cara pútrida y ojos en blanco. Era uno de aquellos seres sin mente pero dotados de una gran fuerza y resistencia, llamados zombis. Dándole un puñetazo, el caballero logró alejarse momentáneamente de su agresor, pero entonces vio que se acercaban de todos los rincones varios zombis más. «Son demasiados», murmuró sir Rolif. Volvió la cabeza hacia la puerta de donde provenía la luz: sólo dos de los monstruos la separaban de él. Guiado por su instinto de luchador, con un rápido movimiento de sus ojos buscó cualquier posible objeto que le sirviese como arma, divisando en una de las paredes un escudo de armas con dos espadas entrecruzadas.

Corrió hacia ellas, recibiendo una herida en el costado izquierdo causada por una garra de los zombis, logrando empuñar una. Lanzando un grito de triunfo, sir Rolif demostró por qué había sido elegido él y no otro de los caballeros para realizar aquella terrible misión: trazando un arco de izquierda a derecha, decapitó a dos de las criaturas, al tiempo que esquivaba uno de sus ataques. Después, de un puntapié derribó a otro zombi, con lo que despejó el camino hacia la puerta. Logró traspasarla, pero unas manos le aferraron fuertemente el cuello: con un rápido movimiento de su brazo derecho, cercenó ambas manos del zombi. Cerró la puerta y la atrancó con una silla cercana, dando un suspiro de alivio. Se volvió para dar un vistazo a la estancia, y entonces la vio.

Estaba clavada en un pedestal blanco, de un mármol exquisitamente tallado, que presentaba unas extrañas inscripciones en letras de oro. Lo único que podía verse de ella era su empuñadura, que presentaba diversas gemas engarzadas en oro y platino. Se dio cuenta de que la luz provenía exactamente de la espada, aquella espada que tanto le había costado encontrar. Pero una vez más el bien había logrado triunfar, y él, sir Rolif, sería el encargado de cumplir con ello. Temblando de excitación, olvidando el dolor de sus heridas y el cansancio que pesaba sobre sus miembros, el caballero posó su mano derecha sobre la empuñadura, dio gracias a todos los dioses del mundo y tiró de ella. La espada se deslizó del pedestal suavemente, y toda la estancia se inundó de una intensa luz blanca. Sir Rolif, con lágrimas en los ojos, contempló la espada de arriba abajo: era el arma más hermosa de todo el universo, digna del más grande de los Emperadores. Después de admirarla durante unos minutos, se acordó de que su pueblo aún estaba esperando su regreso victorioso, así que se apresuró hacia la puerta. La desatrancó, la abrió y vio que los zombis todavía estaban esperándolo. Iba dispuesto a matarlos a todos cuando reparó en un detalle: uno de los monstruos portaba una camisa destrozada, con el símbolo de los caballeros de la Orden del Temple, el mismo que sir Rolif portaba en su pecho. Pero antes de que pudiese recuperarse de su sorpresa, notó que algo andaba mal. La luz de la espada se volvió de un color rojizo, al tiempo que los zombis dejaron de acercarse a él. Notó que sus fuerzas le abandonaban rápidamente, al tiempo que una especie de fuerza exterior intentaba entrar en su mente. Lanzando un alarido de dolor, el caballero soltó la espada, pero era demasiado tarde. Se llevó las manos a la cabeza, arrodillándose, mientras notaba como todo su cuerpo se convulsionaba de dolor. Lo último que vio sir Rolif fue la brillante hoja de la Espada de Morkar.

Los zombis volvieron a ocupar su lugar en los rincones de la habitación, mientras que la figura del suelo se levantaba torpe y lentamente. Abrió los ojos, unos ojos en blanco que miraban fijamente hacia delante pero a ningún lugar en concreto, cogió la brillante espada y la devolvió a su lugar en el pedestal. Luego pasó a ocupar su posición, uno de los rincones fríos y oscuros de la antesala, donde permanecería hasta el final de todos los tiempos, mientras sus congéneres esperaban en vano su regreso para enfrentarse al General Oscuro. Al fin y al cabo, ser un zombi tiene sus ventajas, como la inmortalidad. ¿O no?

Las revelaciones de Glaaki

Por Roberto Julio Alamo

Imperio Prusiano, 1816

Sauces y fresnos, cerezos y encinas, pinares y robledales, se extendían a lo largo de aquella vasta extensión de tierra; el estanque, de aguas turbias, era cercado por una valla, y pululaban por él toda clase de carpas y barbos. Aquellos eran los dominios del conde de una región de Dusseldorf, en la recién anexionada Renania, de nombre Víctor Kalinin, estimado por el Electorado de Brandeburgo y el Condado de Vivillos. Este noble de sangre prusiana, de unos cincuenta años de edad, habitaba la mansión de la colina, emplazada en mitad de aquellas arboledas y fuentes. Más allá se extendían terrenos baldíos, páramos de arenas cenicientas poblados por rústicas aldeas de baja techumbre, cada una separada de la otra por multitud de kilómetros. Los caminos rocosos, el gélido clima y la pobreza vigente hacían de la vida allí pura supervivencia. Los chopos, cercanos a la rivera del río, se agitaban con el viento desprendiéndose de sus últimas hojas.

Víctor, apodado «el despiadado» entre los habitantes de aquella región, moraba en la ostentosa mansión junto a su anciano tío Otto y la escasa servidumbre. Y allí se hallaba el pálido conde de tez afligida, gesto sempiterno en su triste semblante. Los cuervos revoloteaban sobre el negruzco tejado de pizarra mientras la grisácea calima emborronaba el horizonte creando la sensación de espesa niebla.

Misteriosa enfermedad asediaba al viejo Otto, pues extrañas erupciones, dolencias de urticaria y reacciones alérgicas le habían hecho caer en la demencia. El día y la noche los pasaba dando vueltas en la cama, delirando sudoroso e imprecando acerca del momento que definía como «Advenimiento del que habita el lago». Víctor había pagado una fortuna enviando heraldos a lo largo de la estepa de Silesia para hacer llegar a los mejores doctores y sabios, versados en las ciencias; consideró el severo conde que de aquel modo, trayendo a aquellos hombres, la salud de su tío mejoraría indudablemente. Se equivocó. Las técnicas de aquellos «vulgares curanderos» –según él– no habían ayudado en absoluto al anciano, cuya agonía se mostraba incipiente. Los sabios fueron ejecutados y sus cabezas ensartadas en estacas, pues no habían hallado solución alguna; la desesperación de Víctor era tal que tiró por tierra la posibilidad de que su tío sobreviviera al invierno.

Fue entonces cuando escuchó hablar a un plebeyo con el ama de llaves, y mencionaron a un tal Dumuzi Ubara, extranjero capaz de curar las más traicioneras enfermedades. El villano daba fe de las capacidades de éste «brujo», pues según él, hacía tan solo una semana había librado de manos de la parca al virrey Federico «el verdugo» de las costas de Pomerania. Mandó a sus mejores jinetes en busca del brujo, y en vísperas de la estación fría, regresaron con Dumuzi. Víctor salió con su séquito a recibirles, y vio a aquel hombre de mediana edad y aspecto extravagante. Venía del oriente, de más allá del mar Caspio, y su rostro estaba poblado por largas y arregladas barbas; ornamentos

dorados cubrían su traje —de tono verdoso—, que por la espalda dejaba caer una capucha holgada.

—¿Sois vos quién me ha hecho llamar? —preguntó el recién llegado con voz carraspeante a pesar de su aparente jovialidad.

—¿No sois vos el brujo? Adivinadlo pues —retó con suspicacia innata.

—¿Brujo? —sonrió con cínico gesto Ubara—. Yo tan solo soy el humilde sirviente de Glaaki, morador del lago.

—Sea cual sea vuestra procedencia, ni lo más mínimo me interesa vuestro linaje... Curad a mi tío y seréis recompensado —ofreció Víctor sin prestar demasiada atención al visitante.

—¿Y qué podéis ofrecerme vos? —preguntó Dumuzi.

—Poned precio a vuestros servicios, os daré lo que deseéis —dijo el conde.

—No es el oro lo que capta mi atención, conde... —respondió—. Ya pensaré en algo... seréis informado en cuanto de con lo que ansío —y quedó meditando en busca de algo de su agrado. Los guardias escoltaron a Dumuzi Ubara y al conde Kalinin hasta el salón alfombrado, y de ahí llegaron al ala este de la recargada mansión, concretamente al piso superior. Víctor indicó al extranjero el lugar dónde se hallaba la estancia de su tío, en lo más alto de aquella ostentosa vivienda.

—Ahora marchaos y dejadnos solos —dictaminó Dumuzi, y así hicieron, aunque el conde ordenó que los guardias permanecieran apostados en el exterior de la habitación.

Durante las horas que el extraño viajero permaneció encerrado junto al enfermo, los aterrados guardias escucharon gritos desgarradores y balbuceos dementes de atroz procedencia. Los extraños sonidos guturales que hacían retumbar la pared de piedra, helaron la sangre de tan aguerridos guerreros, que no osaban apartar la mirada de la puerta imaginándose los más terribles acontecimientos. La noche había caído en aquella región de Renania, y la fría brisa azotaba las estepas. El cielo estrellado comenzó a cubrirse por un tenue manto de nubes que misteriosamente parecían teñidas por un fulgor rojizo, casi sanguinolento; algunos copos comenzaron a caer lentamente, y luego la nieve se intensificó cubriendo aquella tierra infértil que precedía a los dominios del conde.

Se presentó entonces el extranjero ante el conde Kalinin y le dijo:

—Vuestro tío ha sanado, señor. Es menester que establezca mi precio —y fue contestado con un asentimiento. Una mueca de ingenio cubrió aquel sombrío rostro de orientales rasgos y volvió a hablar—. Os pido que me entreguéis una décima parte de los labriegos que vuestros dominios trabajan. En cuanto disponga de ellos, marcharé de éstas tierras.

—¿Una décima parte? —exclamó sorprendido. El extranjero frunció el ceño, y la tenebrosa profundidad de su sombría mirada logró embaucar, debido al temor profesado, al conde de oscura capa—. Os entregaré a las gentes de la aldea cuando compruebe que mi tío goza de salud plena —el brujo sonrió ante la frase y asintió, y en la estancia irrumpió de pronto Otto, que con tétrica voz hizo eco entre aquellas cuatro paredes.

—Sobrino mío —dijo con voz firme ante la sorpresa del conde—. La mano de éste hombre ha logrado salvar mi vida, librame de la última sentencia... dadle lo que pide —su tío parecía estar en peores condiciones que antes, con la piel totalmente flácida y

blanquecina, y unas ojeras de color carbón. A pesar de ello, caminaba con soltura y se aproximaba a Víctor.

—Señor Ubara... ¿Qué le ocurre a mi tío? Parece que su piel pálida aún conserva su urticaria —inquirió Víctor aproximándose al extranjero y sospechando de asuntos turbios; el conde Víctor Kalinin, «el despiadado», comenzó a sospechar de una perversa intención de manos de aquel extraño, y aferrando una daga —que siempre ocultaba en su cinturón— se aproximó al brujo oriental. Su tío, saltando vigorosamente, como jamás lo había hecho, se avecinó sobre él y le tiró al suelo despojándole de su arma.

—¡Cómo osáis atacar al acólito de Glaaki! ¡Cómo os atrevéis a ofender a Dumuzi Ubara, hijo de Umubu! —gritó fuera de sí, con voz desgarradora, el anciano tío. Mientras chillaba con aquel desagradable tono, realizaba depravados movimientos aterradores, como fuera capaz de desencajar sus huesos a su antojo. Su cuello parecía roto, y Víctor se fijó en que el brazo flácido del anciano estaba cubierto de heridas sangrantes. El conde se levantó y se apresuró a recoger la daga, pero Dumuzi la pisó cuando éste la iba a agarrar por el mango.

—El habitante del lago no está conforme... no habéis cumplido el trato —amenazó el brujo—. Ahora pereceréis bajo su ira.

—¡No! —gritó el conde—. ¡Por favor, os pido clemencia! —dijo, y fijo sus ojos en la mirada del brujo, que brillaba demente, con las pequeñas pupilas enrojecidas y los ojos abiertos de manera grotesca. De pronto el anciano tío Otto agarró un sable de los que colgaban de la pared y lo blandió contra Víctor realizando movimientos extravagantes. Todo comenzó a temblar, y parte de la mansión parecía a punto de desmoronarse cuando sus vigas crujían estridentemente; una extraña espina ovalada atravesó uno de los tablones del suelo. El conde retrocedió mientras su tío trataba de estocarle, y recurrió a un jarrón, que estalló en la cabeza del anciano; Otto cayó al suelo desangrándose terriblemente y vomitando extraños líquidos mientras tenía espasmos terribles.

Gritando traumatizado, el conde apodado como «despiadado», corrió despavorido por el pasillo para largarse de allí, pero Dumuzi le seguía tranquilo, sin apresurarse. Parecía estar gozando del final aún no saboreado. El conde avanzó con premura por los jardines cubiertos de nieve, y tropezó repetidas veces con setos o tocones ocultos bajo el manto blanco. Llegó al turbio estanque, que permanecía congelado, y de pronto se agrietó la fina capa de hielo para dejar salir una extraña masa que dejó perplejo al conde.

—¿Qué..., qué es...? —balbuceó aterrado, horrorizado ante tan incomprensible escena. La experiencia gozó de más surrealismo cuando la voz de Dumuzi, al que había dejado atrás hacía rato, sonó a sus espaldas.

—Os presento a Glaaki, señor conde, Glaaki el habitante del lago —dijo con voz quebrada el oriental, y cuando Víctor se giró, observó a su anciano tío, que con la cabeza sangrante caminaba dando tumbos y gimiendo. ¡Estaba muerto en vida! Aquella atroz visión provocó nuevos gritos en el conde, que aferrándose a su melena negra se arrancó varios mechones de pelo y comenzó a sangrar por la cabeza. A lo lejos se acercaba gente, y el conde Víctor gritó pidiendo auxilio. A sus espaldas, aquella masa de carne rodeada de espinas ovaladas, aquella criatura cubierta de protuberancias escamosas y colmillos demenciales, permanecía expectante, como si se tratara de un ser inerte, de la más

horrible estatua jamás vislumbrada. No realizaba ningún movimiento, y Víctor chillaba y chillaba aterrorizado.

Al aproximarse a aquellas gentes que caminaban en la loma nevada, se percató de que se trataba de los sabios a los que había hecho ejecutar, y que sus cuellos estaban cosidos con alambre a los destartados cuerpos podridos y magullados. Un hedor dulce, aquel que pertenece a la muerte, penetró en sus fosas nasales irritándolas y produciéndole terribles toses. Continuó huyendo por la arboleda, y avanzó hacia los chopos sin cesar de gritar, hasta que sus cuerdas vocales se quebraron y comenzó a sangrar por la boca. Aún trataba de realizar un sonido, un sonido que continuaba rasgando su herida garganta; pero él no sentía el dolor, sino el miedo, el terrible temor ante la demencia absoluta. Llegó hasta la rivera cruzando las lindes y se dio la vuelta para mirar hacia el estanque, ya lejano. Allí observó como la criatura, aquel habitante del lago, abría sus fauces y de ellas surgía un rugido ensordecedor que abarcaba toda la región. Víctor Kalinin cayó al suelo aterrado, y lágrimas, ya no debidas al miedo ni a la tristeza, sino a la locura plena, surcaban su pálido rostro. Y a la vez su rostro esgrimía una agónica sonrisa inmensa, como la de un payaso de labios pintados, pues la sangre que había vomitado empapaba rostro y dientes. Aquel lóbrego ser no cesaba en su rugido, y ante Víctor se presentaron los saberes de la antigüedad, los saberes absolutos. Tan insignificante en el universo resulta el ser humano, que tan solo una milésima parte de tamaña sabiduría ancestral, destruyó la mente de aquel conde prusiano. Glaaki, burlándose de la existencia ínfima de aquel ser, de aquella criatura nacida por el azar, decidió destruirla mostrándola la sabiduría absoluta, la verdad que todo lo abarca... lo incomprensible. Y allí, junto al río, le encontraron sus sirvientes, los que habían sobrevivido al derrumbamiento del ala este de la mansión; Víctor Kalinin estaba totalmente catatónico, fuera de sí. Aquel cuerpo inerte, que ni si quiera —por muchos intentos que hubo— toleraba la comida, falleció aquella misma semana. Se le dio sepultura a las afueras de Dusseldorf, más allá de sus dominios.

El secreto del asesino

Por Vicente Ruiz Calpe

Era noche de luna nueva en el Valle de las Sombras, situado en la frontera de las caóticas tierras de Doraland, cuando una figura vestida de negro y encapuchada se deslizó entre los macizos muros que protegían la Torre de la Muerte, sede de la Hermandad Oscura. La figura se movía en la oscuridad de la noche con el sigilo de la pantera y la rapidez de la cobra, demostrando tener también la capacidad visual nocturna del búho. El intruso solo fue visto justo en el momento en que lo deseó, que fue exactamente al acercarse a los guardias que custodiaban la entrada de una gran puerta metálica. Los guardias, al verse sorprendidos por aquella sombra, se prepararon para dar la alarma, pero aquel encapuchado pronunció la contraseña de los Hermanos, por lo que decidieron dejarle pasar. Una vez al otro lado de la puerta, el encapuchado subió unas estrechas escaleras que más tarde le condujeron a una serie de estrechos y largos pasillos, cruzándolos con gran precaución pues sabía que estaban llenos de las trampas más mortales que el hombre podría cavilar. Atravesar los corredores de la Torre de la Muerte sin los conocimientos adecuados o sin la debida salva custodia desembocaba sin lugar a dudas en el destino más horrible que pudiese ser imaginado: chorros de un ácido tan corrosivo que convertía al más grande de los guerreros en un amasijo de carne supurante; pozos de interminable descenso cuyo final terminaba abruptamente en una serie de estacas punzantes untadas con veneno de serpiente; muros deslizantes que aplastaban en un abrazo mortal hasta convertir en polvo los huesos del desdichado objetivo; criaturas horribles que esperaban la oportunidad de salir de sus jaulas para abalanzarse hambrientas sobre sus presas y devorarlas entre terribles aullidos de angustia y dolor; y así, hasta muchas otras trampas más que servían como protección a la Hermandad Oscura, la más temible secta de asesinos del reino, tan aterradora era la simple mención de su nombre que nadie osaba decirlo en voz alta, sólo entre susurros.

El encapuchado sonrió al pensar en todo esto, mientras continuaba avanzando por el camino que tantas otras veces había recorrido en el pasado. Porque cuando el Consejo de la Hermandad Oscura lo citaba urgentemente, solo podía significar una cosa: que las dagas asesinas de Darkim pronto pasarían a la acción, lo cual le producía una pequeña excitación. Y así, Darkim, el más grande de los Asesinos de la secta, llegó hasta el final de un largo pasillo, que terminaba en punto muerto. Buscó a tientas el panel secreto y tras accionarlo penetró en la cámara principal. Sin embargo, allí no había nadie, la sala estaba vacía. Empezaba a pensar que era una trampa cuando por una pequeña puerta entró el Gran Maestro en persona, sólo, sin ninguno de los otros miembros de la Hermandad que solían acompañarle. Aunque todo aquello resultaba extraño, Darkim solo podía acudir a la llamada de su señor y esperar sus órdenes.

—Darkim, me alegro de verte, veo que sigues en forma —dijo el Gran Maestro, sin ninguna alegría en sus palabras ni en sus ojos, a pesar de lo que dijese—. La Hermandad Oscura precisa una vez más al mejor de sus miembros, para que le sirvas como es debido.

Tu presencia es requerida en la ciudad de Grondor. Allí deberás buscar a tu objetivo, un miembro de la nobleza llamado lord Tyron, y silenciarlo para siempre. Su mera existencia hace peligrar a la Hermandad.

«A la Hermandad o a ti, viejo estúpido», pensó para sí Darkim. Él odiaba profundamente al Gran Maestro, un Asesino débil y anciano que había adquirido su prestigio y su cargo mediante misiones poco complicadas. Darkim pensaba muchas veces en matarlo y ocupar su puesto, puesto que sabía que ello alegraría a muchos otros miembros de la Hermandad, aunque el momento aún no había llegado. Se limitó a asentir con la cabeza, sin hacer preguntas y mostrando una actitud obediente y leal para no despertar sospechas. El asesino salió por donde había entrado, no sin antes escuchar:

—Lord Tyron es el nombre actual de Spector —el Gran Maestro pronunció este nombre con cierta dosis de admiración—. Ten cuidado, no queremos perder a nuestro mejor hombre. La Hermandad lamentaría mucho tu pérdida.

Darkim notó una extraña ironía en sus últimas palabras, e incluso creyó percibir una pequeña sonrisa en la faz del Gran Maestro, antes de que éste se moviese con rapidez y desapareciese entre las sombras de la habitación.

«Gran Maestro... de los cobardes», pensó Darkim, al recordar los rumores de que el viejo había obtenido su título pagando a otro para que asesinara al entonces Gran Maestro, sin tener siquiera el valor de matarlo él mismo.

Darkim salió de la Torre de la Muerte y se dirigió a su casa, situada en una pequeña ciudad cercana. El tiempo que tardó en llegar hasta la puerta de su habitación lo empleó pensando en su siguiente objetivo, lord Tyron, el que una vez fuera conocido como Spector. Aquella iba a ser una misión fácil, pero a pesar de ello siempre había que planificarlo todo. Tras meditar un buen rato sobre los detalles de su misión, entró en su habitación y comenzó a hacer el equipaje: cuerda con gancho, ganzúas, algo de dinero, otros utensilios normales y, por supuesto, sus dos dagas.

El asesino sacó de un compartimento secreto una elaborada caja de madera con ribetes dorados, y tras retirar el grueso candado protector abrió la tapa. De su interior sacó dos magníficas dagas de acero, las dos armas más hermosas que nadie podría haber fabricado jamás. Las miró una y otra vez, examinándolas detenidamente, apreciando cada exquisito detalle de su elaboración. Le gustaba contemplarlas, y con razón, puesto que eran un par de dagas afiladas forjadas con el mejor acero del mundo. Las hojas largas y delgadas, terminaban en una punta mortal, mientras que los mangos, de metal ribeteado en oro, estaban adornados de tal forma que representaban un par de serpientes. El interior de las serpientes contenía un pequeño compartimento lleno de esencia de rendra, uno de los venenos más potentes que existían. Si con el pulgar de las manos apretaba la cabeza de las serpientes, el líquido era expulsado hacia la hoja, convirtiendo la daga en un arma más efectiva que el más grande de los espadones. Además, la perfección de ambas armas era tal que podían ser arrojadas además de empuñadas, aunque Darkim prefería siempre la opción de matar a su víctima en el cuerpo a cuerpo.

La visión de sus dos objetos más preciados le llenó de recuerdos pasados, puesto que Darkim había matado con ellas a su primera víctima, antes de convertirse para siempre en lo que era: un asesino. No uno cualquiera, como podía serlo un matón de taberna, o un

ladronzuelo de poca monta. Él era un asesino profesional, uno de los mejores (si no el mejor), respetado y temido por sus compañeros de profesión.

Al contrario que la mayoría de los asesinos, reclutados en las callejuelas inmundas de los barrios más miserables de las ciudades, la infancia de Darkim fue alegre y feliz, puesto que era hijo de nobles, y nunca le faltó de nada. Pero a los 16 años su padre tuvo la estúpida idea de convertirlo en caballero, confiriéndolo al cuidado de Sir Galadrián, amigo personal de su padre. El caballero era muy severo, lo trataba como si el muchacho fuese un simple lacayo: *“Pequeño, trae la leña para el fuego”, “Muchacho, si vas a montar siempre así vale la pena que te metas en un monasterio”, “Manejas la espada como una doncella, quizás le diga a tu padre que te vista de mujer”*... Darkim comenzó a odiar a Sir Galadrián, y su odio creció cada día que pasaba como aprendiz del caballero.

Pero una de las virtudes de Darkim era la paciencia, y esperó. El día en que finalizó su entrenamiento y estuvo preparado para ser investido caballero, su padre le regaló una caja de madera: dentro de ella relucían las dos dagas más bellas que había visto en su vida. *“Me las regaló tu abuelo el día en que pude empuñar sin caerme del caballo la lanza y el escudo. Son símbolo del honor de nuestra familia, puesto que al no ser armas de caballero nunca han probado la sangre”*. Esa misma noche, en la fiesta que dio su padre antes del día de la investidura, Darkim buscó a Sir Galadrián. Lo encontró medio borracho y desarmado, en un rincón oscuro. *“¿Que se siente al ser un caballero?”*, le preguntó su mentor. *“¿Qué se siente al dejar de serlo?”*, le respondió él. Sir Galadrián le miró sin comprender, una mirada que Darkim recordaría con satisfacción el resto de su vida: con un rápido movimiento de sus manos empuñó las dos dagas, y un segundo después el caballero yacía en el suelo, con la garganta cercenada, mientras que la sangre manaba sin parar. Esa noche murieron dos caballeros, uno que fue y otro que pudo haber sido, puesto que Darkim huyó en la oscuridad. En las calles de la ciudad conoció a Penralm, miembro de la Hermandad Oscura, que lo inició en la profesión. Fue entonces cuando olvidó para siempre su antiguo nombre y su vida anterior, tomando el nombre de Darkim —en élfico significa *el que camina en la oscuridad*—. Penralm fue su segunda víctima, y Darkim progresó dentro de la Hermandad hasta alcanzar su estatus actual.

Darkim terminó el equipaje, guardando sus dos dagas, se bañó y se cambió de ropa. Al mirarse en el espejo vio el rostro de una persona joven, de cabellos cortos y oscuros, acompañado de un par de ojos negros, de mirada penetrante. Eran unos ojos que habían presenciado muchas muertes, y que pronto verían otra. Al bajar la vista miró sus manos, las cuales había visto manchadas de sangre muchas veces. Las sostuvo en el aire, contando hasta diez. No se movían. Si alguna vez lo hiciesen, Darkim ya tenía pensado lo que ocurriría: retirarse o morir. Pero aún faltaba mucho tiempo para ello. Sonriendo, cogió su equipaje y se marchó hacia la tienda de Snur, el viajero, quien se dedicaba al transporte de bienes y personas.

Darkim entró en la tienda, la cual estaba llena de gente, sobretodo mineros, campesinos y comerciantes, todos los cuales buscaban la forma de irse de la ciudad. Al preguntar a uno de los mozos que allí se encontraban si existía algún viaje hacia Grondor, éste le respondió afirmativamente, pero no quedaba ninguna plaza libre.

—Aquél señor de allí acaba de comprar el último pasaje —le señaló el muchacho.

Era un hombre joven, vestido con ropa barata pero elegante. A su lado caminaba una linda muchacha, sonriente. A Darkim le bastó una sola mirada para darse cuenta de que eran una pareja de recién casados. No le venderían un pasaje ni por todo el oro del mundo, y tampoco había tiempo para regatear. El carromato iba a partir dentro de cinco minutos, y no saldría otro hacia Grondor hasta dentro de un par de días.

Dejando su equipaje en un rincón, se acercó al hombre joven y le dijo:

—Perdone, señor. ¿Sería usted tan amable de ayudarme a bajar del carro a mi hijo? Verá, es que el pobrecito no puede caminar y a mí me duele la espalda.

Antes de que terminase de hablar, el joven ya se encontraba dispuesto a ayudarlo. Se dirigió a su esposa y le dijo que no tardaría. Esas fueron sus últimas palabras. Darkim le señaló un callejón y, nada más doblar la esquina, le sujetó con un brazo mientras que con el otro le presionaba la garganta. El joven se debatió unos instantes, mientras emitía unos jadeos ahogados. Después, quedó inmóvil. A continuación, Darkim registró el cadáver, maldiciendo al darse cuenta de que él no tenía pasaje alguno. Debía tenerlos en su poder la muchacha.

Tras ocultar el cadáver se dirigió hacia la tienda, donde se encontraba la mujer, sentada, esperando a su marido. *“Tranquila, no tardarás en reunirte con él”*, pensó Darkim. Le dijo que su marido la estaba esperando fuera, y salieron juntos, no sin antes coger Darkim su equipaje. Al pasar entre dos grandes carros, cogió la cabeza de la muchacha con las dos manos, girándola primero hacia la izquierda y luego rápidamente hacia el lado contrario. Se oyó un pequeño crujido, y el bello rostro femenino quedó ladeado formando un ángulo imposible respecto al resto de su cuerpo. Darkim cerró los ojos azules y sin vida de la mujer, metiendo su cuerpo en el interior de un barril cercano. Cogió su bolsita del suelo, la abrió y encontró los dos pasajes. Todo arreglado.

De camino hacia Grondor, Darkim se concentró en su objetivo: Spector. Su nombre era conocido por todos los miembros de la Hermandad Oscura, puesto que Spector había pertenecido a ella mucho tiempo atrás. Era toda una leyenda entre los asesinos, sobretodo por la misteriosa facultad de entrar y salir de cualquier lugar sin ser visto, por muy bien vigilado que estuviese. En una ocasión, Penralm le contó a Darkim que a Spector le detuvieron, encerrándolo en una profunda mazmorra. Minutos después estaba en casa del gobernador, donde le mató de una forma tan horrible que jamás se hizo pública. Se rumoreaba que la casa estaba custodiada por soldados, perros, criados, etc..., pero nadie le vio. Era como un fantasma o, mejor dicho, como un espectro: verlo significaba la muerte.

Pero además existían otras historias, todas siniestras e increíbles, que confirmaron a Spector como el más grande de entre todos los asesinos. Fuerte, rápido, inteligente, silencioso, hábil,...el asesino perfecto. Sin embargo, Darkim pensó que por muy grande que hubiese sido su fama, un viejo de casi noventa años no sería muy difícil de eliminar, puesto que esa debía ser la edad actual de Spector, ahora con la identidad noble lord Tyron. Pero Darkim nunca se fiaba de nada, seguro que existiría algún obstáculo. Siempre los había. Respecto al motivo de que la Hermandad exigiese su muerte, seguramente se debía a que conocía muchos secretos que era mejor dejar enterrados...sobretodo en un ataúd bajo tres metros de tierra.

Darkim llegó a Grondor, una ciudad más como cualquier otra. Comenzaba a oscurecer y tenía hambre, por lo que preguntó a un campesino por una taberna cercana. Le indicaron una, el “*Féretro Vacío*”, dirigiéndose hacia allí.

La taberna se encontraba situada en la peor zona de la ciudad, en medio de un callejón oscuro y sombrío, donde solo se veían borrachos, vagabundos y maleantes. El asesino entró, se dirigió hacia un tipo gordo que portaba un delantal exageradamente sucio y pidió una habitación. Mientras esperaba a que el tabernero volviese, Darkim se fijó en el retrato que colgaba encima de la chimenea de la posada, colocado de tal forma que cualquiera que estuviese en el salón podía verlo. El retrato mostraba a un hombre joven, de mirada extraña y severa, que parecía transmitir una extraña sensación, como si fuese el amo y señor de todo el lugar haciéndole a cualquiera que lo contemplase su esclavo temeroso. En el cuadro había un nombre y una fecha, pero Darkim no alcanzaba a verlo desde su posición. Cuando el tabernero volvió para acompañarle a su habitación, el asesino dejó de pensar en el cuadro y comenzó a prepararse. Primero el traje negro, hecho de una tejido fuerte y ligero, que no le impedía realizar movimiento alguno. Luego las botas con suela silenciosa, las dagas, un par de dardos que bañó en veneno y por último la cuerda con el garfio y una lamparilla diseñada para no emitir demasiada luz. Metió los dos últimos objetos en la mochila pequeña, cogió algo de dinero y bajó al salón de la taberna.

Recorrió toda la estancia con la mirada, hasta que encontró lo que estaba buscando. Era el personaje típico que se encontraba en todas las tabernas del mundo: bajo, rechoncho, medio borracho, un tipo solitario y sin amigos, al que todo el mundo evitaba. Enarbolando una sonrisa, tan amplia como falsa, Darkim se acercó a él.

Buenas palabras, mucho vino, unas risas y algo de dinero y Darkim tenía ya la dirección de lord Tyron. Salió de la taberna y se encaminó hacia donde residía su próxima víctima. Pero, tras pasar varios minutos caminando por las desiertas calles de la ciudad, tuvo la sensación de que alguien lo estaba siguiendo. Al volverse de espaldas vio que dos hombres, a los que había visto anteriormente en la posada, se acercaban a él. Darkim soltó la mochila y se preparó. Cuando los dos tipos se acercaron a él y desenfundaron sus espadas, observó una extraña mirada en los ojos de ambos matones, como una ausencia de emociones total. No parecían vulgares rateros de la calle, sino una especie de mercenarios. El que estaba a su derecha golpeó primero, lanzando una estocada hacia delante. Darkim se echó atrás, esquivando el golpe. El de la izquierda movió su arma describiendo un arco a la altura del cuello, encontrándose en su camino con la daga izquierda de Darkim. Al mismo tiempo, con la mano derecha desenfundó la otra daga, cortando el estómago de un lado a otro con el mismo movimiento, al tiempo que sus pulgares presionaban las cabezas de serpiente. El otro adversario le atacó, pero él rodó por el suelo poniéndose en pie de un salto. Darkim, de espaldas a su atacante, esperó, y cuando éste le iba a ensartar la espalda con su arma, se hizo a un lado y movió rápidamente sus dos brazos, primero cruzándolos y luego en sentido contrario. El cuerpo de su víctima cayó al suelo, del que ya no se levantaría nunca más, al menos no por su propio pie.

Examinó ambos cadáveres. El primero en caer había muerto no por la herida del estómago, sino por el veneno de las dagas. Ninguno llevaba consigo nada de interés, así que Darkim escondió a los muertos y prosiguió su camino, mientras la luna llena iluminaba las calles, testigo silencioso de la breve escaramuza.

Cuando encontró la casa que buscaba, Darkim se extrañó, puesto que esperaba una vivienda lujosa, digna de un ex asesino con mucho dinero que se había transformado en un miembro de la nobleza. Pero lo que tenía delante suyo era una casa de dos plantas, vieja, que parecía que iba a caerse en pedazos en cualquier momento. Todas las ventanas estaban cerradas, aunque eso no impediría la entrada a nadie que se lo propusiese, y menos a Darkim. Mientras contemplaba el viejo caserón, que no mostraba señal alguna de ser habitado, Darkim tuvo un extraño presentimiento.

Oculto en las sombras de una esquina, Darkim observó que la puerta de la casa se abría, saliendo a la calle un tipo feo, musculoso, calvo y con la espalda muy curva. En la mano llevaba un saco vacío. El jorobado debía ser una especie de criado, así que Darkim, para evitar problemas, le dejó alejarse en la noche.

Tras echar una última mirada a las vacías calles de alrededor, Darkim se acercó furtivamente a la casa. Nada de trepar, ni de puertas traseras. No, buscaría al viejo, lo mataría y saldría rápidamente. Ya estaba harto de tantas cosas extrañas.

Con cuidado, accionó el picaporte. La puerta estaba abierta. Increíble. Darkim avanzó en la oscuridad, cerró la puerta y encendió la lamparilla. El aspecto del salón concordaba con la casa: pocos muebles, mucho polvo y telarañas, todo en mal estado... Había varios cuadros, uno de ellos lo había visto en algún sitio. Representaba el retrato de un hombre joven, rubio, de porte refinado y semblante serio. Pero sus ojos tenían una mirada extraña, turbadora. De repente, recordó donde había visto el cuadro. En la taberna, en lo alto de la pared principal, como simbolizando algo.

Entonces, Darkim oyó un gruñido a sus espaldas. Un enorme perro negro, de ojos rojos y colmillos puntiagudos, le estaba mirando, y no de forma cariñosa. Dio un paso hacia Darkim, mientras éste deslizaba lentamente su mano derecha hacia su cinturón, donde estaban escondidos sus dardos. La bestia saltó hacia delante, mientras Darkim lanzaba las armas arrojadas. El salvaje can derribó a Darkim, quedando sus fauces abiertas a unos pocos centímetros del rostro del asesino. Pero el animal ya no se movió más. Darkim se quitó de encima el cadáver del perro, retirando el dardo de entre los dos ojos del animal. El objeto, un juguete en manos de un niño, se convertía en un arma tan mortal como cualquier otra en manos de Darkim.

Entonces el asesino escuchó un ruido. Luego otra vez. Y otra. Si, parecía que provenía de una puerta cercana. Pegó su oído en la madera y escuchó: era como si alguien estuviese arrastrando un pesado objeto por el suelo. Darkim contuvo la respiración y abrió la puerta silenciosamente, viendo que daba a unas escaleras de madera medio carcomidas por el paso del tiempo. Con una mano sujetando la lamparilla y con la otra una de las dagas, comenzó a bajarlas.

Entonces, las viejas escaleras cedieron bajo sus pies, con lo que Darkim cayó hasta el suelo de lo que parecía un sótano. La lamparilla rodó por la estancia, iluminándolo todo, mientras él gritó de dolor, al sentir como una astilla de madera se hundía en su pierna

izquierda. Desde el suelo, sangrando y medio aturdido, observó como un hombre alto y vestido con ropas negras le miraba atentamente. Era el hombre del cuadro.

—Soy lord Tyron, bienvenido a mi casa, señor... —dijo aquel hombre, mientras Darkim le miraba con estupor. Debía tratarse del hijo o del nieto del Tyron que buscaba.

—Dime donde está tu padre, y tal vez sea clemente contigo —le espetó el asesino.

Entonces el hombre le miró, y emitió unas sonoras carcajadas, al tiempo que se movió hacia Darkim. Fue entonces cuando éste sintió en su interior el impacto demoledor de una repentina comprensión. Comprendió la sonrisa del Gran Maestro al inicio de la misión; comprendió el porqué del retrato en la taberna, y el significado del nombre de ésta; comprendió la mirada extraña de los dos mercenarios del callejón. El criado jorobado, el perro negro, la casa siniestra. Incluso quien era en realidad Spector, el famoso asesino, y por qué nunca pudieron descubrirle, porqué era el asesino perfecto. Entendió las intenciones del Gran Maestro, que había sabido ver las intenciones de Darkim de relevarle en su puesto, y por ello le había encomendado aquella misión suicida.

Darkim lo comprendió todo, puesto que el objeto que estaba arrastrando Spector cuando Darkim había entrado era... un ataúd, abierto y con un poco de tierra dentro. Mientras se acercaba, la mirada de Spector se cubrió de una crueldad infernal, al tiempo que sus labios se entreabrían para descubrir unos pequeños pero afilados colmillos. Darkim, con una pierna inmóvil y herido, se puso en pie como pudo, preparado para un combate que sabía no podría ganar nunca. Empuñó por última vez las dos dagas, con empuñaduras que formaban dos serpientes entrecruzadas, ribeteadas en oro. Eran las dos armas más hermosas que existían en todo el mundo.

Que, ¿os ha gustado? Espero que sí. Es una pena que Darkim no se acercase hasta el cuadro y viese la fecha. Era un retrato de lord Tyron, de antes de que naciese el propio Darkim. Bueno, hasta el próximo relato. Por cierto, ¿alguien quiere ajos?, los vendo a buen precio y son buenos contra los vampiros. ¡Je, je, je, je..!

La Liga de las Ranas

Por Juan Sebastián Ohem

Frank Mercer conocía tanto del origen de la liga de las ranas como la prensa o la policía. La voz se había corrido entre los vagabundos, existía uno que comandaba a un ejército, un vagabundo millonario. Algunos decían, en susurros a la mitad de la noche, que la Rana no era humana y que no podía morir. Otros, un poco más sobrios, decían que era un mafioso que huía de su antigua pandilla y que usaba su dinero para hacerse de una vasta red criminal con la cual protegerse y hacer dinero. La prensa fue la última en enterarse, incluso cuando la policía ya había levantado la alarma. A nadie le importaban los vagabundos, y los primeros reportes de vagabundos organizados para asistir en planes sumamente complejos para robar algún banco o liquidar algún mafioso, fueron vistos con escepticismo. Después de todo, en la opinión popular, los vagabundos eran los fantasmas urbanos que, de ser capaces de organizarse, pronto dejarían de ser vagabundos. En ese verano, sin embargo, la ciudad entera no tendría más remedio que aceptar que aquellos individuos lastimeros llegaron a tener la vida de miles de personas en sus manos. En ese verano todos supieron de la Rana y en ese verano todos temblaron de miedo ante la imagen de un vagabundo común. Quienes habían sido dejados atrás por un sistema inhumano eran ahora los amos de la ciudad y su destino sería elegido por los fríos corazones de quienes habían sido rechazados tantas veces.

Frank Mercer tuvo que aceptar que las Ranas existían al principio del verano, cuando fue testigo de una espectacular visión. La policía le había estado corriendo de Marvin Gardens, donde solía recoger los cigarros a la entrada del metro, casi sin fumar, donde pedía limosna frente a los cafés de moda y ayudaba en la noche a tirar la basura de los elegantes restaurantes por unas monedas y una lata de sopa caliente. Al igual que muchos otros vagabundos terminó al sur de Baltic, donde tomaba refugio bajo el puente del tren elevado a una cuadra de las peligrosas calles de Morton. Resignado a coleccionar latas para venderlas, perdió el sentido del tiempo y por accidente se topó con los proxenetas de Morton, la peor calaña que hubiese visto desde que saliera de prisión. Cortaban a sus mujeres para darles una lección, les quemaban fierros calientes para marcarles como de su corral y repartían golpes cuando la paga no era la deseada. Pensó en regresar al puente y dormir sobre el parche de tierra suave que había encontrado y marcado con su caja de refrigerador, cuando sucedió el hecho inesperado. Las mujeres no habían cazado cliente alguno, y miraban desafiantes a sus proxenetas, quienes las vigilaban desde sus ruidosos autos. El atrevimiento era inaudito y los doce proxenetas cruzaron la calle armados de cuchillos y tubos. Los vagabundos salieron de la nada y les rodearon con piedras y botellas rotas. La trampa estaba puesta y la batalla fue brutal. El factor sorpresa fue suficiente para dividirlos y en menos de un minuto había otra docena más de vagabundos. Las prostitutas formaron parte de la golpiza, independizándose de sus proxenetas y robándoles todo en el proceso. Uno de ellos, un armario negro con una playera ensangrentada y venganza en los ojos, se deshizo de los vagabundos golpeando como boxeador y sacó una pistola del

cinto de su pantalón. Frank se unió a la pelea, empujando gente hasta llegar al furioso proxeneta. Usó una piedra para tumbarlo y peleó por el arma con uñas y dientes. Un par de tiros se dispararon, nervios que se contraían por la poderosa mordedura de Frank. Tras arrancarle parte de un dedo consiguió hacerse del arma. Los combatientes le miraban expectantes y Frank se congeló un segundo al ver tantos rostros y sentir tantas miradas.

—Billeteras, llaves del coche y todo lo que tengan. Hasta la ropa. ¡Desnúdense! —los vagabundos lo celebraron y las prostitutas se rieron de la desnudez de sus tiranos—. ¡Vuelvan por aquí y estarán muertos!

—Hiciste bien chico. Soy Mike Colby —el hombre tenía aspecto de veterano de guerra y apretaba la mano como si le fuera a sacar jugo. Tenía una cicatriz bajo el ojo izquierdo y una sonrisa sin tres dientes—. Bienvenido a la liga de las Ranas. Quédate cerca, ya te llegará la información.

—Gracias guapo. —Una mujer, dentro de un entallado vestido rojo, y pálida de frío, le extendió su mano de largas uñas—. Soy Rachel, mis enemigos me dicen Brady, pero me puedes decir Rachel.

Frank no esperaba ser una celebridad, y la verdad es que duró poco. Los proxenetas trataron una y otra vez de reclamar su territorio, pero con cada intento las represalias eran más y más brutales. Se decía que las Ranas, usando el ejército de vagabundos anónimos, conseguían prender fuego a sus departamentos, dinamitar sus autos, matarlos aleatoriamente e incluso amenazarles mientras dormían en departamentos supuestamente seguros. Frank entendió el poder de la Rana, comandaba a un verdadero ejército de vagabundos, prostitutas y ladrones, así como una extensa red de corrupción entre los policías. Muchísimos de los miembros dejaban de ser literalmente vagabundos, siendo tan bien remunerados que podían hacerse de un departamento, y otros incluso se hacían ricos a costa de la Rana. Frank recibió instrucciones en el catre del hostel de una parroquia de manos de un sacerdote cómplice. Leyó la carta a la luz de la luna que se filtraba por las rendijas que hacían de ventana, y luego las volvió a leer hasta memorizar cada palabra mecanografiada para luego, como indicaba la carta, prenderle fuego.

La organización se protegía en el misterio. Frank recibiría unos cuantos dólares a la semana, más del salario mínimo, por llevar a cabo instrucciones simples. Tenía un superior inmediato, un sargento, Mike Colby, quien serviría para coordinar a las ranas de la zona, así como asegurar que todas las cocinas para pobres, hostales y clínicas le reconocerían como miembro oficial. No tenía derecho a saber quién estaba por encima de su sargento, y la carta era deliberadamente vaga al afirmar que la organización poseía muchos escalones y supervisores. Todas las instrucciones provenían de la Rana y no siempre sabría el motivo o el objetivo de sus instrucciones, pero debía permanecer tranquilo sabiendo que existía un plan maestro destinado a mejorar la vida de los pobres. Le quedaba prohibido el uso de drogas fuertes y, si necesitaba cometer actos ilegales para subsistir tenía que ser cuidadoso, sin matar ni lastimar seriamente a nadie. Las prostitutas tendrían su propia organización, entre mujeres, así como los ladrones, pero al final del día todos se encontraban al servicio de la Rana y su plan maestro. Su obligación más inmediata era la de presentarse a su buzón, una ranura cerca del puente donde recibiría sus instrucciones, y cualquier falta sería investigada a fondo por vagabundos como él, cuyas instrucciones

podían ser el de vigilarle y reportar sus actividades. La lealtad era pagada y la deslealtad significaba la muerte.

Los dólares le vinieron de maravilla, pues logró rentarse un departamento en Morton, no muy lejos de su buzón. Sus instrucciones por lo general le parecían absurdas, como el pararse en una esquina por un par de horas y nada más, y otras eran de lo más misteriosas, como comprarse un traje con el dinero que venía en el sobre, presentarse a una tienda y preguntar por algún artículo para luego dar media vuelta e irse. No sabía si cada asignación formaba parte de un brillante plan maestro, pero poco le importaba, tenía un techo y una ocupación y no podía exigir más. Los primeros atisbos de un plan llegaron tras algunos atentados contra mafiosos locales por sujetos desconocidos, como le llamaba la prensa, pero que la policía ya sabía que se trataba de las ranas. El dinero parecía aumentar en los pagos, de modo que todos confiaron en la Rana cuando escribió que su cruzada contra el crimen organizado tenía un impacto directo en el bienestar de los pobres.

Frank se dio cuenta que estaba siendo probado, pues sus asignaciones fueron tornándose más difíciles y más ilegales. Ayudó a robar un auto para crear un denso y repentino embotellamiento, que permitió a un grupo de ladrones robar las cajas de una lujosa tienda y escapar. La adrenalina del robo le recordó a su vida antes de prisión, los pocos buenos años, y se encontró rebotando de bar en bar hasta llegar a Alvarado, donde fue testigo de lo más cercano que la Rana había tenido a una aparición en público. Había terminado de gastar sus billetes cuando la explosión le sacudió, junto a los cientos de peatones y conductores que se congelaron y miraron al enorme rascacielos Tate. Una enorme bomba de pintura, un barril con una pequeña carga explosiva, fue bajada por polea hasta el piso décimo y cuando estalló la pintura multicolores se regó por toda la avenida. Inmediatamente después fue desatada una inmensa lona con el dibujo de una rana.

—Eres un suertudo —Stuart Braun saltaba de emoción, periódico en mano. Estaban perdiendo el tiempo con Rachel Brady y sus prostitutas, apoyados contra una malla ciclónica y mirando el ir y venir de las muchachas y sus clientes. Rachel, de espíritu más pragmático, leyó el diario y miró al tránsito en silencio—. ¿Has leído la carta de la Rana al Herald?

—No, no he tenido tiempo. La resaca me dejó fuera de combate.

—Es un ultimátum político —dijo Rachel; Mercer y Braun le miraron extrañados—. Estudié literatura, ¿por qué todos se sorprenden de eso?

—Yo estudié actuación... Para lo que me sirvió, el título de ingeniero por correspondencia de la prisión tampoco me sirvió de nada —dijo Frank.

—Consiste en cuatro puntos esenciales, aunque el desplegado sea más largo. Exige a las autoridades que se construyan doce refugios para indigentes, que se institucionalice un centro de protección a mujeres abusadas, que se elimine la ley que obliga a los ex convictos a tener que revelar sus años en prisión y el delito, que los crímenes sin víctimas se castiguen con no más de dos años de prisión, además de las obvias como quitar el delito de vagancia, de permitir mendigos y se permita prostitución autorregulada en zonas no residenciales en ciertos horarios específicos.

—Dijiste cuatro puntos — dijo Frank, impresionado por la capacidad de síntesis de Rachel, pero no se sorprendía de ver a alguien más, olvidado por la sociedad común, con mucho que ofrecer al mundo.

—Por un lado tienes demandas de orden legislativo, como quitar o aprobar leyes, por el otro tienes demandas judiciales como conmutar penas o reducirlas, tienes demandas que van a la infraestructura, como todos esos refugios y cocinas y demás, y finalmente de tipo político, como cuando exige que los desposeídos puedan organizarse como sindicatos, como hacemos ahora.

—¿Qué es ultimátum? — preguntó Braun con el ceño fruncido.

—Lo que te da cuando comes muchos frijoles —bromeó Rachel, mientras sacaba un pequeño revólver de su bolso para que un cliente entendiera que no podía abofetear a las prostitutas.

—Significa que hoy fue una bomba de pintura, mañana una bomba de verdad.

—Las cosas se pondrán pesadas —dijo Braun, en tono profético.

—Tan pesadas como lo quieran los de arriba —dijo Roger Bolton. Frank le conocía poco, sabía que era un carterista empleado por el departamento de sanidad para recoger bolsas de basura, y que religiosamente pagaba el diezmo de lo que robaba. Se había convertido en el hombre de confianza de Mike Colby, un cargo que parecía llenarle de un orgullo difícil de encontrar entre los carteristas drogadictos de Morton. Limpio, sobrio, bañado, admirado y confiado por su superior, Roger era un hombre nuevo. Las cicatrices en los brazos eran la única pista de su vida anterior—. Vaya circo.

—Frank le vio en persona —comentó Rachel, mientras recibía el pago de un par de sus chicas.

—Llegaron tus instrucciones Rachel, tienes que enviar a un par de chicas a una fiesta de George Wallace —le entregó una tarjeta con la dirección y cien dólares para taxis, y como extra.

—¿Georgie el guapo? Menuda fiesta que debe ser —dijo Braun codeando a Mercer, aunque él no entendía a qué se refería—. Trabaja para Randall Vallenquist, el mafioso. Que se anden con cuidado.

Mercer y Braun se presentaron al medio día para recibir sus instrucciones del buzón empotrado al muro y tras un suspiro se pusieron manos a la obra. Frank fue enviado a Industrial por un disfraz de obrero de ingeniería urbana y siguió a un grupo hasta Baltic, donde detuvieron el tránsito con conos naranjas, disculpas y explicaciones falsas para ponerse a trabajar. Sin mediar más palabra que la absolutamente necesaria, como decían las instrucciones, Frank ayudó a bombear agua a presión y ácidos, en dos largas mangueras por un reducido boquete hacia unas lejanas tuberías. Luego de un par de horas de trabajo recogieron todo y se separaron sin despedirse. Frank recibió un pago adicional, por un hombre desconocido que se le acercó a una cuadra de donde habían dejado todo. No dijo mucho, pero Frank no necesitaba saberlo, le habían estado vigilando y el pago era por llevar a cabo las instrucciones sin falta.

No podía dejar de sentirse orgulloso, y cuando se topó con Stu Braun de camino a su departamento, se sorprendió a sí mismo preguntándole sobre sus instrucciones. Sabía que estaba prohibido, pero Braun estaba vestido como un hombre de negocios y temblaba de

miedo, con un pálido que tiraba más a verde. Le explicó que nunca había tenido instrucciones como esa, y de no ser que había trabado una buena amistad con Frank nunca se las diría, pero la verdad es que necesitaba de su ayuda.

—¿Has matado alguna vez? —Frank se sorprendió y se rascó la barba mal cuidada.

—No, nunca he tenido la necesidad y espero nunca tenerla.

—Yo tampoco, y tengo que matar al hijo de Yakaveta. El Rana odia a la mafia, Emilio Yakaveta y Randall Vallenquist están al tope de su lista. Tenemos que matarlo y robar toda la heroína que encontremos. Sé que el Rana soborna gente cercana de estos dos mafiosos, pero ¿por qué no hace que ellos los maten? No me malentiendas, no soy desleal —dijo esto con miedo en la voz.

—Calma, no es como si te fuera a reportar. No quieres matar, eso es todo.

—No es esto, son nuestros enemigos y al diablo con ellos, pero ¿y si fallamos? —Braun le tomó del brazo con aspecto suplicante— ¿Me acompañarías? Nadie sabe de las instrucciones, ¿no es cierto? Ni siquiera Colby, que es sargento. Ven conmigo, no podemos fallar en esto.

Frank aceptó de mala gana y juntos esperaron el auto que les llevaría hasta su ubicación. Una Rana sobornó a los agentes de policía para que desaparecieran de la zona por un rato. Otros dos se apostaron cerca de la entrada del restaurante. Braun y Mercer desinflaron las llantas de todos los autos en el estacionamiento y plantaron una carga explosiva. Bolton apareció en la parte de atrás manejando un camión de basura que se estrelló hasta la cocina del lugar atravesando el muro trasero. La carga explosiva detonó y las ranas se activaron como robots. Dos eran clientes, esos abrieron fuego contra los guardaespaldas de Dominic Yakaveta. Braun y Mercer debían ayudar a los tiradores que entraban al restaurante por el ventanal destruido. El joven Dominic se quedó congelado, viéndose rodeado y no pudo actuar a tiempo. El caos obró a favor de las Ranas, tal como Braun había estado rogando. Acribillaron al hijo del segundo mafioso más poderoso de la ciudad, mientras Bolton y otros dos cargaban los innumerables paquetes de heroína del congelador al camión de basura. Luego de eso todos desaparecieron como indicaban las instrucciones. Tres minutos y medio de un absoluto caos se desinfló en segundos y para cuando llegaron las patrullas y ambulancias era demasiado tarde. Mercer acompañó a Braun, de renovado humor, hacia la calle lateral donde fueron recogidos por un taxi que les llevó hasta un basurero a las afueras de la ciudad. El Rana quería mandar un mensaje poderoso a todos los miembros, sobre todo a aquellos que podrían soltarle la sopa al crimen organizado. No quería la heroína para comerciarla, sino para quemarla.

—Las noticias en la radio decían que hay una epidemia de camellos con huesos rotos en el hospital —dijo uno de las ranas mientras atravesaban las montañas de basura hasta el camión de Bolton, donde tres ranas sacaban los paquetes marrón y les tiraban a una fosa que Colby llenaba con gasolina —En un solo día Yakaveta pierde miles en producto y a sus camellos. Ese Rana es un genio. ¿Y vieron lo coordinados que estábamos?

—Suficiente, las instrucciones no mencionan parlotear —dijo Colby, cuando terminó de tirar la gasolina. Miró a Frank con el cuello torcido y Mercer se sintió desnudo. Sabía que las penas por desobedecer órdenes podían ser brutales. Cualquiera de esas ranas en aquel lugar podía ser una planta del Rana, o quizás el mismo Rana, supervisando sus

operaciones y buscando a los desobedientes como él— ¿Tus instrucciones te llevaron aquí?

— Sí —afirmó Frank, sabiendo que su vida podía estar en juego.

—Como sea. Incendien esa porquería.

El cargamento de heroína prendió fuego y las ranas lo celebraron. Frank y Stu no sentían ganas de celebrar, aunque al igual que sus compañeros estaban muy emocionados e impresionados por la genialidad de su misterioso líder. La adrenalina pasó rápidamente esa noche, mientras Frank escuchaba las noticias de la radio. Las tuberías de gas en tres manzanas de Baltic habían estallado. Los vecinos olieron gas en el agua y los bomberos consiguieron evacuar a la mayoría antes de la explosión. Quince personas habían muerto, cincuenta habían perdido sus hogares y el incendio ya se esparcía por los barrios residenciales de Baltic. Frank miró por la ventana, hacia el resplandor naranja que se mantenía indomable y entendió lo que ultimátum quería decir realmente.

—Quince muertos, más de veinte heridos... —Frank quiso decir que había participado, que ese dinero extra debería ser suficiente para su conciencia culpable, pero se detuvo de violar las reglas.

—Gente que vive en esas mansiones o en esos edificios tan cómodos... — se quejó uno de los vagabundos— ¿Qué han hecho por mí y por qué me deberían de importar?

—Tiene razón Frank —dijo otro más, mientras arreglaba su casa de cajas y sábanas bajo el puente del tren elevado—. Si fuera a la inversa... ¿les importaría? Hace tres años, cuando ardió el refugio de San Miguel, ¿alguno de esos burgueses sintió ganas de donar sus casas para las víctimas? Mi amiga Joyce murió allá adentro, su hermana quedó muy mal y ¿la ayudaron? Claro que no.

—Si no te gusta, puedes irte de la ciudad —Colby apareció atrás de él y Frank se dio cuenta que había estado ahí todo ese tiempo. ¿Seguiría desconfiando de él por participar de las instrucciones de Frank?, ¿sería parte de la policía secreta de la Rana que había desaparecido a más de uno?— Esa clase de conversación sólo desmoraliza a las ranas. ¿Eres más listo que la Rana?

—No, claro que no.

—Bien —dijo Mike Colby tras un rato de incómodo silencio—. Ahora vete, nada para ti hoy.

Frank se fue como perro regañado y habría olvidado todo el asunto de no haber sido por los hechos al día siguiente. Sus instrucciones nuevamente retaban a su conciencia, tenía que ayudar a otro rana a matar a Rico Mendoza, quien Braun le advirtió era el principal suministrador de droga de Randall Vallenquist, un colombiano que además nunca salía de su mansión sin su equipo de seguridad. Viajó en silencio con el otro rana, nunca le había visto antes, pero rara vez trabajaban con gente conocida, y habiendo un millón de desposeídos en Malkin y más de la mitad siendo partes del ejército de anfibios, no le era para nada extraordinario. Sin mediar palabra llegaron al amplio garaje de autos de lujo. Mientras su compañero instalaba una bomba la misión de Frank era mantener ocupados a los dos guardias de seguridad. Vomitó y tembló, gritando delirante como si estuviera en el umbral de la muerte. Los guardias le echaron cuando llegó el señor Mendoza y sus guardaespaldas. Regresó al auto de su compañero, quien se quedó afuera

para ver al garaje de frente con el detonador escondido en un bolsillo. Los guardaespaldas revisaron el coche por explosivos, pero su compañero los había instalado en los autos de al lado. Tras apretar el botón los dos autos volaron en pedazos, matándolos a todos. Frank se agachó al escuchar el estallido y accidentalmente tiró la carta de instrucciones de su compañero. Al regresar la carta a su sobre, para depositarla de vuelta al asiento, no pudo evitar leer el último punto: "4. Mate a su compañero". Frank se quedó helado, su compañero regresó tras el volante y le pidió que buscara algo bajo el asiento. Mercer, quien había aprendido mucho en prisión, fingió que se agachaba para luego lanzarse contra su compañero. El rana tenía una pistola con silenciador que no consiguió sacar de sus pantalones. Forcejearon en el auto hasta que Frank le golpeó con la cabeza, le quitó el arma y le disparó tres veces al pecho.

Le quitó el sobre con la carta y salió corriendo del humo de incendio, de las ambulancias y de las patrullas. No dejó de correr hasta que estuvo en Morton, y entonces le asaltó la duda. ¿El Rana lo quería muerto por haberse quejado del sabotaje a las líneas de gas? Sabía perfectamente que si el Rana quería muerto a alguien, no había vuelta de hoja. Se consoló repitiéndose una y otra vez que las instrucciones eran privadas, de modo que era factible que Colby no supiera nada al respecto. El distribuidor muerto, el asesino muerto también cerca de la escena, sonaba como una operación de la Rana. ¿Pero cuánto tiempo más podría mantenerse con vida? Eventualmente Colby mandaría algún reporte al Rana, o alguno de sus secuaces, en él tendría su nombre y el Rana sabría que algo andaba mal. Además, ¿cuántos ultimátums más tenía planeados? Si ese era su primer atentado, ¿cuántos más tenía planeados y a cuánta gente pensaba matar? Frank quería golpearse contra la pared, al mismo tiempo que adoraba a la Rana por sus objetivos, lo detestaba por sus medios y le temía por su poder. Una loca idea se materializó en su mente activada por la necesidad y el miedo, tenía que detener al Rana de una manera o de otra.

El primer día tras salvarse de la muerte fue mucho como su primer día en prisión. Se sentía el centro de atención, el tema de cada murmullo y el sujeto de cada maldición. Cualquiera de los vagos que conocía, incluso aquellos a quienes podía llamar amigos, podría recibir instrucciones en cualquier momento. Su mera presencia podía desencadenar una golpiza brutal o una trampa mortal. Estaba seguro que Colby sospechaba algo, por el modo en que le vigilaba subrepticamente en todo momento. Cuando no recibió instrucciones ese día se figuró lo peor, que el Rana le daba por muerto y por ende nunca más llegarían instrucciones con su nombre, hasta que Colby decidiera probar su sospecha. No tenía mucho tiempo para hacer lo que la policía había sido incapaz de hacer hasta entonces, descubrir la identidad de la Rana y detenerlo para salvar a los miles de civiles que sufrirían la furia del anfibio y salvar su propia vida.

Incapaz de decirle toda la verdad a su amigo Stu, consiguió que le ayudara. Braun tenía otro sargento, uno mucho más activo que Colby. Se trataba de un veterano de guerra llamado Horace Wilkins, un sujeto duro que manejaba a sus renacuajos con la frialdad de un militar. Sin otro plan más que escalar peldaño a peldaño hasta el Rana, se decidió a seguirlo. Haciendo uso de sus conocimientos en actuación se disfrazó y maquilló para no ser reconocido. Wilkins se vio con alguien en un café, con quien se identificó con un extraño saludo de mano. Lo había visto con Mike Colby, y se figuró que era una manera de

establecer rango. Frank se sentó lo suficientemente cerca para escucharles, pero mirando a la calle donde reconoció al menos dos ranas vigilando al lugar. Wilkins fue informado que el saludo cambiaba cada semana, y tras enseñárselo le comunicó algunas novedades intrascendentes, como pactos con pandilleros violentos, más sacerdotes aliados y el nombre de algunos policías de confianza. Se enteró que los sargentos tenían maletas en cada estación de tren y camión, donde tendrían suficiente dinero para desaparecer un tiempo, así como pasaportes falsos, mudas de ropa y un arma. Aunque Frank sabía que el extraño tenía un mayor rango, era obvio que él se limitaba a pasar información y tenía superiores que, además, tenían más superiores. Cuando sintió que la conversación se terminaba pagó por su café y se fue del lugar.

El extraño estaba bien custodiado y resultaba difícil seguirle. La mayor parte de los sindicatos de taxistas ahora también trabajaban para la Rana y empleaban sus radios para comunicar posibles colas y sujetos sospechosos. No podía subir a un taxi y pedir que siguiera al otro, así que decidió seguir a uno de las Ranas que habían supervisado la conversación. Desconocía de su rango, vestía como un vagabundo y ningún policía le creería parte de una red de espionaje y delincuencia, pero para Frank había un detalle que revelaba su verdadera naturaleza. Experimentado en la dura vida de las calles, sabía dónde había que fijarse. Una persona podía quedar sin bañar ni rasurar por un par de semanas, usar ropa vieja y maloliente y fingir ser un vagabundo más de Malkin, pero existían detalles que se pasarían por alto los imitadores. La suela de su bota estaba demasiado limpia, carecía de los pequeños cristales típicos de las capsulitas de crack, “los soldados” como eran llamados por los camellos.

El nuevo objetivo abordó un camión y luego otro, para terminar en una pequeña placita, donde se reunió con los otros ranas que seguían al entrevistador misterioso del café. El extraño que había hablado con Wilkins recogió un periódico debajo de una banca, leyó la sección de segunda mano y lo tiró a la basura. Frank comió algo cerca de ahí, esperando más de una hora para cerciorarse que no era una trampa. El periódico anunciaba los atentados de la Rana en primera plana, con una editorial mordaz contra las fuerzas del orden, y en la sección de segunda mano había un recuadro encerrado en un círculo. Vendía un Ford a medio precio, y tras varios minutos tratando de romper el hermético código se fijó en el anuncio en la esquina inferior izquierda y sintió ganas de reír. Alguien vendía un tostador marca Maitland, desconocida para Frank, con una fecha disimulada dentro del texto que además anunciaba futuras ofertas. El nombre le parecía familiar y lo ubicó al leer una nota en la parte financiera, Richard Maitland había hecho una millonada tras un lamentable accidente industrial de Colton plásticos, su principal competidor en ese rubro de productos. El texto de venta señalaba esa fecha y la dirección donde prometía nuevas ofertas, que serían nuevos atentados, se encontraba también en la noticia al enlistar la dirección de sus otras dos plantas. Quizás no tenía el tiempo, ni la capacidad, de reconstruir la escalera, pero si Richard Maitland tenía tanto dinero como decía el periódico, sin duda sería una ficha importante para la organización. Además, era más fácil encontrar al multimillonario que a la Rana.

El rascacielos Moorehouse, pronto a ser renombrado como rascacielos Maitland, se encontraba en el centro de Marvin Gardens y anunciaba las oficinas de Richard Maitland y

asociados en los últimos tres pisos, en un cartel de oro macizo. Frank se dio cuenta que era brillante, el Rana era buscado en cloacas y bajo puentes, pero seguramente tendría muchos millones para poder abastecer a casi un millón de desposeídos con salarios regulares y servicios, por no contar con los pagos extra y los jugosos sobornos a las autoridades. Las oficinas centrales le parecieron como un majestuoso palacio, con un lobby al centro de tres pisos de oficinas y salas, con inmensas columnas de mármol y oro, extensos tapetes caros y un ejército de secretarías y meseros. Frank pasó desapercibido entre oficinistas y ejecutivos de otras compañías que exigían hablar con Maitland de inmediato. Prestando atención a sus conversaciones se enteró de las sospechas que el mundo empresarial tenía en su contra. Incontables accidentes de fábrica se habían estado dando, y Richard Maitland seguía expandiendo su imperio financiero. A lo lejos, y a través de pesadas paredes de cristal sostenidas por canceles de oro, pudo ver al anciano Maitland y su corte. Una mujer parecía seguirle los pasos, pero no en la misma posición servil que sus ayudantes y secretarios. Ella era una mujer fuerte, encorvada y de peinado humilde, a Frank le pareció más una de esas mujeres duras que se topaba en las cantinas.

—¿Le puedo ayudar en algo? —se había quedado mirando a aquella mujer mientras acompañaba a Maitland, y a su seguridad, por las oficinas y las inmensas escaleras. Se había separado del grupo y prácticamente estaba volcado sobre el barandal con tal de seguirla viendo. El hombre que le hablaba era de mediana estatura, con calvicie a excepción de los costados que cuidaba cada mañana.— Soy Filo Brooks, el ayudante personal del señor Maitland, estoy seguro que puedo atenderle. Como pudo ver, el señor Maitland ha salido.

— Sí, bueno... No es urgente realmente. Verá, estoy armando una nota periodística sobre el señor Maitland y pensé que venir aquí sería una buena idea.— Se sintió satisfecho con su mentira y escuchó el discurso del señor Brooks como si le importara.

Frank aprovechó la primera excusa que pudo para irse de ahí e investigar los casos de sabotaje industrial. Un nuevo mundo se abría a sus pies. La Rana no sólo había pensado en vagabundos, prostitutas y ladronzuelos, también comenzaba a extender su influencia entre los obreros de fábrica, los albañiles y todos los pobres. Entendía ahora el horror de los ricos que mandaban cartas al diario, veían que todos aquellos sobre los que pisaban habían decidido unificarse y mostrar su fuerza. Algunos denostaron a la Rana como agente comunista, tratando de desechar sus demandas, consideradas ridículas, como parte de un esfuerzo contra el comunismo en todas sus formas. La Rana tenía una única respuesta a eso, más ataques contra la ciudad. Mientras visitaba las fábricas sobre las que había escuchado en las conversaciones, oyó por la radio que el club campestre había sido bombardeado por fuego de mortero desde los techos de unos edificios abandonados. Quince personas habían sido heridas, siete habían muerto.

—Abandonados ni qué abandonados. El millonario Wallace obligó al alcalde a expulsar a más de cien familias para hacerse de esa cuadra por centavos y poder expandir su club de golf —explicó el taxista. La nota seguía, diciendo que la comida había sido envenenada y hasta el momento tres mujeres habían muerto y todos los miembros que habían comido en la fiesta debían reportarse a urgencias. El taxista se echó a reír, celebrándolo golpeando sus puños contra el techo—. Eso les enseñará, sí señor. Los meceros, los

conserjes... en fin, cualquier empleado que haya sufrido de sus insultos por demasiados años ha obtenido su venganza.

Frank recorrió la Industrial de un extremo a otro, sin saber bien lo que buscaba. Tenía una lista mental de fábricas que habían sido mencionadas, pero no sabía bien a bien qué hacer con esa lista. La mayoría de las fábricas estaban cerradas al público y no era como si pudiera entrar sin más y hacer preguntas sobre el sabotaje que estaba por venir. Ya caía la noche, cuando las fábricas cerraron, reconoció a uno de los ayudantes del señor Maitland sobornando a un guardia a la entrada de una fábrica. Frank aprovechó que entraba un camión para correr a su lado y evadir la seguridad. No estaba seguro si estaba ahí para encontrar más indicios del Rana y su plan, o si estaba ahí porque esperaba verla de nuevo. Había algo sobre ella que no podía quitarse de la mente, incluso su indicio de vulgaridad le resultaba tóxico. A un lado del edificio principal, donde se armaban los zapatos y tenis en largas líneas de producción, se encontraba un edificio de aspecto humilde y pragmático de dos pisos y con las luces encendidas. Aprovechando que aún quedaban obreros y burócratas dando de vueltas pudo entrar al edificio por una entrada lateral y evitar a los ranas, apostados en la puerta. Subió las escaleras junto con un secretario, ayudándole a cargar sus papeles y se escondió en la entrada del baño, que daba contra la oficina principal. El señor Smith, el dueño, estaba discutiendo con la mujer misteriosa que tanto le atraía. Ahora tenía un nombre, Angela Sloane, pero no podía escucharlo todo. Se arriesgó a salir por la ventana del baño, aferrándose contra la orilla y ágilmente pasando al techo de la oficina, desde donde podía ver casi todo en esa posición circense, ocultándose gracias a las cortinas pesadas de la oficina.

—¿Cree que el accidente de hoy fue coincidencia, señor Smith? —Sloane no disfrutaba de su posición, pero imponía mediante su presencia al dueño de la fábrica, quién se limpiaba el sudor con un amarillento pañuelo—. ¿Cuántos años más podía seguir pagándoles menos del salario mínimo y salir impune? Ni qué hablar de todas las obreras que usted ha... entrevistado en privado. Oh sí señor Smith, también sabemos eso. Usted y su primo han formado todo un club de “respetados empresarios contra el comunismo” con tal de seguir tratando a sus obreros con la punta del pie.

—He sido un buen patrón, mejor que...

—Un buen patrón no descuenta reparaciones y gastos corrientes al salario de los obreros. Ni les obliga a pagar por sus herramientas, ni trabajar de noche sin pagos extras.

—Ustedes los comunistas son todos iguales —Angela se echó a reír.

—No señor Smith, no somos comunistas. No queremos el poder político para nosotros, no queremos al gobierno, porque ya somos el gobierno. El gobierno de los desposeídos, ¿y sabe una cosa? Nos estamos independizando. Puede vivir para verlo, o puede ser parte de algún desafortunado accidente. No crea que le necesitemos tanto, muchos millonarios se hacen ricos a nuestra costa y podrían comprar el lugar.

—¿Cómo Maitland?

—Entre otros... Ya sabe el precio del seguro contra accidentes. No me volverá a ver, pero sabrá que estoy cerca. Porque las ranas siempre están cerca —Angela sacó una pequeña caja de su humilde bolso raspado y descolorido y la abrió en su escritorio. Una

rana salió brincando hacia las montañas de papeles—. Cada vez que piense en ir a la policía, mire a esta rana y pregúntese si esa imagen es la última que quiera ver en su vida.

Frank esperó unos momentos para regresar a la ventana del baño y salir del edificio. La podía ver de cerca, pero se detuvo a sí mismo de abordarla. Se ocultó entre cansados obreros para salir por la entrada principal y podía sentir su mirada sobre él. Con un esfuerzo supremo no se dio vuelta para mirarle una vez más antes de salir. Soñó con ella y con ranas durante toda la noche y se levantó asustado. La presencia de la Rana no desaparecía nunca, su resolución de detenerle antes de matar a más gente tampoco desaparecía y Frank parecía existir en un estado intermedio entre el miedo y la estupidez. Se reportó, como era obligatorio, y se sorprendió al encontrar una carta con instrucciones. Colby parecía no olvidar sus comentarios sobre el asesinato masivo por el sabotaje de las líneas de gas y por más que Frank trataba de desestimarlas, los comentarios de su sargento servían para recordarles a todos. Si el día tendría que llegar para que un verdugo le visitase, Frank Mercer rogó porque no fuera Mike Colby.

En la primera hora de la noche se reportó a trabar. Su labor parecía inocente en un principio, sólo tenía que pagarle a unos pandilleros ociosos para que tiraran fuegos artificiales en el distrito de diamantes. Los muchachos se divirtieron, y por unos dólares más, jugaron a atinarle a las alarmas del extenso corredor de joyerías. El ruido atrajo a la policía, tras unas corretizas y arrestos quedaron satisfechos que no había mayor peligro, aunque las alarmas no dejarían de sonar hasta primera hora del día. Frank entonces asistió al equipo de ladrones que entraba a una joyería por un improvisado boquete en la pared, cubierto hábilmente por un camión. Roger Bolton apareció con un camión de basura y le ayudó a subir las cinco cajas fuertes para abrirlas más tarde.

— Sólo falta algo —dijo uno de los ladrones en el reducido callejón por donde habían entrado y sacado las cajas de seguridad—. Uno aquí es un traidor.

—¿Qué? —Frank sintió que se desmayaba. Se apoyó contra el camión de basura y miró a las otras ranas. Eran cinco y los demás parecían tan sorprendidos como él. El ladrón sacó una pistola y les fue viendo de uno en uno.

— ¡Tú! —señaló a Frank y se acercó pistola en mano. Mercer calculó sus posibilidades, ¿podía desarmarlo a él si le tomaba por sorpresa?, ¿tendrían los otros ladrones armas e instrucciones semejantes? El ladrón le jaló del brazo y le colocó al centro. Después tomó a otro de ellos del cabello y lo tiró al centro de la rueda—. Agárralo fuerte.

—No me maten, yo no hice nada —Frank respiró profundo y lo sujetó para que no escapara.

—Eres informante de la policía, ya nos costaste tres operaciones y mucho dinero —el ladrón le puso el cañón en la cara y fue bajando. Finalmente le disparó en las rodillas y Frank aflojó los brazos para que cayera al suelo—. Si quieren conocer a la Rana, vengan a la reunión que habrá a la media noche. Sus sargentos saben dónde es.

Luego de eso cada quien se fue por su lado, y los ladrones acompañaron a Bolton en su camión de basura para hacerse del botín. Mercer sentía que volvía a nacer, igual que en su último día en prisión. Sabía que no estaba fuera de peligro, pero al menos se había ganado algo de tiempo. Siguió a Colby y a los demás hasta una entrada de desagüe y a través de un laberinto de túneles hasta una extensa sala condicionada con antorchas que había

llegado a ser una central de desahogue hasta que la ciudad creció demasiado. Se trataba del lugar natural para el Rana, en un laberinto de túneles que medían cientos de kilómetros, poblados por los primeros vagabundos que se unieron a la liga y sus hombres de confianza. El Rana se encontraba en un paso de gato, vestido como un vagabundo cualquiera, con un largo abrigo hecho jirones y ropas viejas y sucias. En su cabeza llevaba una máscara, semejante a la de un soldador, que tenía integrado los gruesos goggles. Frank no encontraba otra descripción, era una Rana. La reunión no había juntado a toda la liga, pues había menos de 500 personas. Todas ellas vitoreando, aplaudiendo y chiflado. Incluso Frank se encontró entusiasmado y emocionado al encontrar a la mente maestra.

—Las ranas fueron una de las plagas de Egipto —en cuanto alzó las manos enguantadas todos guardaron silencio—. Las ranas devoran las cosechas enteras, se multiplican e invaden cada hogar, palacio y comercio. No muy diferentes de las sanguijuelas que creen que pueden vivir con la suela de sus zapatos aplastando nuestros cuellos. Ellos devoran todo, dejando nada a quienes sirvieron a su país, o a quienes fueron supuestamente rehabilitados por el Estado, o a quienes nunca tuvieron otra opción. Ahora nosotros seremos las ranas. Ahora nosotros estamos en cada rincón de esta ciudad y ahora nosotros les dejaremos sin nada a ellos.

—¡Muestra el origen de tu poder! —gritó una mujer histérica. Ante la ovación de todos la Rana alzó los brazos en señal de rendición. Apartó el abrigo para mostrar el revólver que cargaba en su cinto y lo empuñó señalando al aire para que todos pudieran verlo.

—¡La trompeta del ángel! —gritó la Rana y recibió aún más aplausos. La pistola era plata maciza con cuidadosos detalles labrados. A Frank se le hizo conocida y luego recordó los mitos urbanos sobre ella que tantas veces habían entusiasmado a los desposeídos y a los criminales.

—Dicen que es mágica, que nunca se le acaban las balas... —murmuraban unos.

—Yo escuché que le esperaba escondida en la estación fantasma... — ijo otro.

—No hay tal cosa como la estación fantasma, esas son tonterías. Se la dio el ángel Gabriel.

—¿Tú qué opinas Frank? —le preguntó Braun, quien saltaba de emoción.

—He oído de esa estación fantasma, sé que existe.

—Ahora... Ahora... —la Rana pidió silencio de nuevo a su legión de desposeídos—. Mis subalternos estarán pasando palos de dinamita, uno a cada quien. Úsenlo contra la peor forma de plaga que hay, el crimen organizado. Esos mafiosos creen que pueden esclavizarnos a sus drogas, a sus vicios y a su reino del terror, pero las ranas los pondrán en su lugar. Tómenlas y maten a tantos como puedan. Que mañana Malkin apeste a dinamita y Yakaveta, Vallenquist y los demás sepan el verdadero significado del terror cuando entiendan que somos más de un millón de nosotros contra unos cuantos de ellos.

Las ranas regresaron a la superficie después de una cena de sopa caliente y carne, como no habían probado en mucho tiempo, y tras recibir su nuevo juguete. Frank y Stu salieron corriendo junto con los demás, riendo de emoción como si fuera noche de brujas. Los desposeídos hicieron estallar autos, vitrinas, hidrantes, patrullas y todo lo que estuviera en su camino. Marchando como una plaga de ranas invadieron los territorios de mafiosos y sembraron el terror. Algunos tomaban por sorpresa a los matones para

encenderles un palo en el cinturón y verle estallar en dos pedazos. Los restaurantes y los comercios de los mafiosos fueron los más afectados, sufriendo además de los robos en masa. La policía trataba de detenerles, pero les era imposible. Malkin ardía en llamas y por muchas horas el aire nocturno empujaba los ecos de los estallidos. Frank hizo estallar una limosina y Stu voló un transformador en pedazos, condenando a gran parte de Morton a la oscuridad. La penumbra atrajo a los maleantes, a los pandilleros y a los ociosos, que estuvieron muy cerca de causar un disturbio a gran escala, pero que al reconocer el indiscutible poder del omnipresente Rana se unieron a los vagabundos en sus saqueos a mafiosos.

La resaca de Frank le hizo olvidar gran parte de la noche. Recordaba haber robado una caja registradora de una tienda que lavaba dinero y después invitar las rondas a sus amigos en los bares cercanos. Lo que pasó del bar a su colchón, no podía recordarlo. Alguien le pasó una nota por debajo de la puerta, y reconoció la letra de Rachel Brady, avisándole que la Rana no tendría instrucciones por un par de días, más allá de guardar un bajo perfil y evitar ser arrestado por la policía que, comprensiblemente, estaba histérica de rabia. Se entretuvo con la radio, escuchando sobre “la revuelta de los pobres” como le llamaba el noticiero, y riéndose de las noticias sobre los bufetes de abogados y asociaciones civiles que impedían a la policía arrestar a vagabundos en masa. La Rana había cubierto todos los ángulos, era obvio. Existía uno, sin embargo, que Frank encontraba particularmente importante. La trompeta del ángel debía ser la clave para descubrir la identidad de la Rana.

Aprovechando los días libres se dio a la tarea de encontrar la estación fantasma. Los eventos de la noche anterior no habían frenado su ímpetu. El Rana mataría a demasiada gente, atraería demasiada atención de las agencias federales y al final perdería porque la ciudad sería puesta bajo ley marcial y todo habría sido para nada. Además, el Rana le quiso muerto, aunque parecía estar dándole una segunda oportunidad que sabía tenía que aprovechar para volver a estar de buenas con la organización.

La ciudad tenía aspecto de haber pasado por un bombardeo, la gente caminaba de prisa y en más de una ocasión vio a sujetos tan aterrorizados por la presencia de un vagabundo que le tiraban fajos de dinero con tal de evitar alguna golpiza. Al principio el público había respondido a las ranas con golpizas aleatorias a vagabundos, pero el Rana había mostrado una mano dura y más de una docena de personas habían muerto de golpizas brutales por haberle levantado la mano a un desposeído. Frank agradeció su sentido común de comprarse un traje respetable para caminar por la calle sin ser vigilado por los policías. Buscó entre los registros ferroviarios en la biblioteca pública, pero fue inútil. Tras varias horas de aburridos registros tomó un libro de fotografías y fue curioseando sin rumbo de hoja en hoja mientras comía su sándwich a escondidas de la aburrida bibliotecaria. Se detuvo en seco al reconocer una foto. Reconoció el hotel Imperial, uno de los viejos hoteles de lujo de antes del automóvil popular. La fotografía mostraba los planos del subsuelo e indicaba una estación de tren para millonarios, de modo que no tuvieran que viajar con la plebe desde la estación central. La estación había quedado en desuso, según una anotación, tras el incendio de 1920 que prácticamente afectó al hotel entero.

Frank encontró el acceso más cercano al renovado hotel a dos cuadras. Frente a los atónitos oficinistas de Marvin Gardens, abrió la tapa con mucho trabajo en una arbolada plaza entre edificios de oficina y descendió linterna en mano hasta la maloliente cloaca. Sabiendo el peligro de perderse en los túneles, que de pronto descendían cientos de metros y podían llevar a ríos caudalosos o a callejones sin salida, se dejó guiar por las marcas de los vagabundos de la cloaca, las “ratas de túnel”. Los habitantes del subsuelo dejaban marcas de pintura para avisar de los puntos infecciosos, los ríos de aguas negras, los caminos hacia espaciosos túneles con aire fresco y hacia los inútiles callejones bajo tapas de vertederos. Era imposible calcular las distancias como si fueran las dos cuadras hasta la parte inferior del hotel Imperial. Los túneles podían hacerse muy estrechos, obligándole a andar a gatas entre centímetros de aguas negras, y arruinando su traje en el proceso, también podían llevar a cataratas sin aviso alguno, o hacia salas de control de las tuberías de agua y gas, con válvulas que liberan letal presión en cualquier momento. Caminó, corrió, anduvo a gatas y avanzó con el agua en las rodillas, pero no consiguió entrever ninguna entrada a la estación de tren con el haz de su débil linterna.

Frank se resbaló por el fango hasta una reja cerrada con candado. El único otro camino daba una vuelta muy empinada y entonces lo vio casi por accidente. La vuelta del túnel era reciente, a juzgar por el tipo de ladrillo que variaba de los gruesos bloques anchos de concreto. Pensó en patear la reja hasta abrirla, pero la linterna le enseñaba que la reja correspondía a un ancho tubo, sin duda metros por encima de la estación central, que estaba plagada de sarro y parecía estar a punto de caer en cualquier momento. Siguió la desviación hasta un túnel más grande, donde una de las paredes era del mismo mosaico que el de la estación central. A juzgar por los mosaicos azules que formaban un arco de entrada cubierto por placas de plomo y algunos ladrillos. Usó una llave inglesa que encontró cerca de ahí para romper los ladrillos, luego de algunas horas de esfuerzo, y usó la herramienta para hacer palanca contra la placa de plomo. La placa había sido colocada con apenas unos remaches y fue fácil de sacar. Frank entró por un pequeño agujero a unas viejas y húmedas escaleras. La estación era tan impresionante como cuando había gozado de luz eléctrica. Una pequeña réplica de la estación central, con una línea de tren que había quedado inutilizada por algunas toneladas de tabiques y ladrillos que cayeron del techo durante el incendio. Una vieja locomotora yacía muerta, inutilizada por el cascajo que había caído sobre los carros de tren.

Frank revisó los restos de los trenes, había dos carros que no quedaron totalmente aplastados y uno de ellos aún tenía polvosas maletas, revisadas ya hacía mucho tiempo. Imaginó lo que había pasado. El Rana había estado ahí, con los pies justo donde él pisaba, y habría encontrado la trompeta del ángel. Tal habría sido el inicio de su reinado. Salió del tren y caminó hacia la entrada principal de la estación, que daba a un ducto de elevador, ahora inutilizado. Se detuvo un momento y revisó a su alrededor. Le pareció haber escuchado algo entre los escombros. No se animó a buscar, pero encontró dos tazas de metal con café aún humeante. Se sintió observado, vigilado, pero quienes quieran que estuviesen apostados en aquella tierra sagrada, no querían dar sus caras. Frank decidió no empujar su suerte hasta el extremo y regresó por donde había ido.

No podía decirle a nadie sobre lo que había encontrado, a nadie sobre sus temores, ni sus ambiciones. Pasó los otros días con Rachel Brady y Stu Braun, distrayéndose con la rayuela y las conversaciones banales. Cuando llegó el día para trabajar de nuevo intuyó que no terminaría bien. Leyó sus instrucciones y supo que tenía cierto don de profeta. Roger Bolton se le acercó con mirada inquisidora y Frank confirmó, habían tenido la mala suerte. Tenían que matar a Randall Vallenquist.

—Nos vemos ahí a las cuatro, no llegues tarde. ¿Tienes un arma?

—Sí, ¿tú?

—Sí, y no me mires así Frank, seamos optimistas. El plan es bueno... en teoría.

—Sí, en teoría.

Bolton tenía razón, pero Frank sabía que él también tenía razón. Frank debía llegar al restaurante Musso's, tomar el letrero de "se busca mesero" y pedir una entrevista con el dueño. Roger tenía que entrar como un cliente regular, esperar que el jefe de la mafia Vallenquist fuera al baño y quejarse con el dueño o el chef sobre una cucaracha en la ensalada. Frank tendría que obtener el empleo, buscar la excusa para estar en el baño, matar a Randall Vallenquist sin hacer ruido y esconderlo en una cabina el tiempo suficiente para irse. Frank no tenía duda, algo saldría mal. Se imaginaba que habría otras ranas cerca del restaurante que les ayudaría a escapar, pero ese no era consuelo suficiente. Se presentó a tiempo, cartel bajo el brazo, y pidió hablar con el dueño. Randall Vallenquist estaba ahí, pero también una cuadrilla militar de matones que ocupaban todas las mesas. El jefe de meseros lo apartó a una esquina y le susurró al oído.

—El dueño no vino hoy, nadie puede decidir por él. Venga otro día —Frank asintió con gravedad, le devolvió el cartel y salió a la calle donde le hizo una seña a Roger para que le siguiera.

—Todas las mesas están ocupadas por matones, deben estar paranoicos. Además, no me contratarán hoy —Roger suspiró frustrado y se agitó nervioso.

—No creo que nos hagan algo, es decir, el plan no es perfecto y solo somos dos.

—No, yo no puedo quedar mal con la Rana. Suficientes problemas tengo ya... ¡Ya lo tengo! —Frank chifló un taxi y le dirigió hasta la calle de Rachel Brady— Las fiestas de Vallenquist a donde enviabas a las chicas de Brady, quizás vaya para allá.

—Es peligroso oír y recordar —le dijo Roger, meneándole el dedo, pero Frank no le prestó atención.

Rachel recordaba bien las direcciones y Frank se emocionó tanto que le plantó un beso antes de salir corriendo. Si no llegaba hasta la Rana a tiempo, al menos podría salvar cara y demostrar que era un activo útil. Sentía que ya le habían perdonado la vida una vez, pero sabía que lo que fácil viene, fácil se va. El taxista, que era parte de las ranas, no les cobró ni un centavo por pasearlos por toda la ciudad. Las primeras dos direcciones no habían servido, y Vallenquist ya había dejado el restaurante, pero tuvieron suerte con la tercera. Un par de autos de lujo habían estacionado frente a una pequeña planta procesadora de pintura. Rodearon el edificio y encontraron una escalera de incendios hasta las polvosas ventanas del segundo piso. Bolton abrió una con su navaja y entraron sin hacer ruido. El lugar había quedado deshabilitado por mucho tiempo, a excepción de la pista de baile e improvisado bar a un lado del laboratorio químico repleto de matraces y

botes de cristal con compuestos inflamables. Siguieron las voces hacia el primer piso, custodiado por varios matones. Frank encontró una escalera secundaria en el segundo piso que daba contra una antesala polvosa con una pared de madera y cristales de colores hacia la oficina principal donde Randall Vallenquist discutía con otro sujeto.

—Roman, si hay un momento oportuno, es este. ¿Yakoveta? Es historia. No tiene nada que mover y sus hombres son una burla —Vallenquist era un hombre alto, de aspecto distinguido que vestía un frac y fumaba un cigarro con largo filtro. En suma, era todo lo que la Rana odiaba. Frank asomó la cabeza lo suficiente para poderles ver a ambos y acarició su pistola nerviosamente.

—Nunca apures a un relojero. No olvides, tenemos todo el tiempo del mundo — bromeó Roman, mostrando su reloj de bolsillo como un péndulo—. Por ahora, no puedo seguir negociando contigo.

—Nadie le habla así a Randall Vallenquist.

—La Rana sí —Frank respiró profundo, preparó su arma y caminó en cuclillas hasta uno de los ventanales que tenía un orificio.

—Olvida a ese payaso, no estoy muerto aún —Frank asomó la pistola primero y luego subió la cabeza. Un disparo y su reputación quedaría intacta. Un disparo y podría dormir tranquilo.

Esperó hasta que Roman se hizo a un lado y tuviera a Vallenquist frente a él y jaló el martillo lenta y silenciosamente. Los disparos le hicieron brincar, y también a Vallenquist. Apretó el gatillo un par de veces, pero Roman y Randall se lanzaron al suelo. Roger apareció en las escaleras, animándole a subir. Les habían pillado. Corrió a toda prisa, los ventanales haciéndose añicos por las balas, y subió detrás de Roger a grandes zancadas. Matones subían por la escalera principal y Frank mató a dos de ellos. En la balacera los frascos de químicos se reventaron y un violento incendio empezó a consumir el segundo piso. Frank se lanzó contra la ventana abierta, aterrizando en la escalera de incendios. Bajó rodando los escalones, con Roger detrás de él. En la última parta se levantó de golpe y corrió por la calle lateral. Dos matones le pillaron por sorpresa y Frank levantó los brazos. Roger le imitó y los dos se agazaparon en cuanto vieron al taxi. Los dos matones no entendieron, hasta que fue demasiado tarde. El taxi aceleró y atropelló a ambos. El taxista abrió la puerta trasera y sonrió.

—¿Van a entrar o pedirles permiso para usar el baño?

—Le tenía tan cerca... —se lamentó Frank.

—Tranquilo, yo convenceré a Mike. No te quiere mucho, pero no es irrazonable. Tomaste la iniciativa, eso vale para mucho. Además, era suicida. ¿Qué íbamos a hacer tras matarlo? Claro, yo despaché a un par de ellos cuando subieron por nosotros, luego te echaste a otros dos... ¿y después? De no haber sido por este taxista, estaríamos muertos.

Frank acompañó a Roger hasta Mike, para explicarle todo. Colby tenía ganas de culparlo por todo, pero le tomó la palabra a Roger y le dejó ir sin mayor regaño. Frank podía sentir que el cuello de la horca se apretaba un poco más. Tras el fracaso le quedaba claro que tenía que salirse del radar para ganarse más tiempo. Decidió seguir la pista de la pistola mágica y recurrió a los anticuarios de las páginas amarillas, pero había uno en particular que llamó su atención, Roman Nash. Se figuró que no podía ser el mismo, pero

le visitó de todas formas. Para su sorpresa, era el mismo Roman con quien Vallenquist había discutido. El anticuario le notó fuera de la puerta de cristal y le animó a entrar. Intentó detectar si podía reconocerle o no, pero fue inútil de modo que se la jugó a la inocente. Frank se apoyó contra la barra, una vitrina de madera con relojes y viejos artilugios y notó una revista abierta.

—Vengo a preguntar sobre esto —dijo Frank, señalando el dibujo de la pistola de plata con detalles labrados. Viendo el dibujo de cerca pudo ver las formas labradas, representaban ángeles que parecían pelear entre ellos, con la cámara para balas teniendo un cosmos de signos zodiacales y la culata representando al infierno—. La pistola mágica. ¿Cómo le llaman? Trompeta del ángel.

—Ah sí, bueno... A todos nos gustaría verla de cerca —Roman le ofreció café y se encendió un cigarro—. Se dice que fue la pistola de Custer, hasta que la perdió en Wounded Knee y por eso perdió la batalla.

—Ha estado por todas partes, según veo.

—No, la mayoría de esas veces es especulación. El revólver solo ha tenido cinco dueños que se sepa, entre ellos Custer —Frank le miró escéptico— ¿Cómo lo sé? Pero si esa es la parte más importante de la pistola. La trompeta del ángel es un arma mágica, según las leyendas claro está. Una vez que cae en posesión de un dueño gasta una de las balas, y luego de esas balas el martillo no toca jamás una cámara vacía. Mil balas puedes disparar y no se agota. Sólo se agota cuando cambia de dueño.

—Imagino que son balas especiales, de otro modo no se agotarían las que tiene.

—Oro, cedro blanco y otros doce elementos. El dueño es prácticamente invulnerable, se convierte en el líder perfecto. Es capaz de pensar doce pasos más adelante, puede sobrevivir cualquier daño y, otro rasgo importante, sus balas no son sólo infinitas, sino que siempre son letales. Una bala es todo lo que se necesita, apuntas a tu enemigo y... adiós.

—¿Qué pasa cuando esas seis balas se usan?

—¿Qué, en verdad? —Roman se acercó a Frank en tono conspirativo— La trompeta del ángel llama a su dueño.

—¿Su dueño, y ése quién es?

—Pocos lo saben, aún menos lo dicen. Algunos afirman que se forjó en el infierno, con las almas de mil soldados muertos. Otros dicen que el ángel de la muerte la forjó de sus propios huesos de plata y que la perdió en un juego de cartas. Cualquier cosa es posible....— La campanita de la puerta sonó y Frank dio un paso atrás instintivamente.

Frank se despidió parcamente y de camino afuera la sangre se le heló. Angela Sloane entró a la tienda, mirándole como si le reconociera de alguna parte. Controló el impulso de correr por las calles, pues estaba seguro que había ojos sobre él. Frank pasó los siguientes días tratando de llamar la atención lo menos posible. Sus instrucciones volvieron a ser comunes, y estaba seguro que muchas de esas eran inútiles, como habían sido al principio. Los ánimos se encontraban crispados, el tráfico de heroína no parecía disminuir por más que la Rana hiciera hasta lo imposible. Leyó varias noticias de accidentes industriales, de súbitas ventas con connotaciones de chantajes y otras coincidencias favorables a Richard Maitland, convenciéndole cada vez más que él era la Rana. Fuera o no verdad habían ocurrido más ataques terroristas. La ciudad había

aceptado construir solamente dos refugios más, a lo que la Rana respondió con una docena de bombas en autos de lujo, matando a 23 personas y severamente hiriendo a 40. Frank no tenía duda, solo se harían peores a partir de ahí, a menos que hiciera algo al respecto.

Braun detuvo sus planes. Le comunicó, por nota subrepticia, que las calles le tenían por traidor. Brady le escondió un par de noches en su casa de citas, pero no podía quedarse para siempre. El ardiente verano se hizo inclemente cuando volvió a dormir en la calle. Los mendigos, sin embargo, eran el ejército de espías de la Rana y una tarde fue abordado por siete vagabundos que le dieron una paliza y lo llevaron ante Mike Colby. Roger trató de calmarlo, pero Colby siempre había tenido sus sospechas sobre él. Le dio una última oportunidad, y Frank no se hizo ilusiones, tal sería la forma de su ejecución. Le ordenó matar a Emilio Yakaveta él solo, o que nunca más volviera.

Había sido exiliado a prisión y luego exiliado a las calles, pero Frank Mercer había llegado más allá, había sido exiliado de las calles mismas. En los días sucesivos se dedicó a seguir a Emilio Yakaveta, tratando de trazar un plan y sabiendo que no tenía mucho tiempo. Una noche reconoció la guardia de Angela Sloane y se arriesgó a entrar al edificio en construcción. Iluminados por las potentes lámparas de construcción Angela y Yakaveta discutían caminando en círculos. Frank se acercó lo más posible, detrás de endeble tablas de madera y espío la conversación.

—¿Y sobreviviré el tiempo suficiente? Soy hombre marcado.

—Tienes los políticos en la bolsa que la Rana necesita. Sabemos que les has convencido de no aceptar las demandas de la Rana. Prolongarías tu existencia, y parte de tu negocio, si les convencieras a aceptarlas. Ya afirmaron construir los refugios, pero eso no es suficiente.

—¿Amenazas de muerte? Eso es todo lo que prometes...

—Y armas. Muchas armas.— Yakaveta, un hombre maduro y de aspecto viejo, levantó la ceja.

—¿Para qué Vallenquist y yo nos matemos entre los dos?

—Armas y úsalas como quieras. Puedes unirme a nosotros, ser integrado a la liga de las ranas... O puedes seguir como has estado operando desde principios de siglo. Pero el mundo cambió. Piénsalo Emilio, pero no tardes mucho —Frank trató de alejarse antes que Angela se fuera, pero alguien le tapó la boca y le cargó fuera como si no pesase nada. Fue lanzado a un taxi y Angela le siguió. Una rana en el asiento del copiloto le mostró un revólver y una sonrisa.

—Ya te había visto en la fábrica, luego con Roman... —mientras el taxi aceleraba Angela alejó el arma del rana, sabía que no tenía nada que temer—. ¿De qué se trata?

—¿Cómo está el viejo Maitland? Imagino que sigue croando.

—Sí, eso hacen las ranas —dijo Angela con una sonrisa—. ¿Quién eres?

—El nombre no interesa. Soy detective privado, Vallenquist me contrató para hacer un trato con ustedes —Angela le miró con el cuello torcido, como si le hablara en chino. Frank temió lo peor, que ya estuviera un detective privado en las mismas, pero Angela no quería matarlo.

—Paren aquí, el detective se baja. Estaremos en contacto, señor cómo se llame.

Frank recordó sus viejos tiempos estudiando actuación, los ensayos le ponían muy nervioso pero había algo sobre estar en el escenario que le empujaba a cumplir su rol hasta el final. Aprovechando su nueva cubierta, y formulando un plan incompleto, buscó a Vallenquist por la ciudad hasta ubicarle en el club de golf, aún bajo reparaciones tras el ataque de la Rana. Randall se hacía pasar por un ciudadano decente, por lo que Mercer no tuvo problema en hacerse pasar por un detective privado. Le abordó en el campo, entre sus guardaespaldas. Vallenquist fumaba su cigarro con largo filtro, mientras medía la distancia al verde y seleccionaba un palo.

—¿Vas a hablar u observar? Me ponen nerviosos los curiosos —era obvio que no le había reconocido de su intento de homicidio, el hecho que aún tenía pulso era evidencia suficiente.

—Emilio Yakaveta se ha hecho de un extenso arsenal últimamente. Las ranas quieren que mi empleador y usted se maten hasta hacerles el trabajo más fácil a ellos.

—Emilio... Nunca fue estúpido.

—Quiere que hagan frente común, el verdadero enemigo es la Rana.

—¿La Rana? —Frank pensó que le iba a golpear con el palo, pero sólo lo empujó levemente del hombro—. No menciones ese nombre en mi presencia. Dile a tu empleador que estamos en la misma página. Ya habrá tiempo después para competir entre nosotros.

La trampa estaba casi lista, pero aún necesitaba del Rana mayor. Se presentó en la oficina de Richard Maitland con la excusa de ser un detective privado trabajando para Emilio Yakaveta y tras una breve entrevista con media docena de ayudantes esperó pacientemente frente a las gruesas puertas de su oficina. Las puertas se abrieron por arte de magia y se paró frente a su escritorio. Maitland, un hombre anciano y cansado, le veía aburridamente mientras partía nueces.

—Yakoveta y Vallenquist planean unir sus fuerzas. El concilio sería la mejor manera para grabarles en el acto y reportarlo a la policía y a la prensa.

—¿Y qué hay para ti? —preguntó Filo Brooks en las sombras. Se asustó al escuchar su voz, pero lo fingió sonriente.

—Ya no quiero ser un hombre buscado, y otro detalle, quiero una audiencia con la Rana.

—¿Y tú puedes poner a esos dos hombres en el mismo lugar?

—Sí —Filo lo pensó un segundo y lo llevó fuera de la oficina con una sonrisa.

—Pues manos a la obra.

Le llevó ante Colby y mostró su grado con un saludo tan complejo que ni siquiera Colby estaba seguro de reconocer. Filo le ordenó que siguiera el plan de Frank, para el cual necesitaría cierta protección, aunque muy holgada para poder jugar a las dos bandas. Colby le escogió a Roger Bolton y Frank insistió en Stuart Braun. Frank fue testigo de la amplia red de pordioseros que hacían de águilas, observando las calles diligentemente. Mediante ellos ubicaron a Emilio Yakaveta en la abandonada estación de camiones. Los rumores, conocimiento prácticamente en tiempo real, indicaban que allí se llevaba a cabo la compra de armas. Frank sabía que Angela Sloane las estaba entregando, pero no se lo dijo a Bolton, ni a Braun. El lugar estaba fuertemente vigilado y Frank se presentó como detective privado de Vallenquist pidiendo audiencia y dispuesto a esperar. Un camión

repartidor llegó a la estación y a Frank le pareció ver a Roman Nash, el misterioso anticuario relojero, manejando el vehículo. Esperaron que terminara la transacción para que uno de los matones avisara a su jefe y le permitiera a Frank, y únicamente a Frank, entrar al abandonado edificio. Roman había cumplido, tenían suficientes cajas militares con suficientes armas largas y cortas como para conquistar un país entero y Yakaveta no podía estar más feliz.

—Así que Randall envía a un mensajero. ¿Cómo es esa expresión, «no mates al mensajero»? —le apuntó con un rifle automático y sonrió divertido. Frank no estaba divertido.

—Vallenquist es de la opinión que las ranas son más fáciles de exterminar cuando se trabaja en conjunto, en vez de dejar que manipulen a un lado contra otro.

—Palabras vagas... y vanas, teniendo en cuenta que él disparó primero.

—Un concilio, sentarse en la misma mesa con un mapa y un lápiz. Eso es todo, nada más.

—No es mala idea... Tendría que ser en terreno neutral. No quiero que él escoja el lugar.

—Soy un detective privado, no su criado, y creo que lo mejor que pueden hacer es un lugar muy público, bien protegido por la policía. Algo así como el parque Welles, estando en Marvin Gardens está bien vigilado por la policía y hay mucha gente.

—Sí... Me gusta, me gusta mucho. Hay una cafetería pequeña e íntima. Estoy dispuesto.

Roger y Stuart ya se habían preocupado e incluso intentado entrar a empujones contra matones fuertemente armados. Las ranas les habían puesto en una zona de guerra y parecía que los mafiosos no salían a ninguna parte sin un comando de asesinos. Braun se aseguró de tener a muchos ranas en el lugar, y a muchos micrófonos, incluso en masetas o en fuentes si era necesario. Bolton fue de la opinión que era suicida tratar de corromper a los policías, entre Vallenquist y Yakaveta no había un solo uniformado en Marvin Gardens que no trabajara para una fuerza hostil a las ranas. Frank convenció a Vallenquist por teléfono, dándole a entender que si no le gustaba la idea de sentarse y negociar, entonces siempre podía ponerle una bala en la cabeza con alguno de sus policías de confianza. Mediante Frank, Vallenquist y Yakaveta decidieron llevar a cabo la reunión al día siguiente al medio día.

—Usted y sus amigos —dijo Randall en la última conversación telefónica—, deben estar presentes. Y sí, sé que no está trabajando solo, tiene a dos sujetos como músculo. ¿Cree que no tengo a mis propios espías? Que por cierto, nunca me dijo su precio.

—Le cobro lo mismo que a Yakaveta, diez por el encuentro, otros dos de propina si todo sale bien.

—Me parece decente. Mañana en mi oficina de Brokner, dos horas antes. Si no es una trampa, entonces recibirá su propina y tendrá ocasión de disfrutar su dinero.

Frank, Roger y Stuart se presentaron a las diez en su oficina de bienes raíces en Brokner. No era más que una casa de tres pisos y dos oficinas, pero lavaba suficiente dinero para tener empleados que vestían a la última moda y no hacían gran cosa. Olió la colonia de Randall Vallenquist antes de verle aparecer bajando las escaleras. No tenía

protección, pero según le alertó Braun en un susurro, los supuestos vendedores de bienes raíces estaban todos armados, incluso las mujeres. Randall abrazó a Frank y lo besó en ambas mejillas, radiante por completo.

—Gracias — le susurró al oído, aún abrazados—. Sé que son ranas y es una trampa, pero no he tenido oportunidad de saber dónde estará Emilio hasta que tú apareciste. Vamos a matarlo y entregarte a la policía, que serán mis testigos estrellas.

—No vivirás lo suficiente para disfrutar el funeral —le gruñó Frank, pero fue inútil. Un par de gorilas les sometieron a golpes y les levantaron del suelo apuntándoles con armas largas—. Nadie cruza a la Rana Randall, tú hora se acerca.

—Sí, sí... Llévenselos en el camión. Yo iré a jugar golf.

Las ranas intercambiaron miradas de miedo mientras eran llevados en fila hasta un camión repartidor de paquetes donde les subieron a golpes. El conductor y el acompañante les miraron con frialdad, ambos estaban armados y tras escuchar el seguro externo a la puerta trasera supieron que no necesitaban apuntarles a ellos, ya estaban condenados. El viaje no era largo y a Frank se le agotaban las ideas. Les habían quitado sus armas y la cabina trasera no era más que un cuadrado de aluminio. Invocando sus conocimientos en ingeniería, del curso por correspondencia que tomó en prisión, ideó un plan arriesgado pero que era mejor que esperar pacientemente al final. Aprovechando los descuidos de su vigilante se fue agazapando contra la pared derecha en cuclillas, y señalándole a sus compañeros que hicieran lo mismo. El vigilante les miró con extrañeza, pero le parecieron tan patéticos que dejó que se formaran solitos. Mirando por encima del conductor pudo ver la glorieta al final de la cuadra. La camioneta dio vuelta a velocidad media, el vehículo ligeramente barriéndose de lado. Por ósmosis las ranas brincaron al mismo tiempo con todas sus fuerzas y se estrellaron contra la pared contraria. La camioneta se levantó en dos llantas y el vehículo completo colapsó aparatosamente en la calle. Un auto que venía detrás de ellos no pudo frenar a tiempo y chocó abollando la entrada y sacudiendo a los pasajeros. Braun se lanzó por encima de Frank hasta someter al vigilante y Mercer se lanzó contra el conductor. Les quitaron las armas y antes que pudieran dispararle al seguro de la puerta corrediza, Roger la abrió revelando la defensa aboyada del otro vehículo. Salieron como ranas, saltando al capó del auto y luego a la calle, para escapar a toda prisa.

—Frank, mejor vete por tu lado, Colby no estará feliz —le advirtió Braun.

—Parece que nada me sale bien —corrió hasta una calle, huyendo de la policía. Al sonar el silbato las patrullas cercanas encendieron sus sirenas, y justo cuando pensaba que quedaría atrapado, un lujoso Coupé abrió su puerta. Roman le invitaba a entrar.

—Que sorpresa encontrarle de nuevo.

—Qué sorpresa que siguiera a ese camión.

—Emilio debe estar muerto ahora, parece que Randall se ha anotado otra victoria. ¿Quién sabe? Quizás aposté al caballo equivocado.

—¿Quién es usted realmente?

—Podría hacerte la misma pregunta, pero mejor no nos ponemos filosóficos —Roman aceleró en una callejuela y tras un par de vueltas peligrosas eludió a las patrullas—. Yo, mi estimado señor Mercer, soy un relojero. Compró, vendo y rento tiempo. Me precio de

tener un buen ojo para los negocios, y apuesto que a usted se le está acabando el tiempo. Yo puedo remediarlo.

—Vallenquist y la mafia Yakaveta me quieren matar, las ranas probablemente también... ¿Cómo puede arreglar eso?

—No, ese es su problema. El problema inmediato. Yo hablo de tiempo. Si lo piensa bien, el tiempo es lo único que importa. Pasó algunos años en prisión, ¿qué habría dicho si alguien le ofrecía reducir su sentencia por dos años?

—Hubiera preguntado a quién tenía que matar —dijo Frank, con el semblante grave. Roman asintió complacido y manejó descuidadamente mientras se encendía un cigarro, le ofrecía otro y gesticulaba con las manos.

—Un paciente de cáncer me daría su casa con tal de vivir otra semana. Otros no pueden pagar de inmediato, pero pagan de otra forma. Todos pagan Frank, porque todos quieren lo que los relojeros tenemos. Todos quieren tiempo.

—A estas alturas estoy dispuesto a creer lo que sea. ¿Cuánto cuesta regresar un par de días al pasado? —Roman se echó a reír y le señaló.

—Un hombre que va directo al grano. Pero desafortunadamente el viaje en el tiempo es muy complicado. Existen demasiadas variables, incluso para unos cuantos segundos. He visto viajes al pasado que no terminan del todo bien. El sujeto queda... incompleto. Loco, amnésico, vegetativo. Además, no tienes nada que valga la pena el riesgo —fumó su cigarro con calma y volvió a sonreír—. No, es más fácil rentarte tiempo.

—¿Rentar tiempo?, ¿me dará un cupón que diga “válido por dos horas más”?

—Hay cierta cantidad de tiempo en cada uno. Imagínalo como un reloj que se le da cuerda, a algunos les dura cien años a otros unos días. Por supuesto que el tiempo se puede acortar, eso del destino es más bien plástico, pero no puede durar más que ese tiempo preestablecido. Nosotros funcionamos como un banco, recibimos tiempo y lo rentamos o vendemos para conseguir más tiempo. No creerías la cantidad de gente que está dispuesta a perder años enteros de su vida, con tal de ganarse la lotería o ganarle a su ex—esposa en el juicio del divorcio. Tú mismo me habrías dado una década, con tal de salvarte de prisión.

—¿Cuánto tiempo le das a Yakaveta o a Vallenquist o a la Rana?

—¿A la Rana? Nada. Al menos nada aún. En cuanto a esos dos... Como dije, soy un banco. Yo presto y después no me importa qué hagan con lo prestado, siempre que salga ganando.

—No tomas posición... Interesante. ¿Por eso haces tratos con Angela?

—¿Ahora es “Angela”? —Roman rió divertido y Frank no pudo evitar sonrojarse—. Tampoco le vendo tiempo, si eso preocupa a tu romántico corazón.

—Me alegra escucharlo. No sé por qué, creo que me querrá muerto una vez que Vallenquist se haya hecho del monopolio absoluto del crimen organizado gracias a mi torpeza de creerme más listo que él —Frank meditó el asunto seriamente. Luego de ver la Trompeta del ángel su concepto de lo posible había cambiado mucho—. No gracias. Prefiero jugármela con el tiempo que tengo. Prefiero que sea una sorpresa. Además, al paso que voy dudo llegar a viejo para averiguar qué tanta cuerda le dieron a mi reloj.

—Muy bien... Pero no olvides Frank, todos queremos vivir para siempre —Roman le dejó en una esquina y se fue sonriente.

El verano azotaba con un sol inclemente y la ciudad se ponía cada vez más tensa por los constantes atentados de la Rana. Huyendo de sus congéneres, y escondiéndose en pequeños hoteles, tratando de ganarse unos dólares a toda costa se topó con algo de buena suerte. Maquillado y disfrazado espiaba al rascacielos Maitland, de sol a sol y tratando de convencerse que no lo hacía por ver a Angela. Puntualmente cada día, a las seis en punto, Filo Brooks salía a la calle y era recogido por una limosina. El ritual se le hizo banal, hasta que un día se dio cuenta que el chofer de la limosina regresaba a los quince minutos en otro auto. Una tarde decidió esperar a la limosina para seguirla, y se sorprendió al encontrar que llevaba a Filo unas cuantas cuadras hasta una calle lateral donde se quitaba el saco y la corbata de moño y esperaba al autobús como cualquier otro. Temeroso de seguirle a pie se decidió a seguir al camión, y constató que Filo se bajaba en la misma parada cada vez. Filo se veía con diferentes ranas en una habitación privada en un supermercado. Los diálogos podían ser breves o muy largos, pero la norma era una rana cada día. Supuso que serían algo así como tenientes, o capitanes de régimen y se le ocurrió una idea. Utilizó uno de los micrófonos de su intento de espionaje anterior y plantó uno debajo de uno de los asientos. Recogía el micrófono media hora después y repetía el ritual cada día, escuchando durante las noches unas conversaciones que iban de aburridas a comprometedoras. Una noche escuchó el audio y se quedó helado, en parte feliz de haber dado con la mina de oro, pero a la vez aterrorizado.

—Vaya calor que estamos pasando. Las calles más que las oficinas, por cierto.

—Sí, muy gracioso. ¿Alguna novedad con los relojeros?

—Ninguna.

—Qué bueno. La Trompeta del ángel sólo tiene una bala más. El dueño siguiente nos haría el honor de gastar la última y... sólo Dios sabe qué más.

—Quizás sea otra pifia, como la de Mercer.

—No menciones ese nombre, puedo apostar mi mano derecha que trabaja para Vallenquist. Ahora mismo está desaparecido, o al menos eso cree.

—¿Por qué sigue vivo?

—Hace dos noches estaba en el Armitage, es un hotel al sur de Brokner. Trataron de matarlo, pero fue imposible. Tiene protección.

—¿Relojeros?

—No, y eso es lo que me está volviendo loco. Protección interna.

—¿Y qué harás?

—¿Qué puedo hacer? Ya conoces al Rana, es de lo más misterioso. Nadie entiende sus planes, pero parecen funcionar... En la mayor parte. No están aceptando los puntos de su ultimátum con la premura que nuestro líder quisiera. Es hora para el "Walker Robinson". El Rana en persona ya robó la nómina en la planta química Walker y tendrán que mover esos químicos peligrosos en cualquier momento. Algunos se preocupan sobre lo que eso significa, ya sabes, quizás más de mil víctimas.

—Es duro, no hay duda. No todos están felices con eso de matar gente inocente.

—Rana está seguro que un último golpe, el definitivo, llevará a las ranas a la cumbre y sus demandas serán cumplidas. Él sabrá mejor.”

Frank la escuchó varias veces, y en cada ocasión se le contraía el corazón. Nadie perdonaría miles de víctimas por un ataque con químicos peligrosos. Toda la organización sería derrumbada, los vagabundos serían encerrados incluso si no eran parte de las ranas, el respetuoso miedo de los civiles sobre los vagabundos cambiaría radicalmente y las cosas estarían peor que nunca. Tenía que detener a la Rana, su tiempo se agotaba y no tenía ningún plan. Un golpe de mala suerte se cruzó en su camino, un auto se detuvo subiéndose a la acera y dos matones se bajaron para agarrarlo. Lo arrastraron hasta una caseta telefónica y marcaron por él, dándole el teléfono y apuntándole a la cabeza. No querían hablar, y aunque Frank tampoco, parecía que no tenía otra opción.

—¿Diga?

—Frank Mercer, ¿quién habla?

—¿Entonces te agarraron? Ya era hora, te hemos estado buscando. Al final no te necesitamos, ni a tus amigos, para hacer pasar por chivo expiatorio.

—¿Qué necesitas de mí?

—¿Quién dice que necesito algo?

—Seguimos hablando por teléfono, eso dice que algo quieres.

—Quiero lo que Emilio Yakaveta heredó a sus otros hijos. Quiero armas. Tú conoces al relojero y a las ranas, tú me dirás donde conseguirlas.

—No sé, no parece como buena idea para mí. Te doy armas, las usas contra mí... No, quiero algo.

—¿Y eso que sería?

—Quiero vivir. Entrego las cajas, pero yo desaparezco y no me buscas de nuevo.

—Suena bien. Pon a mis hombres al teléfono.

Vallenquist les ordenó a sus hombres que no lo mataran, pero fue muy vago en cuanto a la noción de una pieza y le dieron una golpiza. Le dejaron tirado en el suelo, tratando de recuperarse y no se fijó en los ojos que miraban desde todas partes. El espectáculo no pasaría desapercibido para los mendigos, y por tanto, para las ranas. Se levantó como pudo, apenas escuchando la motocicleta que aparecía a toda velocidad. Pudo ver al vagabundo que la usaba, larga y desaliñada barba, ropas viejas y sucias, y una enorme automática en la derecha. El miedo le paralizó, viéndole acercarse cada vez más. Un vagabundo salió de un callejón y se le tiró encima cuando empezaron los disparos. El vagabundo en motocicleta se desapareció, pero su anónimo salvador había recibido dos impactos en el costado y murió en sus brazos.

Frank huyó de la escena y la adrenalina le ayudó a encontrar una solución a al menos una parte de sus problemas. A través de su espionaje descubrió que Filo tenía tres buzones diferentes, y que se refería a ellos dependiendo de la persona. Escogió el más privado de todos, un buzón en una casa en una zona residencial aparentemente inocuo. Escribió, con una pluma fuente que había encontrado en la basura, pensando que así parecería más oficial, y detalló su plan para deshacerse de Randall Vallenquist de una vez y para siempre.

Llamó a Randall al día siguiente para decirle donde podía encontrar las cajas militares. Las ranas dejaron el armamento en una vieja casa abandonada. Supervisó la operación desde el balcón del piso superior, tan nervioso de los vagabundos que cargaban cajas como de los mafiosos que estaban prontos a llegar. Si alguno tenía ganas de matarlo no lo expresó, así que imaginó que Filo le perdonaba la vida por al menos un día. Sabía que el plan le gustaría, teniendo en cuenta que le dejaba a Filo la parte verdaderamente importante de modo que se asegurara que las cosas podían funcionar. Su prospecto del Rana no se apareció, como estaba en las instrucciones, pero imaginó que no estaría muy lejos.

—No pensamos que llegarías —los matones de Vallenquist entraron a la casa a medio derrumbar, después de varias vueltas en coche para detectar trampas. Eran al menos treinta y el lugar entero estaba bien rodeado. En la polvosa sala se encontraban las veinte cajas de madera con rifles y pistolas automáticas—. ¿No quieres bajar?

—No, este lugar tiene muchos túneles para escapar, estoy bien desde aquí.

—Más te valen que sea real —los matones abrieron las cajas, inspeccionaron las armas y usaron varias de ellas. Una vez convencidos empezaron a cargarlas a sus camionetas—. Randall dice que desaparezcas. Si escucha tu nombre una vez más, serás hombre muerto.

Frank luchó contra su instinto de seguir a los matones. Sabía que la seguridad nunca había estado más alerta que ahora para Randall Vallenquist, pero sabía cómo pensaba el mafioso de modo que pudo prevenir el destino de la caravana y llegar primero. Vigilando desde un auto robado a través de una angosta y larga callejuela, pudo ver a Randall Vallenquist celebrando la llegada de las camionetas a su empaquetadora de carnes. Esperó nervioso, fumando un cigarro tras otro. Diez minutos después una explosión masiva pulverizó la empaquetadora y redujo el edificio entero a cenizas. Frank sonrió complacido, Filo había cumplido con las instrucciones. Los mafiosos se preocupaban por las armas y municiones, pensando que de haber una trampa estaría en ellas. No esperaban que cada caja tuviera un fondo falso cargado de explosivo plástico.

Las ranas que habían participado en el plan fueron corriendo la voz, y de pronto se encontró con mendigos que le saludaban respetuosamente. Se había redimido ante muchos ranas, aunque no necesariamente frente a Mike Colby y su grupo. Aún así, era un alivio saber que, de todas las personas que le querían muerto, el Rana no era uno de ellos. Aprovechando su reputación, de haber conseguido lo que las ranas habían intentado hacer por más de un mes, matar a los mafiosos más grandes de la ciudad, decidió que era momento de visitar a Filo Brooks. El plan maestro Walker-Robinson no podía esperar mucho más, sobre todo ahora que los dos principales enemigos de la Rana estaban muertos.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le abordó antes que entrara a su limosina y Filo asintió con la cabeza y le señaló que entrara.

—Hiciste un buen trabajo.

—Gracias. De hecho quería aprovechar esa pequeña victoria para hablarte de algo mucho más grave. Quiero saber del plan «Walker-Robinson».

—No sé de qué me hablas. El Rana no me dice todo lo que hace —Filo le miró detenidamente y sonrió—. No sé cómo lo escuchaste, pero supongo que tienes tus maneras. Y me encantaría saber sobre ellas.

—A mí también, pero una cosa a la vez. ¿Cómo detenemos Walker-Robinson?

—Absurdo. El Rana en persona me ha hablado de ese plan. Cualquier intromisión será un acto de suma traición. Como imagino que ya sabes a estas alturas, Edgar es demasiado importante. Si llegas a susurrarle algo al oído, lo que sea, tus breves cinco minutos de fama no te servirán de nada.

—El FBI... ¡El departamento de Estado no perdonará esto! ¿Es que no lo ves? De nada habrá servido tanto esfuerzo si lleva a cabo ese plan. Seremos parias de nuevo, perseguidos con o sin razón.

—Chofer, el señor Mercer se baja aquí.

Filo no quería ni escucharlo, pero Frank no dejaba de pensar en ello. Se figuró que ese Edgar sería un Edgar Robinson en la compañía Walker, de modo que se dedicó a investigar la compañía de productos químicos. Sin perder tiempo fue directo para allá y fingió ser un obrero más para empezar a hacer preguntas. Llegó cuando el silbato sonaba, de modo que pudo fingir ser otro obrero más sin problemas. Aprovechando el tema de conversación generalizado, la fiesta anual para obreros de la fábrica, fue preguntando por Edgar Robinson sin obtener respuesta. Lo único que pudo sacar en claro era que había rumores de los patrones pagando un seguro contra accidentes, parte de cuyo pago involucraba mejor plan médico para los trabajadores. El teléfono del patio principal sonó y el obrero que lo recibió se quedó estupefacto, escuchando la descripción exacta de Frank Mercer. El obrero le chifló y le hizo señas para que contestara. Frank no estaba tan sorprendido como él, se imaginaba que estaba siendo vigilado a cada momento desde que entró a la planta química.

—¿Diga?

—No te diremos quién es Edgar Robinson.— Dijo la voz grave y potente.— Deja de hacer preguntas. Aún si el plan no te convence aún, te convencerá después.

—Por favor... Sólo quiero detener que mueran miles de personas. ¿No se puede hacer otra cosa?

—Mataste a Vallenquist y sus tenientes, y por eso sigues vivo, pero su grupo tiene mucha droga que mover y la batalla no está terminada del todo, así que no sobrepases tus límites.

Frank colgó y se resignó. No pensaba detenerse, pero tenía que fingir para los espías. A muchos kilómetros de distancia le pidió un favor a Rachel Brady por teléfono. Ella le amenazó que Colby aún lo quería ver en el hospital, o incluso muerto. Frank tomó aire antes de pedir el favor, lo cual hizo sospechar a Rachel. Le pidió que mandara chicas a esa fiesta en la fábrica para descubrir quién era ese Edgar Robinson. Rachel lo pensó lentamente, sabía que se metería en problemas, pero aún le agradecía por haberla defendido de los proxenetas. La noche aún no terminaba para él, la fiesta sería esa misma noche y el atentado podía ser tan pronto como a la mañana siguiente. Tenía la esperanza de encontrar la tienda de anticuario de Roman Nash abierta, y tuvo razón.

—Señor Mercer, qué sorpresa. ¿Algo de tiempo, quizás?

—No tan rápido —Frank se apoyó contra la barra y Roman se terminó el café, divertido como niño chiquito—. Te traigo un trato, eso sí.

—¿De qué se trata?

—Sé que quieres la pistola, la robaré para ti.

—¿Y cómo lograrías eso?

—Porque yo sé quién es el Rana —Roman casi se ríe, pero se contuvo—. A cambio quiero que detengas un atentado que involucra químicos tóxicos y miles de muertos.

—¿Me darás la Trompeta del Ángel? —Roman trató de parecer serio, pero por la mirada Frank sabía que había picado. Estaba tan emocionado como un niño en Navidad—. Hecho.

—Pero dime una cosa, ¿qué pasa cuando la pistola pase de mano y se quede sin balas?

—La Trompeta llamará a su dueño. Ahora dime tú, ¿qué necesitas para que nuestros sueños se cumplan?

—Quiero saber dónde está la guarida del Rana.

—Información valiosa, valiosísima, pero por la Trompeta del ángel lo vale. Hay unas tuberías abandonadas cerca de la estación Morton del metro, cien metros adentro hay un acceso. Se trata del viejo acueducto inferior, es un lugar enorme pero si siempre sigues la tubería del techo llegarás al centro de operaciones. Buena suerte, la Rana es muy quisquillosa cuando se trata de visitas.

Esperó unas horas para llamar a Rachel. La proxeneta le fue dando largas, sus chicas aún no se comunicaban. Llegaron las horas antes del amanecer y Rachel finalmente tuvo una respuesta. Eedgar Robinson era el chofer que mudaría los químicos en un enorme camión de doble remolque, y lo haría a primera hora del día. Ubicó a Stuart Braun en su bar de preferencia y le imploró, prácticamente de rodillas para que le ayudara. Frank no podía estar en dos lugares a la vez, y temía que sería demasiado tiempo para cuando viera al Rana cara a cara. Braun sabía que sería un paria si aceptaba a ayudarlo, pero tampoco estaba muy entusiasmado con la idea de una nube de tóxicos químicos matando a cientos de personas inocentes. Pagó por sus tragos y prácticamente empujó fuera a Braun. Le escribió a Filo Brooks una vez más con su lujosa pluma fuente, con la esperanza que leería el mensaje antes que fuera demasiado tarde.

Siguiendo las instrucciones de Roman Nash se adentró en las cloacas y, siguiendo las viejas tuberías en el techo, se acercó al centro nervioso del imperio anfibio. Las instrucciones no resultaron tan sencillas como esperaba, y se encontró perdido dando de vueltas en túneles que cambiaban de tamaño y llevaban a callejones sin salida. Alumbrado por los esporádicos focos de baja potencia revisó su reloj, ya era muy tarde para regresar a la superficie y detener el atentado en persona, tenía que confiar en Stuart y en su sentido común. Se imaginaba que él llamaría a la policía, pero el esfuerzo habría sido en vano si no encaraba a la Rana. Lo mataría y lo intentaría de nuevo, quizás incluso con mayor ferocidad. Eventualmente encontró el camino y un par de ranas que hacían de guardias le dejaron pasar a los escalones que daban hacia el centro de comando. La Rana gobernaba desde un trono hecho de basura, con sus hombres de confianza viviendo en tiendas de campaña y con una central de teléfonos. La Rana le miró desde su trono,

impasible y anónimo detrás de su máscara completa y esas gafas que le hacían parecer un batracio.

—Ahí está el traidor —gritó Mike Colby. Filo Brooks lo había llevado, como decían sus instrucciones—. Ese es, Frank Mercer.

—Mike Colby es el verdadero traidor. Usó a Roger Bolton para mandar a las chicas de Brady, la proxeneta de nuestra zona, a las fiestas de Vallenquist para hacer un arreglo. En el robo de la mercancía a Yakaveta Bolton era quien manejaba el camión de basura, él cambió de camión de basura y entregó paquetes falsos. No lo pensé hasta lo que me dijeron por teléfono que Vallenquist tenía mucho producto aún.

—Eso es absurdo.

—Trataste de matarme. Las instrucciones llegan mecanografiadas al buzón, cualquiera podría incluir una falsa. Como la operación donde se protegen los intereses de Vallenquist y mi compañero me mata. Las demás partes de la organización no me querían muerto, y tuvieron la oportunidad en ese robo a la joyería —Colby trató de atacarlo, pero Frank le detuvo de un golpe a la quijada y lo dejó tirado—. Bolton se puso muy nervioso cuando notó que yo recordaba que enviabas a las chicas a hablar con la gente de Vallenquist. Él impidió que matara a Vallenquist la primera vez, no hubo más matones en el segundo piso, tenía que detenerme de alguna manera.

—No tienes evidencia de nada —gruñó Colby en el suelo mientras que los demás se dedicaban a mirarles en silencio.

—Sí tengo. Me mandaste a matar a Yakaveta por mí mismo, pero Angelan Sloane ya tenía planes para él, darle armas para que se mataran entre ellos. Tú le dijiste a Vallenquist de la trampa y casi nos matas. No se enteró de la nada.

—Suficiente, por ahora ambos están bajo investigación —Filo Brooks trató de detenerle, pero Angela le detuvo. La mirada lo decía todo y Filo entendió—. Tú lo has estado protegiendo. ¿Por qué?

—Detengan el atentado, lo ordeno —dijo Frank. Nadie movió ni un músculo. Todos miraban al Rana de reojo, pero él no se movía para nada.

—¿Quién te crees que eres para ordenar algo así? —le espetó Filo.

—Porque yo soy el Rana.

—Llévense a Colby —dijo Angela—. Sáquenle la información que sea pertinente, por los medios que sean pertinentes.

—¿Qué haces Angela? —preguntó Filo, sin entender nada—. Mercer seguramente ya mandó a alguien a detener el plan final y tú... tú sigues como si nada. Es obvio que no es la Rana.

—Deja que hable —dijo la Rana con su voz de sintetizador detrás de la máscara.

—Los guardias en la estación donde encontré la Trompeta del ángel se escondieron de mí, me reconocieron porque deben ser mis hombres de confianza. Cuando le dije a Angela que era un detective privado me miró como si fuera un marciano. Ella me protegió desde entonces, porque Angela me ha visto sin la máscara. Tú Filo, nunca has visto mi cara, sólo mi letra porque obedeciste a mis instrucciones cuando escribí con mi puño y letra.

—Ajá... Pues todo eso es fascinante, pero no eres el Rana.

—Es cierto —dijo el Rana, mientras se quitaba la máscara—. Yo soy Frank Mercer.

—No puede ser —todos en el lugar les miraron sin saber qué decir. Eran idénticos, cada poro y cada detalle era exactamente el mismo. Ambos tenían que ser la misma persona—. ¿Cómo es posible?

—Roman —dijo Frank en su trono—. Ahora lo entiendo todo. Detengan el atentado. No me cuestionen, es la única manera.

—Frank siempre trabaja en la superficie como un agente más, para vigilar a las tropas — dijo Angela—. Pero cuando no me reconociste para nada... Imaginé que algo andaba mal.

—Sí, yo sé qué pasó o que hubiera pasado —dijo la Rana—. Fue la culpa, ¿no es cierto?

—Imaginó que así fue —Roman apareció en las escaleras con tres compañeros relojeros—. Tener a otro Frank Mercer fue como un regalo del cielo, mi garantía que yo tendría la Trompeta del Ángel sin importar qué pase.

—Fue el atentado —dijo Frank, caminando en reversa hacia el trono—. Eso debió volverme loco y en un arrebato de desesperación, sentado aquí bajo los cadáveres de miles de personas y perseguido por el ejército, con todo lo que hemos logrado hecho cenizas... entonces te pedí que me regresaras en el tiempo, a cambio de la Trompeta del ángel. Tú mismo lo dijiste, la gente no regresa completa.

—El atentado ha sido detenido, todos los misterios resueltos... Ahora por favor, lo que es mío.

—No hiciste nada Roman, más que sacar provecho de todo —le espetó Angela. Uno de los relojeros le apuntó a ella. Ambos Frank Mercer la miraron horrorizados y luego a los relojeros. La Rana les indicó a sus hombres que hicieran caso a los matones y dejaran las armas.

—Los relojeros nunca perdemos —Roman le apuntó a la Rana y cuando él desenfundó la plateada pistola le disparó en la cabeza. Frank saltó hacia el trono, tratando de salvarle, pero era demasiado tarde. Los guardias del trono recuperaron sus armas y dispararon de regreso. Filo y Angela se protegieron detrás de una pequeña montaña de cascajo y dispararon de regreso. Mataron a los dos matones, pero Roman logró esconderse a tiempo detrás de una enorme tubería abandonada—. Vaya, vaya, vaya... Qué entusiasmo. ¿Acaso no tienen a otro Frank Mercer?

—Estás loco si crees que saldrás de nuestros dominios con vida.

—Matas a un relojero y otros dos aparecen. Deberían saberlo para ahora. ¿Para qué crees que queremos la pistola? No es para un pisapapeles. No señor, tiene que cambiar de manos. Tiene que llamar a su dueño.

—¿Su dueño? —preguntó Frank, sosteniendo el cuerpo de su doble en sus manos. Lo colocó en el suelo calmadamente y le mostró a Roman la pistola de plata en el suelo. Frank sonrió y la recogió—. Yo soy su dueño.

—No... No puede ser —Roman trató de disparar, pero Frank disparó primero. La bala mágica atravesó el pesado acero de la enorme tubería y atravesó el cuerpo del relojero matándole al instante. Angela corrió hasta Frank para besarlo y abrazarlo.

—Te debo una disculpa —dijo Filo, ofreciéndole la mano—. Ya sabes, por eso de quererte muerto.

—Hacías tu trabajo, ¿qué más se puede pedir?

—¿Y ahora?

—Ahora construimos.

Frank recogió la máscara a los pies del trono y se la puso. Se sentó en el trono, con la Trompeta del ángel en sus piernas. Ordenó un funeral sobrio para su doble y prometió que no habría más masacres masivas. Undercity conoció ese verano la furia de la Rana, y desde entonces ella reina el submundo desde las entrañas de la ciudad. Rey de los pobres y vengador de los desposeídos con la Trompeta del ángel como su espada flamígera.

Sui Caedere
De la muerte en vida
Por Roberto Julio Alamo

El Suicidio

El único acto valiente de los cobardes, el único acto cobarde de los valientes

Se iba a despojar de la vida, se iba a cortar las venas. La afilada navaja sesgaría su sufrimiento en el momento en el que su muñeca se abriera, y entonces manaría la sangre, sería derramada. Sus ojos desorbitados no apartaban la mirada del espejo, no parpadeaban ni un instante, e hileras de sudor descendían por su frente. Aquel era el final, ya no tenía motivos para vivir. Su amada y sus hermanos habían sido asesinados. ¡Cuán desgraciado era! Había intentado rescatar a su prometida, pero los Habsburgo aplastaron a los soldados que le acompañaban dejándole malherido. ¡Y luego la mataron! Lo peor era que le habían dejado vivir, no repararon en que aún respiraba. Después se recuperó. ¿Por qué la parca no le había llevado? Ahora alcanzaría el descanso eterno, se reuniría con ella si es que, en algún lugar, los muertos siguen viviendo. Jamás había creído en la vida después de la muerte, jamás había rendido pleitesía a ningún dios, pero ahora aquella idea tomaba forma, adquiriría un inesperado sentido. Pues ¿Acaso no estaba él muerto en vida? ¿Acaso no era aquel destino del vivo peor que el del muerto, que al menos hallaba descanso?

En el momento en el que iba a poner fin al sufrimiento, la puerta de la habitación se abrió de par en par. Contempló su apertura desde el reflejo del espejo, pero nadie se hallaba tras el umbral de la misma, o al menos, no alcanzaba a verlo. Todas las ventanas estaban cerradas, por lo que el viento no podía haber sido el causante. ¿Qué estaba ocurriendo? Por primera vez en tan largas horas, el joven apartó su mirada de la brillante cuchilla y se dio la vuelta. Una oscura silueta se hallaba allí, tras la silla, observándole ofuscada entre las sombras. Volvió a mirar al espejo, pero ¡Nada se reflejaba en él! ¿Sería aquella la muerte, que en respuesta a sus plegarias venía para llevarle al tártaro?

Una respiración cavernosa se hizo audible en aquel momento, y la sombra avanzó hacia él. Debido al temor que se apoderaba de él, la navaja resbaló entre sus dedos cayendo al suelo. Entonces, sobreponiéndose a la tensión, tragando saliva y carraspeando, se decidió a hablar. Su voz temblorosa surgió de pronto acallando la respiración.

—¿Quién anda ahí? —preguntó temeroso. No hubo respuesta, y la extraña respiración entrecortada volvió a surgir de Aquel que aguardaba tras la puerta. La misteriosa silueta, ente de oscuridad perpetua ofuscado entre tinieblas, se aproximó lentamente, lentamente, y a cada nuevo paso la respiración se veía acrecentada. ¿Por qué demonios el joven no tenía las suficientes agallas para agarrar la cuchilla ahora? El terror se había apoderado de él haciéndole palidecer, y ni un solo gesto, ni un solo movimiento surgían de su ser.

Como una estatua continuó sentado tratando de ver quién era o qué era Aquello. No lo logró, puesto que el recién llegado no se dejaba alumbrar por la tenue luz del quinqué. Sobre el secreter se hallaba la correspondencia del joven, y junto a esta brillaba un abrecartas. Tan solo un movimiento, uno solo, y desaparecería como había planeado, huyendo además de éste nuevo horror. ¿Acaso la desgracia se había cebado con él? ¿Era merecedor de tan extraño sino?

Observó temeroso como una mano se le aproximaba, y en un momento en el que la adrenalina pudo a la parálisis, el joven agarró la cuchilla del suelo alfombrado y la blandió hiriendo la extremidad de aquella sombra. Un gemido resonó en la habitación, y la silueta se arredró, agazapándose en el suelo. ¡Era el momento! ¡El momento de escapar! Y con gesto de gloria, como si hubiera vencido en una batalla, el suicida practicó la eutanasia y la afilada hoja traspasó las venas. Ya estaba hecho, solo esperaba que tan extraño ente no se revolviera contra él mientras la exhalaba la vida. Para asegurarse de que el intruso no se movía, sostuvo el quinqué para alumbrar hacia las sombras.

¡Qué terrible horror! ¡Qué maldición! ¡La locura se apoderó del muchacho! Pues aquella sombra, aquella silueta, correspondía a su querida amada, que gravemente herida había sobrevivido para llegar junto a él. ¡Y él no la había prestado su auxilio cuando tuvo oportunidad! La sangre bañaba la alfombra, y las fuerzas en el joven eran escasas. Trató de agarrar un pañuelo y atárselo para parar la hemorragia, pero no lo logró. Ahora los dos estaban condenados a morir ¡Condenados! ¡Maldita demencia la que se hizo con él! ¡Y maldita Desgracia, que le hizo desgraciado!

El culpable: El Miedo, el Terrible Miedo...

El Mito de Kuferai

Por David Villanueva

No hay datos confirmados acerca del verdadero origen del fenómeno Kuferai, más allá de los rumores y las sombras del imaginario interestelar.

Es posible que todo comenzara de alguna forma anodina, que ha quedado perdida para la historia. Sin embargo, la mente terrestre adora las historias y los cuentos, y poco a poco ha ido construyendo la narración mítica de su propia pugna por la supervivencia, casi como un caparazón queratinoso, para cubrir sus debilidades y fracasos...

En aquella época el imperio Tarthu había expandido sus fronteras hasta ocupar numerosos planetas del decadente Orden Terrestre. Los humanos capturados eran tratados como ciudadanos de segunda, cuando no se les utilizaba como esclavos en las minas y las industrias pesadas Tarthu.

Ello conllevó sin duda el surgimiento de un fuerte espíritu de rechazo al invasor y sus crueldades, y una mente fértil para la aparición de un mito liberador que pudiera aglutinar los sueños dormidos de todos los terrestres sometidos a la atroz bota alienígena.

Algunos hablan de la anécdota, plausible, que narra el episodio de cierto acto de piratería espacial en el cual los corsarios tuvieron una noche de debilidad y tras asaltar uno de los convoys kukares y matar a todos los fieros soldados Tarthu tuvieron clemencia y perdonaron la vida a los esclavos terrestres, en un acto de generosidad ya poco frecuente en aquella oscura época.

Quizás algunos pudieron ver en dicho gesto una lucha armada contra los Tarthu, en vez de simplemente una operación de pillaje y rapiña.

De algún modo, el mito se fue extendiendo por los planetas. El Kuferai. El salvador de la raza humana frente al invasor Tarthu.

Nunca nadie obtuvo una fotografía nítida. Ningún documento solido que verificara que el personaje en sí existió. Sin embargo, fuera real o solo una invención afortunada fruto de la dominación Tarthu, lo cierto es que la leyenda de Kuferai tuvo claras consecuencias.

En Necrat surgió un grupo disidente que se hacían llamar los Siervos de Kuferai y reclamaban la independencia del planeta y la salida de los invasores Tarthu.

Las acciones del grupo comenzaron sin ningún tipo de relevancia. Apenas un par de manifestaciones en las plazas de las ciudades importantes, pero el movimiento ganó en adeptos y fue perseguido por la severa dictadura del planeta.

Su cruel represión condujo a la radicalización de sus ideas y sus métodos, y un par de años después, la célula Anares del movimiento se hizo famosa en todo el sistema, por el secuestro y posterior asesinato del Comandante Turrufan, siervo de los Tarthu y traidor a la raza humana...

De hecho, el caso de los Siervos de Kuferai apenas solo es un ejemplo de la marea revolucionaria que periódicamente despertó alrededor del mito Kuferai a lo largo de las décadas.

Los alienígenas no entendían la mente humana, y por tanto carecían de herramientas para enfrentarse al enemigo fantasma que se escondía detrás de Kuferai.

Siervos de la todopoderosa y fría lógica Tarthu, eran incapaces de hacer frente a la amenaza de un enemigo intangible e inexistente. Y así, su lucha contra Kuferai se resumió en la represión de los cultos sincréticos desarrollados alrededor de su persona y la cárcel o el ajusticiamiento para aquellos que, en nombre de Kuferai se opusieron al régimen totalitario Tarthu. Métodos, todos ellos, claramente ineficaces.

Un siglo después, los miembros del Consejo Terrestre, del recuperado planeta Ozone asumieron la importancia de dicha leyenda en su propia lucha, y pasaron a denominar Kuferai a sus líderes militares.

Kuferai el libertador. Kuferai el asesino de alienígenas... Kuferai el hombre, el Dios. La leyenda...

La Isla de las Cuchillas

Por Heras Vázquez

Naufragamos en los rompientes de una ignota tierra, pues navegamos a la deriva durante muchos días; en alta mar nos sorprendió un misterioso gas que nos adormeció por completo, como en un letargo parecido a la muerte. Por desgracia la doctora Evelyn no pudo despertar, y ya en descomposición, tuvimos que arrojarla por la borda muy a nuestro pesar. Me llamo Eduard, y mis compañeros se llamaban Alfred y Guilfred, siendo los afortunados náufragos. Decidimos adentrarnos, explorar aquellos predios desconocidos y muy posiblemente salvajes. Había muchos árboles frutales, y saciamos nuestro hambre y nuestra sed acuciantes. También encontramos una pequeña laguna de cristalinas aguas, y nos bañamos con enorme regocijo. Tras una hora de descanso, continuamos explorando el interior. En un momento dado oímos como unos cánticos, aunque bastante lejanos. Guilfred abogó por retroceder, pero yo y Alfred decidimos continuar; Guilfred no se separó de nosotros por no quedarse solo. A cada paso que dábamos, aquellos cánticos se hacían más fuertes y tremebundos, enloquecidos, como emanados por gargantas endemoniadas. Llegamos a una pronunciada loma, y ya en la cima, lo que divisamos nos hizo quedar atónitos, pues en un gran círculo de arena, contemplamos un nutrido grupo de nativos negroides, vociferando inenarrables cánticos, y saltando como posesos, despegando sus desnudos pies del suelo más de un metro; ciertamente no podíamos comprender el motivo de aquel blasfemo ritual, ni de sus portentos saltarines. Más alucinados nos quedamos, cuando de repente empezaron a salir del suelo, unas enormes, delgadas y afiladas cuchillas resplandecientes, las cuales desaparecían y volvían a surgir ya ensangrentadas con vertiginosa velocidad, al igual que iban cayendo aquellos desgraciados ya sentenciados nada más ser concebidos, no quedó ni uno vivo, ni siquiera mal herido. Nos quedamos pálidos y empavorecidos.

Por supuesto que decidimos retornar a la playa para intentar salvar nuestras vidas en gravísimo riesgo. A pesar de ir sin demora, no dejábamos de mirar por donde pisábamos, tal era nuestra psicosis por las atrocidades contempladas in situ. Llegamos a la laguna, y Alfred se detuvo para beber un poquito; yo y Guilfred le gritamos que ni se le ocurriera acercarse tanto, pero por desgracia, nada más arrodillarse y coger agua con las manos unidas, por debajo de su barbilla entró una larga y afilada cuchilla que le salió por la tapa de los sesos, ambos quedamos petrificados por tan horrendo episodio. Pensamos, que si nos movíamos podíamos correr la misma suerte mortal. Como no teníamos otra opción, continuamos nuestro camino, conscientes de quedar ensartados en cualquier momento.

Llegamos a la ansiada playa al borde de un ataque de nervios; teníamos que llegar a los tablones sí o sí. Le comenté a Guilfred que avanzáramos con suma cautela, cuando de repente, mi amigo cayó de bruces al atravesarle una enorme flecha la cabeza por la nuca. Me giré espantado nuevamente, y vi a menos de doscientos metros un nutrido grupo de nativos también negroides, pero emplumados y pintarrajeados, armados con arcos y flechas. Seguidamente el cielo se nubló por la lluvia de flechas que se me avecinaba. Corrí,

corrí como un loco y alcancé el agua, aunque recibiendo cinco flechazos, pero con fortuna, en ninguna zona vital, y sin que me impidiera nadar, nadar y nadar lo más rápidamente que podía en mi lamentable estado. Al fin subido a un considerable tablón miré la costa, y aquellos salvajes seguían lanzándome sus ya inofensivas flechas, y abandoné aquella tierra donde la vida humana no valía nada.

Tras una fría y larga noche, sólo acompañado por las estrellas y la luna, aunque soportable por mi afán de supervivencia, ya con la claridad de la amanecida, fui rescatado por un barco mercante que se dirigía a Nueva Zelanda. Muchas veces he narrado estos truculentos acontecimientos, pero nadie me ha creído. Tampoco es necesario, pues salvé la vida y es lo que cuenta.

Historias de bar

Por David Villanueva

Supongo que todos sabían que podía ocurrir.

Tras tantos años hundiéndose, el bueno de Scott tocaba fondo y rebotaba hacia arriba...

Ya no le veían en el Templo, apurando uno tras otro los minis de cerveza que le fiaba Max, su viejo compañero de escuela y, probablemente, uno de los pocos amigos que le quedaban.

Le enviaron un par de mensajes por la Data-Red, pero no hubo ninguna respuesta.

Algunos decían que se había ido de la city. Que había hecho acopio de la poca inteligencia que le quedaba, había dado algún palo importante y se había ido a morir al pueblo de Ávila donde seguían viviendo un par de familiares suyos y le esperaban algunas tierras que aún no había malvendido en aquellos largos años de caída.

Emma hacía acto de presencia por el local de vez en cuando, acompañada por los especímenes masculinos más variopintos y decadentes.

Cuando Max le preguntó, en un apartado, si sabía algo del desaparecido, ella arrugó la nariz con desagrado.

—Por mí puede estar muerto y enterrado. No sé si me entiendes...

Y el camarero asintió con la cabeza, inseguro de qué decir, y dejó que la chica siguiera camelándose al nuevo semental sin futuro.

Finalmente, pasaron un par de semanas y casi todos le daban por quemado y hundido, cuando apareció una noche a las cuatro de la madrugada.

Una espesa barba le cubría el rostro, y se le veía más delgado y desgarrado de lo habitual.

Max acertó a sentarle en una de las mesas libres y ofrecerle una cerveza y chips nutritivos, tras la sorpresa inicial.

—¡Qué pasó, Scott! Nos tenías preocupados...

—He tenido ajeteo, amigo... —comentó el aludido con una sonrisa nerviosa que comenzó a preocupar al camarero.

Scott le aferró de la manga e hizo que se inclinara. - He conocido a Dios- le susurró. Y la mirada febril del hombre sirvió para corroborar las sospechas de Max. Demencia, Locura.

El joven negó con la cabeza, triste, mientras miraba a su viejo compañero.

—Que te has tomado, tío...

—Nada, joder —aseguró Scott—. Le he oído. En las redes. Hablando, narrando sus leyes. Busca siervos, todavía. En este podrido lugar y momento y sigue buscando a sus ovejas... ¿Te lo puedes creer?

Max volvía a negar con la cabeza, pesimista, apesadumbrado. Ecos en las redes, sectas, programas Malware. Cualquiera sabría con lo que había topado el imbécil de Scott.

En la barra, su jefe le llamaba insistentemente. - ¡Que hay mierdas por hacer, joder...!

Antonio no era un hombre paciente, y hace un par de días Max había pedido un adelanto para pagar deudas, así que más valía no tocarle las pelotas en demasía.

Palmeó un par de veces el hombro de Scott, despidiéndose de él.

—Busca ayuda, tío. En serio.

Se alejó de la mesa haciéndose hueco entre la clientela, vigilado por su jefe, que murmuraba entre dientes mientras servía whisky a un par de góticas-punk con el cráneo erizado de add-ons y conexiones baratas.

Esa fue la última vez que vieron a Scott.

Casi todos apostaban por su muerte. Un cadáver poco apetecible en una habitación de motel. Cortes en las venas, sobredosis, lejíá... Alguna mierda parecida.

Las ex novias no parecían demasiado preocupadas. Un pez menos en el río. Ni el más guapo ni el más noble...

Sin embargo, a Max le gustaba pensar que no todo había terminado para el pobre Scott.

Quería imaginárselo en otra parte, vivo, con algo de pasta y de paz barata en el bolsillo.

Quizás realmente hubiera encontrado algo, allá en la red. Algo de sentido. Un lugar para él y para otros como él, donde el grande no se come al pequeño, y los perdedores aún tienen una segunda oportunidad.

Y así, poco a poco, el bueno de Scott se convirtió en un nuevo tipo de mito y leyenda urbana entre la clientela del bar.

Pasado el tiempo, Max hablaba del tema a algunos habituales del garito, una noche cualquiera, entre jarras de cerveza y videos rock de hace diez años.

—Mierda —se burló uno de ellos—. Con treinta años y sigues creyendo en los Reyes Magos...

Supernaturalis

Por Roberto Julio Alamo

Hydra, la mayor constelación en el firmamento cercano, donde Alford y Epsilon-Hydrae refulgen con fuerza, siempre ha llamado la atención de los hombres. La gran serpiente que se retuerce, así aparece en los mitos griegos. Apolo envió a su cuervo –Corvus- para que buscara agua, pero éste descansó en su largo viaje. Finalmente, una vez había recogido el agua, trajo consigo también una serpiente acuática para justificar su tardanza. Apolo, dándose cuenta del engaño perpetrado, lanzó a Corvus junto a la taza y a la serpiente hacia el cielo, dando lugar así a las constelaciones de Hydra, Cráter y Corvus. La Hydra fue identificada por los griegos como Hidra de Lerna, vencida por Hércules siendo uno de sus doce trabajos. La despiadada bestia acuática de aliento venenoso hubo de enfrentarse a Heracles. Su guarida se hallaba en el lago de Lerna, en el golfo de la Argólida –cerca de Nauplia-. Decían los textos que bajo sus aguas se hallaban las entradas a los abismos, custodiadas por dicha bestia. Hija de Tifón y Equidna, fue criada por Hera cerca de la fuente de Amimone en Lerna. Lerna, fuente que Poseidón creó en memoria de Danáe, sirvió de morada a la bestia. Plinio, posteriormente, bautiza a Hydra como *Madeo Mâter Mare* en su libro “*Alteramphiarâus Bestiarius Anômalus*”, y menciona las ánforas, frescos y mosaicos en los que tal criatura se representa, a la cual dotan de vida de tal modo –tanto en descripciones literarias como en la tradición oral- que llega a parecer un ser existente alejándose de la mitología.

A continuación expondré los increíbles textos del escriba Alcibíades de Creta, marino versado en las letras, perteneciente a la corte de Duban, durante la etapa prealejandrina. En abril Sócrates había sido víctima de la reacción “democrática”, y no mucho ha de la paz de Antálcidas:

[...] Partimos de tierra de Alonis tras resolver asuntos de poca importancia. Surcamos las aguas del Egeo, el mar que vio morir despeñado y ahogado al rey del mismo nombre, y avanzamos hacia las costas de Persia. Viajaba junto a mi viejo amigo, Harmodio Anatolio, heroico soldado de alto rango, que portaba presentes para el ejército en su galeaza. Las milicias se mostraban inquietas y no cesaba el rumor de que Poseidón arremetería contra nosotros. Los temerosos marinos hablaban de la presencia de Hydra en el Egeo, que no mucho ha, sumergió en su lecho líquido a varios navegantes de brava destreza. Decían éstos que los Rodios, los mejores navegantes que hemos llegado a conocer, sucumbían por igual ante la ira de la bestia.

Me inquietaba aquella reacción en los tripulantes, pero al cabo de dos días me acostumbré. Decidimos hacer un alto en el golfo de Tesalónica cuando nos topamos con los restos de un naufragio. Pedazos del mástil y el casco de un navío flotaban adustos y resplandecientes aún; los marinos en seguida –como temía- achacaron aquel percance a Hydra. Bien era cierto que los piratas de la zona habían perpetuado el mito de la bestia formando la Orden del dios Dagon –κόσμος,ου θεός,οὔ Δαηον-, pero aquella no era obra de saqueadores, sino de algo más despreciable si cabe. Ningún marino de los que

tripulaban el barco hundido, ninguno había sobrevivido. Lamentamos su pérdida rezando porque su estancia en el Hades fuera lo más placentera posible y proseguimos con la ruta trazada. A varias yardas de las costas de Tesalónica, que aún no eran visibles debido a la calima levantada por las arenas africanas, cesó el oleaje y la mar quedó en silencio; luego comenzaron a bullir las aguas a modo de cocción, y alrededor parecieron desatarse mil tormentas. Todos estábamos nerviosos, pero el bueno de Harmodio Anatolio mantuvo la calma y reprendió a sus hombres por su visible cobardía. ¡Habrían de proseguir! Aun recibiendo las ordenes de mi viejo compañero, los navegantes temían encolerizar al dios de las aguas y de ese modo tentar a la suerte. Un grupo de hombres, los más susceptibles, hablaron de terribles y vengativos demonios del mar, los monstruos filisteos que raptaban a los hombres por la eternidad. Muchos aseguraron que los espíritus de los tripulantes del navío naufragado jamás llegarían al Hades, pues habían quedado prisioneros bajo las aguas del mar. El océano, que cautiva a los hombres, con su llamada los atrae y una vez se ha hecho con ellos jamás los suelta.

¡Qué espanto vieron mis ojos! No comprendía nada. La bruma –pues la calima se había disipado dando lugar a intensa niebla- ocupaba todo cuanto podíamos ver; a lo lejos, siluetas se fueron haciendo visibles, y pronto logré discernir entre las formas que allí se hallaban. Obeliscos con representaciones de extrañas y aterradoras criaturas se erguían ante mí; enormes bloques de piedra en forma de prisma que, titánicos, se elevaban mostrando aquellas rudimentarias tallas. Los jeroglíficos, que evidentemente pertenecían a épocas inmemoriales, correspondían a una civilización desconocida para nosotros los griegos. Las criaturas dibujadas en la piedra mostraban humanoides encorvados introduciéndose en el agua, extrañas criaturas anfibas; en las bases pétreas de tamañas estructuras, criaturas iguales a las anteriores pero descomunales –y por tanto mucho más detalladas- nadaban en aquel mar trazado en roca.

Hasta que Harmodio Anatolio no me lo certificó, no me tomé en serio que nos hubiéramos extraviado en el mar Egeo, pero así era. ¿Dónde demonios nos hallábamos? ¿Sería una burla de los dioses del Olimpo? ¿Se estarían mofando de nuestra desdicha? Las aguas se tornaron negruzcas y pastosas, y el avance de la galeaza deceleró hasta que finalmente encallamos. Sumidos en la desesperación, muchos de los marinos y milicianos se agazaparon y pidieron clemencia a voz en grito. Me recliné durante horas en la bodega de la embarcación, negándome a otear el horizonte de tan sombrío lugar. ¿Sería el tártaro donde estábamos? No puedo describir mi nostalgia, pues añoraba mi Ampurias natal y en ocasiones derramaba lágrimas por mi hogar. Hacía dos largos años que no había pisado la tierra que me vio crecer. De Éfeso me había trasladado a Pérgamo, y después a las costas de Alonis. Ahora ni siquiera sabía dónde estaba ¿Cuándo terminaría mi travesía? Inmerso en tristes pensamientos, escuché que algún marino gritaba y caminé hasta la cubierta. Varios tripulantes aterrados señalaban por la borda y decidí asomarme.

Una gran masa emergió del mar y todos retrocedimos al unísono. Algunos de los tripulantes corrieron a encerrarse en la bodega, y Anatolio, aunque también temeroso, mantuvo el aplomo necesario para impedir que los milicianos se amedrentasen. El encuentro con Hydra había llegado, y la bestia se irguió y arremetió contra el barco. Aquel monstruo, que según los marinos extranjeros era hermano del más grande demonio

filisteo, se revolvió realizando extraños y ensordecedores sonidos, y observó a los tripulantes con desprecio. He aquí que los dioses reprimidos, desgajados de su corte, apartados de su puesto en la jerarquía, buscaban venganza. Aquellos que fueron olvidados, aquellos que tanto tiempo han aguardado, han de regresar, pues reclamarán lo que siempre fue suyo. Al observar a la bestia comprendí su magnitud, pues antes de que el primer hombre pusiera su pie sobre la faz de la tierra, aquel ser ya había vivido durante centurias. Sus ojos, que denotaban que lo había visto todo, no guardaban ninguna expresión ni humanidad, como los ojos del pez, terroríficamente inexpresivos. Una especie de saliva aceitosa cubierta de pestilentes grumos surgió de sus fauces, e hilillos de limo se entrelazaban con sus dientes. Entre la tripulación comenzó a haber arcadas, y pronto las náuseas estallaron en vómitos. Escabrosa situación ante la que nos hallábamos, puesto que existen cosas en el mundo que pueden desencadenar la mayor de las repugnancias.

Y aquella majestuosa bestia que era la gran Hydra de las profundidades insondables, aquel coloso monstruoso y bramante, no se asemejaba a la descrita por Homero en su obra. Su aspecto era similar al de un anfibio, al de un batracio monstruoso. Colosales membranas servían de unión para sus inmensas garras. Era más terrible que cualquiera de las criaturas que alberga el magín humano, y tanto miedo infundada, que imposible me es describir con palabras tamaña criatura. ¡Bestia nacida de Equidna, moradora de las aguas! Sin apenas esfuerzo apartó el mástil de su camino partiéndolo por la mitad. El monstruo, cual cíclope encolerizado, se abalanzó sobre la embarcación partiendo la estructura de madera; al verme en una situación tan peligrosa, reconozco que el pánico se hizo conmigo y perdí el conocimiento mientras no dejaba de observar a la bestia. No veía nada, aunque de vez en cuando el grito agónico de alguno de los marinos me helaba la sangre. No sé cómo sobreviví a tan terribles acontecimientos. Amanecí cubierto de arena y empapado de pies a cabeza. Me encontraba mal, atontado. Tosí repetidas veces y miré a mí alrededor. Logré distinguir algunos olivares y vides comprobando que me hallaba en costa cretense, y al poco de avanzar por un sendero cercano, atisbé los edificios quedando perplejo. Piadosos fueron los dioses conmigo al depositarme de nuevo en mi hogar. ¡Por mis descendientes que jamás volveré a poner el pie en un navío! ¡Nunca regresaré ante el oleaje que esconde tales horrores! Así pues, dejo constancia de la fatalidad de mi viaje, y advierto a los navegantes que jamás osen tentar a la suerte, pues yo, habiendo sufrido lo aquí narrado, he descubierto que la sensatez ha de primar ante el valor para no tornarse temeridad [...]

Multitud de historiadores del s. XIX –época en la que se dio con los escritos de Alcibiades de Creta– negaron que los textos pertenecieran a la época y los tacharon de una mera imitación. La controversia suscitada por dichos escritos se dilató en el tiempo hasta que en la tercera semana de Mayo de 1923, las vetustas páginas fueron robadas de los sótanos del Museo Arqueológico Ateniense. Actualmente se lamenta la pérdida del escrito, pues con los medios que tenemos a nuestro alcance hubiéramos salido de dudas de una vez por todas. Pocos son los que recuerdan la polémica del relato de Alcibiades, y menos aun los que defienden su veracidad.

Un Signo de Inteligencia

Por David Villanueva

Tras un par de semanas en la ciudad del espacio-puerto Babelon, rodeados de homeoputas y vicio, el Sargento Scott y su equipo fueron convocados a la nave Uctrain, en el cuadrante B12, para recibir su nueva misión.

Los muchachos se resignaron a abandonar su merecido periodo de descanso de manera prematura, y pese a las protestas furtivas de los muchachos, la escuadra hizo el equipaje y se embarcó en el primer convoy espacial que partía hacia el sector indicado.

Dos días más tarde, se presentaron ante el Coronel Karlov, un viejo oficial de los años oscuros de la guerra contra los Kukares, que había tenido la fortuna de encontrar un destino tranquilo pasada la contienda.

El coronel recibió al equipo en la nave base, y tras las debidas presentaciones formales les informó de la situación y su cometido.

La república tenía constancia de que el planeta Carotheo estaba habitado. Había datos robados a los Kukares que así lo señalaban.

Sin embargo, los satélites no habían logrado captar ningún indicio de civilización en la superficie del planeta, y un primer equipo de exploración formado por cadetes de esa misma lanzadera no habían logrado encontrar nada.

El alto mando de la República Espacial les encomendaba una misión de exploración en el cono sur, donde se había detectado mejores condiciones para la vida, con abundante agua y materias primas. Su cometido era buscar indicios de vida inteligente y, si la encontraban, establecer los primeros lazos de comunicación con la nueva especie.

—Personalmente creo que el Alto Mando se ha vuelto loco, y que ahí abajo no hay nada, sargento Scott. Pero si realmente el planeta está habitado, estamos hablando de una raza alienígena con una tecnología de camuflaje más avanzada de lo que nunca hemos visto. Esquivos y sutiles como hojas en el viento. Si de verdad existen, los nativos no desean el contacto con los terrestres y tienen herramientas más que suficientes para cumplir ese objetivo. Tengan cuidado y no se confíen.

Scott y sus hombres se despidieron formalmente del comandante, y se retiraron.

El sargento dio seis horas de descanso a su escuadra de legionarios, y programaron el descenso al planeta para las 14:00. El equipo a desplegar incluía sensores de calor, equipos de radar portátiles y otra variedad de dispositivos.

El oficial científico Somoza les acompañaría, como enlace de la estación y auxiliar medico...

Nada más descender en la nave exploradora y dar sus primeros pasos sobre la superficie de Carotheo, se dieron cuenta de la atmosfera de tensión que reinaba en el planeta.

Les rodeaba una densa jungla de frondosa vegetación, en la cual, sin embargo, no detectaban ningún sonido de origen animal. Se respiraba un ambiente de contención y espera, que les pesaba y oprimía aún a través de las exo-armaduras.

Instalaron un pequeño campamento base y durante los siguientes días rastrearon los alrededores esperando localizar signos de la civilización aludida por los informes del Alto Mando.

Sin embargo, sus pesquisas no ofrecieron ningún resultado, y los legionarios empezaron a plantearse si de verdad la tecnología de camuflaje de los mutantes era demasiado avanzada, y les hacía invisibles frente a los invasores terrícolas, o en el fondo Carotheo era un planeta deshabitado, y su misión era una mera pérdida de tiempo...

El agente psíquico de la escuadra, el legionario García, afirmó en un par de ocasiones que sentía que estaban siendo observados desde la espesura. No obstante, los esfuerzos desplegados en aquellos puntuales momentos con los escáneres tecnológicos y la simple exploración tradicional no desvelaron nada anormal en los alrededores, y Scott llegó a plantearse si la extraña atmosfera del planeta estaría afectando a su psíquico...

—Esto es imposible —protestó uno de los legionarios—. Preferiría estar cazando kukares en campo abierto a buscar nada más en esta maldita selva.

El sargento reprendió duramente a su subordinado.

—Modera tu lenguaje, Ramirez. Somos soldados de la república. Cumpliremos nuestras órdenes e intentaremos establecer contacto con los nativos, por esquivos que sean...

Sin embargo, el desánimo hacía mella en el espíritu de la escuadra, y el mismo Scott comenzaba a perder la paciencia frente a la silenciosa vacuidad del planeta...

Los escaners galácticos no parecían desvelar nada en el planeta, por lo que, si realmente creía en las intuiciones del psíquico, la avanzada tecnología de los alienígenas les mantendría siempre a oscuras, un paso por detrás de los nativos, y jamás establecerían un contacto fructífero con ellos.

Por fin, la mañana del duodécimo día el equipo hizo un descubrimiento interesante. El sargento juraría haber pasado por aquella misma zona en la tarde pasada, si bien nunca se podía estar seguro en aquel terreno selvático y agobiante.

Lo que encontraron frente a sí, mientras avanzaban por la espesura, al alcanzar un cúmulo de rocas situado a la orilla del “camino” que sus pies habían ido cimentando a lo largo de los días fue algo que ninguno de ellos podía esperarse.

En el macizo rocoso, alguien había esculpido, toscamente, el rostro del sargento Scott. La faz que se les presentaba a la vista, cincelada en roca y cristal, era un monstruo de labios grandes y nariz desproporcionada, y recordó al sargento los dibujos esperpénticos que le dedicaron alguna vez sus compañeros de clase en el colegio.

El oficial científico Somoza, confundido y sin saber bien qué decir, carraspeó.

—Bueno, Sargento... La verdad es que, a pesar de su tosquedad, podríamos decir que esta escultura es un posible primer contacto con una especie alienígena inteligente...

El sargento calló durante unos segundos, en los cuales temió el científico la rabia del militar ante la burda caricatura que había sufrido.

Sin embargo, el sargento Scott estalló en carcajadas, gesto que fue imitado poco a poco por el resto de sus legionarios.

La vasta caricatura del sargento había logrado romper la atmosfera de tensión y desasosiego que les había atenazado a todos durante casi dos semanas.

—No solo hemos encontrado una especie inteligente, mi querido Somoza. Hemos encontrado algo mucho más raro y valioso. Una especie con sentido del humor...

La Casa Svenson

Por Heras Vázquez

Llegué a Antonville en un destartalado tren justo a las ocho de la mañana, nadie más se apeó. La casa de Luis Svenson se encontraba a media hora andando. Según el mapa debía coger un camino a mano derecha nada más salir de la desierta estación. El pedregoso camino estaba flanqueado a ambos lados por altos árboles con las ramas retorcidas, y a lo lejos, por montañas escarpadas. En pocos minutos dejé el pueblo y sus contadas casas que parecían muy antiguas, coloniales, por no decir abandonadas hacía tiempo. El camino se fue empinando poco a poco, dejando ver terraplenes muy profundos, donde una caída sería fatal. La mochila me pesaba demasiado, y el sol se hacía notar considerablemente. Tras poco más de treinta minutos de ascensión, pude divisar la casa en la ladera de una erosionada montaña, mucho más antigua que las demás. También la casa parecía más vieja que las del pueblo, lo que ya era decir, y estaba en estado casi ruinoso.

Luis Svenson era noruego, o mejor dicho, sus antepasados, llegados a América para hacer fortuna. Era el único de su estirpe con vida, pero ya era muy mayor y estaba enfermo de consideración. Había yo conocido a su difunto hijo Cornelius Svenson, muerto en accidente de automóvil muy recientemente. Su padre me había escrito una carta comunicándome su deseo de legarme su casa y una pequeña fortuna de dos mil dólares, a cambio de pasar con él sus postreros días. Acepté por encontrarme en paro y por lo tanto necesitar dinero, y por la memoria de mi desaparecido amigo.

En frente se veía más deteriorada todavía. Era de estilo colonial, con el tejado del cuerpo principal picudo. La puerta de madera carcomida no tenía ni timbre ni aldaba alguna. Golpeé con los nudillos de una mano con mediana fuerza. A los pocos segundos de insistir de nuevo con mayor énfasis, una cascada voz me dijo: ¡Voy, ya abro! A continuación se oyó el chirriante sonido de un oxidado pestillo al desplazarse lentamente. La pesada puerta se abrió para adentro con un prolongado sonido rechoncho. A pesar del soleado día, rodeado de penumbras se me presentó la delgada figura de Luis Svenson. Mediría casi dos metros. Sus canos cabellos le caían hasta los encogidos hombros. Vestía ropas de labriego, y calzaba zapatillas de esparto. Tenía unos grandes ojos oscuros hundidos y caídos en las secas mejillas.

—¿Es usted Stuart Freeman? —me preguntó, llegándome un aliento nada reconfortante, teniendo la arcada cercana en la boca.

—Sí, yo soy. ¿Es usted el señor Svenson?

—Le estaba esperando. Pase usted —me hizo un gesto con su largo y fino brazo derecho, el cual me pareció terminar en una afilada garra.

Dentro la oscuridad era casi predominante, y un terrible polvo me hizo estornudar varias veces seguidas.

—No se preocupe, levantaré las persianas y abriré las ventanas — me dijo casi oculto en aquellas tinieblas nada tranquilizantes.

Aunque solamente abrió un par, la luz que entró por ellas me cegaron durante unos interminables segundos. Cuando pude ver con meridiana claridad, me invadió una tremebunda sensación de ahogo visual, pues todo allí estaba patas arriba y con una gruesa capa de polvo. El aspecto del señor Svenson era todavía más reprobable de lo atisbado anteriormente. Medio encorvado, el rostro arrugadísimo y lleno de granos supurantes, las ropas llenas de huellas de grasa incrustada hacía muchos días.

–Seguramente tenga apetito –me dijo babeando por las comisuras de la agrietada boca–. En la mesa de la cocina tiene varias viandas y vino de Oporto.

–Gracias, pero no tengo hambre –decliné el ofrecimiento, por temer acabar vomitando, a pesar de mi hambruna.

–Entonces estará cansado. A su derecha tiene su habitación, esperando sea de su agrado.

–Sí, dejaré allí mi equipaje –por lo menos estaría más ligero y sobre todo solo, dilucidando si iba a salir corriendo a no mucho tardar.

–Charlaremos en la comida, cuando den las dos del mediodía. Si necesitara algo, en la mesilla tiene una campanilla. Que descanse.

–Gracias –dije cerrando un momento los ojos. Cuando los abrí, el señor Svenson ya no estaba, sólo su mal olor permanecía indeleblemente.

No había puerta. El dormitorio era espacioso, con una amplia cama con cortinajes y muy antigua. Las paredes estaban pintadas de blanco, aunque con el paso del tiempo habían pasado a ser parduscas por la contenida suciedad que impregnaba toda la casa. La mesita era de madera repujada con dos cajones vacíos que encajaban mal por la mugre. También había una estantería con mohosos volúmenes de los que no quise saber los temas que trataban. Como en toda la casa, el suelo era de madera, y en estado de pudrición, con peligrosos hoyitos. Además había un asqueroso armario vacío, dejando allí la mochila. Me tumbé en la cama, que a pesar de la mierda que tenía, era muy cómoda. La casa no valía ni un par de míseros dólares, en todo caso el terreno valía mucho más. Temía que se me viniese encima en cualquier momento, pues crujía por los cuatro costados. Estuve en un tris de salir pitando. Pero aguanté con valiente estoicismo.

Debí quedarme dormido durante prolongadas horas, pues al despertarme, vi a través de la pringosa ventana llena de birriagos, los iluminantes rayos de una gigantesca luna llena. Espantado salí a la sala principal. Una lámpara colgada del techo con acechante aspecto de araña, iluminaba con su mortecina luz la amplia estancia. Curiosamente el polvo reinante ya no me afectaba en absoluto.

Tiré de frente donde otro marco sin puerta comunicaba con la otra ala de la casa. Aparecí en la cocina, con un gran fogón y una larga y blanca mesa, con un cubierto preparado con tres platos, los cuales estaban tapados con pañitos enroñados. Lo que había sido mi comida, y ahora cena. Como tenía tanta hambre, destapé un plato, y en él reposaba la cabeza asada de un repulsivo cochinillo con su ojos aún escrutadores. No quise ver más, mi mente se negaba en redondo. Cuando me giré, vi una puerta que anteriormente no había visto, casi camuflada en la pared. Deben excusar mi falta de narrativa literaria y de descripción de lugares, aparte que no recuerdo muchos detalles. Cuando la abrí, tirando de un pomo ennegrecido y grasiento, me asaltó el inconfundible

hedor de la descomposición de la carne. Era el dormitorio de mi anfitrión, similar al mío. Estaba tendido en la cama cuan largo era, ya con la cara amoratada; tenía los brazos cruzados. Sobre la mesilla había unas hojas manuscritas por su propia mano. Las cogí con premiosidad y salí velozmente, sentándome en un sillón de la sala principal, y leí aquellas líneas torcidas por un pulso incontrolable:

«En realidad llevo muerto desde hace más de un mes, cuando mi hijo aún se encontraba entre los vivos. Merced a la auto hipnosis me he mantenido en pie todo este tiempo hasta su llegada. Mi hijo me habló mucho de usted, su único y verdadero amigo. Cuando murió me quedé, por así decir, como último representante de mi familia, a la cual siempre le acompañó, digamos que la mala suerte. Accidentes de coche, ahogamientos, asesinatos, naufragios, suicidios... Hace mucho tiempo, esta casa fue la envidia de toda la comarca, pero la desgracia se cebó con mi familia. Fue cuando comencé a visitar brujos y a leer libros prohibidos como el Perversus del farmacéutico asesino Andreas Listen Von Erdem, o el Abominación del malvado clérigo Augustus Renat. Hasta que en el tomo llamado Vulpes rosae del nigromante Elvirus Mesifae, leí una invocación a Mefistófeles para venderle mi alma a cambio de tranquilidad para mi restante familia. Todo fue bien durante unos placenteros años, hasta que una noche tormentosa se presentó en mi dormitorio el propio Mefisto, pidiéndome un familiar a elegir para llevárselo al otro mundo como compensación a sus favores. Le contesté que ya tenía mi alma, pero me dijo que ya no era suficiente. Me negué a ello y me torturó con horribles imágenes para que cediera, pero seguí negándome a darle un nombre. Creyendo derrotarle, se marchó cual humosidad por los poros de una pared. Pero desde un principio había jugado conmigo, pues al día siguiente mi hermana soltera Suzanne enfermó de extrañas fiebres y tuvimos que enterrarla una semana después. Tras su sepelio en el cementerio de Antonville, llegué a casa enfurecido golpeando las paredes, y justo al fondo de la sala principal cedieron unos ladrillos de la pared. Rompí más hasta poder acceder por el boquete, terminando en un gran pasadizo secreto que daba a una gran cámara, una cueva con anticristianas decoraciones, sepulcros con verdosos vahos y otras obscenidades. Pensé que sin duda allí residía el motivo de mis desgracias y de las de mi familia. Como había vendido mi alma no pude hacer nada para destruir aquel santuario de Infinita Malignidad. Usted es mi postrera posibilidad de limpiar esta casa. Se lo pido encarecidamente por la memoria de mi hijo, su amigo. Y ya libre de todo Mal será suya, y podrá hacer con ella su voluntad. No dudo que saldrá victorioso».

Nada más acabar de leer estas abyectas palabras me entraron sudores helados y un temor inenarrable. Salí corriendo tras soltar las hojas en pos de salir por la puerta principal y volver a coger el tren de vuelta. Pero no pude abrirla de ninguna manera. Lo intenté por las ventanas, pero no pude abrirlas ni romperlas como si los cristales fuesen de hierro forjado. La malignidad de la casa me había atrapado inmisericorde. Así pues no tenía otra alternativa que acabar con la maldad que impregnaba la casa y la fatalidad de los cuerpos que la habían pisado, como era mi caso. ¿Pero cómo hacerlo? No tenía instrucciones para llevarlo a cabo. Estaba perdido, condenado a prisión de por vida. Sólo me quedaba acceder por el supuesto muro desladrillado y una vez dentro improvisar.

Efectivamente el señor Svenson tenía razón, allí estaba la oquedad, la perturbadora entrada a la cueva malhechora. Antes de adentrarme por el corredor me hice con una lámpara de petróleo mano en ristre justo en la entrada, en el suelo posada, como dejada allí adrede. El pasadizo era ancho, de unos cuatro metros de ancho. La humedad era espantosa, pero seca, y olía con un perfume indefinido, ni a podredumbre ni a fragancia de flores. El suelo era algo resbaladizo, y me lo imaginé bañado por la sangre derramada de los Svenson. Tras aproximadamente unos trescientos metros, el túnel se abrió a los lados, la entrada de la cueva se me reveló iluminada por innumerables antorchas. Avancé con suma cautela, muy acongojado. Era tal y como lo describió el fallecido Svenson, de una ominosidad inconcebible. Estaba lleno de antiquísimos sepulcros enmohecidos con inscripciones en un idioma desconocido, distinto a todo aquel hablado u olvidado sobre la faz de la Tierra. Se diría que garabateados por las uñas de un ser o seres imposibles. Las paredes tenían dibujadas escenas imposibles de clasificar, con dibujos seres que se me antojaron marinos y desconocidos para cualquier científico puesto al día. Intenté abrir una tumba, y su tapa no resistió mis fuerzas, pues su peso era ciertamente nimio. Dentro no había cuerpo alguno, sino una serie de engranajes oxidados. Los cinco siguientes ocultaban más ruedas dentadas en mutuo contacto. La lámpara agotó su carga de petróleo y se fue extinguiendo su luz mortecinamente. Intentando explicarme aquella maquinaria antediluviana, me vi de repente rodeado de diez hermosas mujeres completamente desnudas, pues iban vestidas con túnicas blancas transparentes cuales excitantes sudarios. Sus alientos eran del aroma de la perdición, de éxtasis mortuorios. No caí en tan banal y pecadora tentación y las hice retroceder formando el signo de la cruz con los dedos índices. Desaparecieron como humosidades por los poros de la cueva ahora más iluminada que nunca. Continué abriendo sepulcros con más engranajes. Pero uno de ellos contenía una serpiente pitón que esquivé de puro milagro cuando se lanzaba a mi cuello. Cuando le lancé la tapa desapareció como anteriormente hicieron aquellas zorras del averno. Llegué al final de la cueva y me quedaban dos tumbas por abrir. Cuando me disponía a quitar la penúltima tapa, unos atroces lamentos de torturadas almas me asaltaron los oídos y tuve que tapármelos con ambas manos. De una patada lancé la tapadera de la tumba un par de metros volando por el aire viciado. Cuando retiré las manos, el silencio volvió a envolverme. De nuevo más engranajes. Al destapar la última tumba surgieron dos palancas de podrida madera cada una atornillada a una rueda dentada semienterrada por lo que parecían ser frescos guiñapos de carne ensangrentada. ¿Debía mover ambas o sólo una de ellas? La de la izquierda estaba más lejos, y la de la derecha más cerca, en todo caso posiciones relativas. Mientras decidía qué hacer, el suelo se hundió bajo mis pies, agarrándome con gran fortuna al borde del sarcófago. Tenía que pensar rápido subido allí, pues el suelo de la cueva se estaba llenando de peligrosos hoyos. Pensé, pensé, pensé enloquecido, pues cualquier fallo sería mi muerte. Entonces recordé la planta de la casa Svenson: gran sala central o principal, dos alas, de la sala central al fondo, la rotura de la pared, luego el pasadizo y luego la cueva oblonga. ¡UNA CRUZ INVERTIDA CON SU BASE O PEANA! ¡DEBÍA VOLVERLA AL DERECHO, COMO DIOS MANDA! ¡APENAS QUEDABA SUELO FIRME A MI ALREDEDOR! ¡ACCIONÉ LAS MÁS

ALEJADA DE LA ENTRADA PRINCIPAL! ¡LA CUEVA GIRÓ TRESCIENTOS SESENTA GRADOS EN DIRECCIÓN DE LAS AGUJAS DEL RELOJ!

La decoración de la cueva cambió drásticamente convirtiéndose en un santuario de imágenes de santidad, como si de una catedral se tratase. Muchos monjes realizaban sus plegarias obviándome, rezando sobre pilas bautismales que antes habían sido impuros sepulcros. Me santigué de rodillas y me dirigí a la casa por el pasadizo donde unas monjas cosían hábitos y grandes sábanas. Ahora la pared rota era una puerta de madera ricamente decorada con imágenes de épicas batallas. Antes de pasar me giré hacia atrás y aquellas monjas habían desaparecido quedando un oscuro túnel. La casa parecía otra, nueva y aseada, como debió ser antaño. Entré en el dormitorio pero la cama estaba vacía sin rastro alguno del cadáver de Luis Svenson. Pero encima de la mesilla había unas escrituras, las de la casa, y al lado un cheque por dos mil dólares.

Feliz, la mar de contento, me dirigí a la puerta para salir de la casa, pero me fue imposible abrirla. La aporreé con violencia, a base de puñetazos y patadas. Se negó en todo momento. Fui a las ventanas y seguían pareciendo de hierro forjado. En mi desesperación me tiré al suelo y pataleando como un niño pequeño, maldije mi suerte. Creyéndome derrotado, recapacité y caí en la cuenta, tonto de mí. ¡LA CASA SE HABÍA DADO LA VUELTA! ¡LA SALIDA ESTABA AL OTRO LADO!

Salí por una abertura de la cueva, en lo más alto de la misma, y bendije la luz del sol, y el aire que movía mis cabellos. Cogí el tren aunque no tenía billete, porque no hubo quien me lo vendiera, pero no me hizo falta porque el revisor no pasó. Cobré el cheque. Encontré trabajo en un hotel como botones, y unos meses después invertí dinero en la bolsa, tuve ganancias e invertí mucho más, llegando a ser millonario, lo necesario para comprar el hotel. Nunca he vuelto a Antonville en estos treinta años que han transcurrido. ¿Por qué he narrado esta rara historia? No tengo ni idea para ser sincero. Tal vez haya sido un mero desahogo, o un pasatiempo sin más, o como un aviso a navegantes, por si algún día pasan por Antonville y en las afueras se encuentran con una montaña distinta a las demás, pequeña y erosionada, custodiando una casa con forma de cruz, acaso otra vez invertida o no. Sea como fuere, no entren en ella, déjenla en paz, con el alma de su último morador custodiada por ella, el padre de mi desaparecido amigo de juventud.

BIOGRAFÍAS

Vicente Ruiz Calpe, también conocido por su pseudónimo Eihir, se describe como escritor aficionado que intenta abrirse un pequeño hueco dentro del difícil mundillo de la literatura. Amante del cine, los libros, los comics y las bandas sonoras, este joven de 36 años de Valencia y licenciado en Administración de Empresas compagina su trabajo en la Administración Pública con la elaboración de pequeños relatos. Apasionado de los géneros de fantasía, aventura y ciencia ficción, es sin embargo el género del terror y el suspense el que más le atrae, y entre sus autores preferidos destacan Bram Stoker, Arthur C. Doyle, Stephen King y el dúo D. Preston & L. Child. Además, Eihir es conocido entre algunos aficionados por ser el creador de Hollow City, un escenario ficticio que sirve de base para desarrollar una serie de relatos cortos de corte sobrenatural, y que puede verse en su blog: [Hollow City](#).

David Villanueva, nacido en 1982, Madrid. Bloguero y escritor, David se define como un buscador de significados, un rastreador del Sentido entre el ruido y la saturación informativa del mundo cotidiano. Lector intermitente de Ciencia Ficción, alterna por pulsiones entre Lovecraft, Castaneda, Dick o William Gibson. Famosas frases célebres: «No hay monstruos irreales. Solo hay túneles de realidad demasiado estrechos...». Su página web personal [PopCulture.es](#)

Roberto Julio Alamo, nacido en Febrero de 1985, en Madrid, es un escritor de relatos cortos, novela y guión que debutó en octubre de 2007 con su primera publicación, un compendio de relatos titulado *Relatos desde el Umbral*. Su pasión por el cine y su admiración por los escritores norteamericanos de la década de 1920 se ven plasmados en su obra; entre sus mayores influencias literarias podemos encontrar al maestro Howard Phillips Lovecraft o al fantástico Robert E. Howard. Julio Alamo, presenta en sus relatos un presente sórdido en el que no se vislumbra un futuro alentador para la insignificante raza humana. Si quieres saber más sobre él, visita su web [Relatos desde el Umbral](#)

Luis Carbajales ha publicado relatos cortos en varios medios electrónicos y de papel, como "Los zombis no saben leer", "Estrambóticos" o "Cryptonomikon 5", antología esta última para la que fue seleccionado como finalista de la V Muestra de Relato Cryptshow Festival. Además, también ha escrito artículos ("2000 Maníacos, Serial Killer Magazine") y juegos de rol ("Bakemono", "Hijo Rata"). Puedes encontrarlo en su web [Black Widow Productions](#)

Juan Sebastian Ohem, joven escritor mejicano aficionado a los relatos y la novela corta de estilo pulp. La obra con la que participa en esta antología forma parte de una serie «Los condenados» donde se dan cita un buen puñado de historias acerca de héroes pulp de su

invención, pero claramente influenciados por los clásicos. La idea principal con la que le gusta trabajar es la de gente común como protagonistas, y que se ven abocadas a situaciones límite, a situaciones imposibles. La liga de las ranas es un claro ejemplo, todo un pulp detectivesco como los de antaño.

Heras Vázquez, de nombre José Antonio. De Madrid, y todo un entusiasta del relato corto. Suele escribir cuando tiene un rato libre, en casa, en el trabajo, y siempre que la inspiración llama a su puerta. Lo suyo son las historias de terror, ciencia ficción, fantasía, y como no, humor, y..., si hay tiempo, el marca y el jueves, también tienen su momento.

Eso es todo amigos. Más relatos en...

RelatosPulp.com

Emilio Iglesias, el Editor.